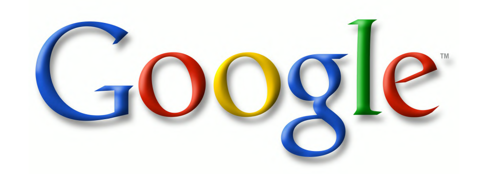
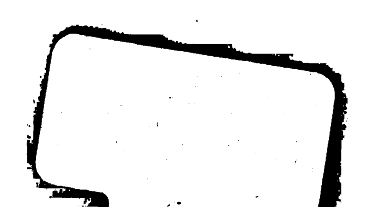




# SOR LUCILA.

# SOR LUCILA.

RELACION CONTEMPORÁNEA,

CONTINUACION DE

# LA CIGARRA,

POR

JOSÉ ORTEGA MUNILLA.

MADRID,
ALFREDO DE CÁRLOS HIERRO, EDITOR
CALLE DE SAN SEBASTIAN, 2, SEGUNDO.
1880.

## ADVERTENCIA.



MADRID, 1880.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra). Duque de Osuna, 3.

# Á MI MAESTRO,

EL ADMIRABLE NOVELISTA

**D. Benito Perez Galdós.**

J. O. M.

*Madrid, 1880.*

# OBRAS DEL MISMO AUTOR.

| | Pesetas. |
|---|---|
| La Cigarra (2.ª edicion). . . . . | [illegible] |
| Lúcio Tréllez. . . . . . . . . . | [illegible] |
| El Tren directo. . . . . . . . . | [illegible] |

# SOR LUCILA.

## I.

### La hierba oculta.

¿Cuántas veces se habia asomado el guerrero moruno de aquel reloj á la puente levadiza del castillo? ¡Muchas, muchas! Pasaron años, y sucesivamente viéronse llenas de pomposa cabellera vegetal y desnudas del adorno las acacias del jardin de Añorbe. Era el mes de Mayo; ¡parece que fué ayer! La hierba crecia, crecia. Ejércitos de caracoles trepaban por las ramas de los tamarindos en flor, y saludando al sol con sus cuernos, inclinábanse para ver qué habia sido de aquella lápida de humilde piedra puesta sobre un cadáver. Pero nada podian averiguar los curiosos animalejos. La grama habia avanzado una primavera hasta el borde de la fosa. A la siguiente primavera ya habia cruzado sus tallos de oro sobre la piedra. Al tercer verano, las ramas de un sauce lloron barrieron el polvo que ensuciaba la leyenda: « ✠ *Soledad Pedrezuela* », y luégo..... luégo los carraspiques mora-

dos, las campanulas blancas, las coronas de pavo real y los alelíes dobles se abrazaron, se estrecharon, tejieron un paño multicolor de terciopelo, con que por los siglos de los siglos quedó escondido para el mundo lo que fué un cuerpo humano. Allí estaba la Cigarra, en aquella tumba que parecia la cuna de un silfo.

El jardinero del convento cruzó con su azuela y su regadera por el sendero que dividia dos arriates. Iba á escardar un plantío de alcachofas. Pero cuando se remangaba la tela de la camisa sobre los codos, en el largo corredor de piedra cuyos balaustres daban al cenador, apareció una sombra negra y blanca, que venía corriendo, corriendo. Agitó los brazos desesperadamente, y del pliegue que formaba la toca monjil salieron disparadas estas palabras:

—¡Mesio, Mesio! ¡Que se muere, que se muere!

# II.

## ¿Quién se moria?

Á dos grados bajo cero estaba el termómetro el dia aquel en que el padre Hernandito atrapó el constipado que debia llevarle al hoyo. Complicóse el pasmo de algo de pulmonía, y el pulmon derecho se le paralizó, como un fuelle cuyas ballestas de fresno estallan y se apolillan. Despues de una noche tranquila, amaneció un dia de dolor para el santo.

—¿Qué sientes?—le preguntó llorando su buenísima hermana doña Mónica.

—Nada—repuso él.

Pero sentia demasiadas cosas para decirlas en ménos tiempo que se pronuncia la anterior palabra, y él queria reposo supremo, calma absoluta, silencio, muerte física que fuese como la portada de aquel hondo túnel donde los corazones humanos dejan de latir.

Á las diez de la mañana pidió agua, y doña Mónica se la dió con azúcar.

—¡Déjame de menjurjes!—dijo apartando con blando ademan el vaso.

Cerró los ojos, cuyos párpados, llenos de arrugas, parecian las losas funerales de dos miradas, y oró con las

manos juntas. Las palabras sagradas del *Vexilla Regis* salian de sus labios tranquilos.

—¿Has avisado á sor Circuncision?—preguntó luégo suspendiendo sus oraciones, como si un brusco recuerdo terrenal hubiese relampagueado entre la suave tranquilidad mística de su espíritu.

—Vendrá con las reliquias.

—*Arbor decora, et fulgida*.....—continuó rezando el padre Hernandito.

Dos veces habia querido escribir; pero no pudo la flaca mano sostener la pluma, que pesaba en ella como viga. Á las doce pidió el Breviario, y á la una, habiendo leido el oficio del dia, al pronunciar «*Ite misa est!*», se sintió postrado y como sin fuerzas. Parecia que su cuerpo, al terminar el Santo Sacrificio, habia terminado su vida, muriendo con Jesus. Sor Circuncision, abadesa del convento de las Teresitas, trasportó cerca del lecho del sacerdote las reliquias conventuales, huesos de santos, partículas de carne momia, sagrado polvo de una fe aventada por los siglos. El padre Hernando besó todo aquel rosario de metatarsos, dientes y piedrecillas; pero no obró la propiedad terapéutica atribuida á tales reliquias. Pidió que le dejáran solo y que corriesen cortinas y persianas. Hasta las cinco permaneció en el ideal panteon de las tinieblas. Entónces un furtivo rayo de sol se introdujo por un quicio de las maderas y fué trepando por la pared. Primero posó sus piés en el boliche dorado del lecho; despues encendió la pila del agua bendita, simulando el ocaso de un sol de á pulgada en un mar como una tacilla; por fin, paróse en la estampa que re-

presentaba á Jesus resucitando. Allí pareció enredarse en algo que le detenia, y al abrir D. Pedro los ojos no pudo contener su asombro. Habíase la pared rasgado para mostrar el centro de la gloria, la luz de las luces, el nudo de todas las vidas. Allí estaba la hermosa cabeza de Jesus más bella y más conmovedora que la de ningun otro sér. Rodeábale una gloria de ángeles menores, todos cabeza y alas, y nubes flotantes, irisadas como polvo de alas de insectos.

—¡Perdóname!— balbuceó D. Pedro con las manos alzadas.

Quiso incorporarse para rezar de hinojos, pero no pudo, y rodó por la cama, suspirante y moribundo. El llanto acudió á sus ojos; los suspiros dificultaron su respiracion. ¡Lágrimas de un alma elegida! ¡El arroyuelo deleitoso que viene de Siria, donde los ángeles de paso humedecen el pié, donde Tobías sumergió su cabeza por curar de la ceguera, donde la rosa de Jericó entreabre sus abrasadas hojas sin aroma y se trueca en flor balsámica, se llevó aquellas lágrimas para enriquecer su corriente!..... Alzó los ojos con tedio, y el rayo de sol se habia ido, llevándose la magia de la sobrenatural escena.

—¡Hermana! —dijo. —Vén, ayúdame á incorporarme..... Estoy cansado como de hacer un largo viaje..... ¡Cordero celestial! Estoy como la Cigarra cuando llegó aquí..... Parece que ya la estoy viendo..... ¡Pronto, pronto la veré!..... ¿Quieres algo para ella?..... Tú me encomendarás un beso y una golosina..... ¡Ay, Mónica, no caben las golosinas en esta alforja que yo he de aprestar

para el gran viaje!..... ¡Bendiciones, preces, agua bendita!..... Eso, eso es lo que me hace falta..... El perdon de aquellos á quienes ofendí..... Dame el tuyo.

—¡Mi perdon!—dijo Mónica en el tono en que responderia un mendigo á quien le pidiesen un cetro y una corona.

—Sí; porque yo me marcho..... ¿No lo ves, mujer?..... ¿No ves esos ángeles que me esperan?..... ¡Señores mios, vamos cuando gusten; pero en mi ánima les pido que no me dejen caer en aquel hoyo profundo del Averno!..... ¡Mucho he pecado, pero Dios es infinito! ¿Qué vale el *mucho* del hombre al lado del *infinito* de Dios? Mi pecado puede entrar en el cielo sin que el cielo se descomponga, como un grano de acíbar en la boca de una ballena sin que se ofenda su paladar.

Desvariaba el pobre viejo, soñando y pensando, y tejiendo una red de ideas razonables y disparates absurdos.

—Quiero que me bendigas..... ¿Te niegas?..... ¿Fuí tan perverso?..... ¡No me dejes sin ese consuelo! Bien me acuerdo de cuando éramos chiquitillos como cañamones. Tú ibas á coger cardillos como un arrapiezo. Yo guiaba las mulas del trillo..... ¡Qué pobre era nuestro padre!..... Luégo nos enseñoreamos, y me pesa en el alma que el altar me sirviese de estribo para saltar á clase más elevada..... Sí, Mónica, sí; yo he pecado de simonía.

—Déjate de pecados; que eres un santo..... Y no pienses en morirte..... ¡Morir! Eso no es para hoy.

—Para hoy, para dentro de poco..... ¡Bien lo sé!.....

Ahora lo veo todo claro y discurro maravillosamente. Nunca, nunca te habia visto en la espalda esas alas de ángel que te nacen, y con las cuales ha de serte tan fácil subir al cielo como á los canarios de Lucila subirse á la caña de la jaula..... ¡Yo no las tengo! ¡Yo tendré que trepar poco á poco, como un escarabajo que quiere hacer su nido en un rinconcillo del sol!

Mónica escuchó asustada el delirio de su hermano. Hizo como la madre que oye disparatar á su hijo en la tribuna de la fiebre: puso la mano en la boca de D. Pedro para tapársela. Don Pedro la besó.

—¡Gracias por tu perdon!..... Ahora dame agua bendita.

Trajo Mónica la cristalina pililla, que estaba rota por cierto, y con el temblor de sus manos vertió algunas gotas en el embozo del lecho. El santo anciano metió su dedo índice en el recipiente, y saludó á su hermana, arrojándole á la frente una húmeda cruz que trazó en el aire.

—*Oh crux, ave, spes unica!*—dijo.

Persignóse y cruzó las manos. Quedó tranquilo, feliz, sin dolor, libre de sensaciones enojosas.

—¡Qué bien me siento!—balbuceó en voz baja.—Ahora nada me molesta, y apénas si peso. Creo que podria volar sin más que querer.

Empezó á cantar bajito el *Pange lingua gloriosi*, y su vocecilla ronca resonaba cadenciosa, pero desigual, como suspirona nota de órgano obstruido por telarañas. Fué haciéndose más débil y más dulce, más lenta y tan lejana, que parecia sonar bajo el lecho. Despues de cantar

*Compar sit laudatio*, calló la voz. Como si ésta hubiese sido un espiritual asidero con que el alma se agarrase á la vida, al dejar de sonar, la cabeza de D. Pedro Hernando cayó hácia el lado siniestro, y sus párpados se hundieron; abrióse su boca como pico de pájaro sediento, contrájose la máquina toda, y bajo las ropas un temblor circular se advirtió, como si una culebra se hubiese desenroscado y huido.

Doña Mónica salió al pasadizo del convento. Llamó á voces, con palmadás, agitando el cordon de la campanilla..... Sus gritos tuvieron un eco, y las monjas abrieron la verja, quedando rota la clausura por la muerte.

---

## III.

**En que ocurren demasiadas cosas, todas ellas dignas de ser sabidas.**

De igual manera que las emanaciones del suelo húmedo producen las sombras del dia tempestuoso, los sucesos que constituyeron el martirio y muerte de la *Cigarra* formaron dentro de la tranquila morada de los Añorbes densa neblina, en cuyo seno sonreia el demonio de la tragedia. No es fácil contar en pocas líneas lo que ocurrió en muchos años, ni encerrar en cuatro mal hilvanadas oraciones la eslabonada serie de pensamientos tristes que produjeron en el franco y alegre ánimo de D. Acisclo profunda modificacion. Bien que no trascendiese al mundo aquel secreto drama, que en su lugar está referido, y por más que el influjo de D. Pedro Hernando evitó con eficacia las consecuencias presumibles del loco delirio con que fermentó y estalló el amor materno de doña Ana, D. Acisclo no necesitó ser un lince para descubrir vagamente lo que habia ocurrido.

Doña Ana permaneció durante tres meses bajo el peso de una fiebre nerviosa que liquidaba su cráneo, encendia viva lumbre dentro de sus venas, poblaba de pavorosos fantasmas su sueño, y proyectaba sobre su vida toda cierta sombra, como la que traza la luz sobre las

alas de un siniestro murciélago. Don Acisclo amaba tanto á su mujer, que no pudo ménos de dar de mano á sus temores, que eran, despues de todo, cosa imaginada para atender á aquello que era tristemente real: la dolencia peligrosísima de doña Ana. No se apartó, pues, de su lecho. Consultó el pulso de la enferma y el pulso del reloj, comparando la fiebre del tiempo con la fiebre morbosa. Rebuscó en su memoria los recuerdos de una medicina casera aprendida en los dias negros de su niñez plebeya. ¡Hasta rezó una noche, convulso y agitado, lloroso y trémulo, sublime en su dolor de esposo, y olvidado de la vida miéntras que pensaba sólo en la muerte! Fué una calentura de inquietudes al lado de una calentura real. Fué la agonía sin fin del dolor junto á una agonía renaciente que hacía rosario interminable de lágrimas y sonrisas, y de esperanzas de vida y temores de catástrofe. El flujo y reflujo de la enfermedad traia y llevaba sobre sus ondas móviles escuadrones quiméricos de negros fantasmas, luces y nubes, pedazos del sol, y oscuros peñascos sacados del fondo del Océano, rincones del cielo y salas del purgatorio. Como caldera puesta junto al fuego hervia aquel cráneo, y puede decirse que la suave, pero ajada cabeza de la enferma, era un aparato de producir visiones. No habia secreto que retuvieran sus labios. Todo lo referia en su incoherente estilo, bueno para ser trasmitido por el telégrafo de la jaqueca. La verdad sentia derretirse sus cadenas al fuego de la calentura, y salia á luz con el melancólico pergenio del arrepentimiento.

Pasado el equinoccio, una nublosa tarde tuvo D. Acis-

clo que salir á asuntos urgentes, y poco ántes del crepúsculo volvió anhelante á su hogar. A grandes pasos trepó la ancha escalera. Con ambas manos apretaba picaportes, descorria cortinas, empujaba mamparas para llegar más pronto al lecho de su mujer. No vió que tras él iba un lacayo llevando en la mano un sobre, ni escuchó las palabras con que le llamaba. Hacía dos horas que estaba fuera de su casa, y la dolencia podia en este tiempo haberse agravado ó corregido. Eran unos minutos dramáticos que podian haber servido á la muerte de mágica escala para entrar, porque es el reloj del tiempo de condicion tan traidora, que un largo mes no nos da suceso alguno, y en un solo instante anubla nuestro horizonte con los más espantosos acontecimientos.

Yacia doña Ana más agitada que nunca. Su hermosa cabellera habia encanecido rápidamente. Tenian profundos surcos azules los párpados, y los desquebrajados labios, llenos de tirantes grietas, parecian la envoltura de un fruto seco. Hay algo más horrible que la fealdad descompasada, y es la hermosura en desconcierto. Así sus ojos fulguraban con siniestro llamear, sus manos se juntaban con el nudo de la desesperacion, ó sueltas y crispadas oprimian el mal cubierto seno, ó acudian á contener el latido doloroso y vibrante de la sangre en las sienes.

—¡Véte, véte!—decia.—¡Huye de aquí! Déjame. Veo que te llevan á aquel hoyo negro, y quieres que me vaya contigo..... Bueno, irémos; me enterraré en vida..... Merecido lo tengo..... Pero no; tú quieres irte sola, porque tú vas con alas y yo voy con piés; tú vuelas y yo ando; tú subes y yo me arrastro por la tierra.

—Ana, ¿qué locuras son ésas? ¡Calla, por Dios! Reposa, duerme; esto es un suicidio; tú quieres matarte con ese pensamiento como otros con un puñal.

El delirio se desvanecia ante la voz humana, como la bola de espuma cuando el niño la hiende con el cañuto, y parecia cómo que aquella mujer caia de otro mundo sobre su lecho.

—Acisclo, creí que me hablabas. ¿Dónde has estado? ¿Y Lucila? ¿Está en el jardin?

Don Acisclo la miró con dolor. Subieron las lágrimas á sus nobles ojos, arrugóse su frente con todas las arrugas que cincuenta y cinco años de vida laboriosa habian formado. No contestó ni hàlló palabras para sus pensamientos. Iban éstos descarriados y lúgubres cual manada de lobos en fuga, aullando á un sol que el espíritu de D. Acisclo se empeñaba en hacer refulgir sobre la sombra.—«Es una santa»—se decia á sí mismo. Y los pensamientos aulladores seguian huyendo, sí, pero con la cabeza levantada y el fiero baladro entre los dientes. —«¿Es una infame? ¿He sido engañado? ¿Hay algun crímen entre los dos? No, no, no.»—Y cada una de estas negativas era como losa sepulcral descargada sobre los pensamientos rebeldes. Pero ¡ay! en aquella lucha entre el pensamiento y el corazon, siempre era éste derrotado. No sin dolor veia D. Acisclo que una creencia de toda su vida, el único dogma admitido por su razon, la inmaculada virtud de Ana, quedaba rota, pisoteada, sin prestigio. Probad en un dia al mundo que no hay Dios, y veréis á la humanidad contemplando horrorizada el inmenso vacío de los cielos. Por tal manera D. Acisclo,

al sorprender la verdad de aquel drama narrado ántes de ahora, veia ante sí un conjunto de abismos en que se encadenaban lo de arriba y lo de abajo con los eslabones de la nada.

Entónces advirtió que el criado estaba á la puerta de la estancia presentándole el sobre. Cuando le rasgó, vió que contenia un despacho telegráfico, el cual decia: «Liverpool.—Recibo noticias de haberse perdido, aguas Martinica, nuestro paquebot *Felicidad*. Perecieron cincuenta y tres tripulacion. Sobrino Víctor salvóse y sale para ésa.—Escribo detalles.—*Moore and Thon.*»

Tal era la situacion espiritual de D. Acisclo, que sus ojos se pasearon estúpidos por estas líneas. Le anunciaban un descalabro comercial, una desgracia horrenda, y él no se supo explicar cómo le impresionaba tan poco. Tiró el papel. Rompió á llorar. No desataban aquellas lágrimas ni la humanidad ni el interes, sino el insistente y tenaz dolor de aquella interminable enfermedad. Llénase la copa del dolor humano de lágrimas, pero áun falta una línea para desbordar. Un grano de arena hace subir el nivel de esa línea, y las lágrimas corren. ¡Inundacion terrible! Tanto como si el mar, recibiendo en su seno las crestas de todas las montañas de la tierra, derramase sobre ésta sus verdes olas.

Siguió aquella dolencia extraña y sin nombre los trámites del apogeo, y cuando sobrevino una inopinada mejoría, la idea negra y malsana habia horadado el cerebro

de D. Aciscle, como un tornillo amasado con cieno y fuego. Lenta la convalecencia, no trajo esta vez, como suele, las sonrisas de esa primavera de la salud que orna de flores el camino del enfermo. Trajo una desesperacion espantosa y anticristiana, un ódio intensísimo á las gentes, una irritabilidad nerviosa que el médico Gonzalez Robles llamaba la venganza de los nervios. Doña Ana estaba condenada á vivir. Dios la encerraba entre las paredes de la vida, como Dante á los leprosos de mal impuro en las cárceles frias de hielo. Era mandarla al destierro del purgatorio, que ella codiciaba para purificar sus culpas. Enferma su inteligencia, hirió con la flecha de la supersticion cristiana la alegría de aquella casa. Creyó que siendo tan espantosos y viles sus pecados, la juzgaba Dios demasiado abyecta para que pudiera permitírsela la entrada en el infierno, y la condenaba á ser en público martirio escarnecida por los demonios de la maledicencia, y á sufrir las mil muertes que la vergüenza tiene para los que cometieron escándalo.

Comenzó entónces la extraña y loca vida de aquella mujer, que estudió sus gustos para contrariarlos, verdugo de sí misma, juez de sí misma, sin gracia ni piedad. Y juntaba lo pavorosamente sublime con lo que por su nimiedad era ridículo; los martirios horrorosos de la carne y el alma á las más pueriles prácticas piadosas. Tres dias pasó sin comer, y en el mes de Julio otros tres pasó sin que humedeciera su boca el agua. Don Aciscle, que expiaba aquellas demencias de un espíritu extraviado, supo una vez que Ana habia permanecido con los brazos en aspa y las rodillas en tierra seis horas morta-

les. A par invadieron su alma el espanto y la indignacion. Tiró la pluma con que escribia en su pupitre. Arrancóse de la nariz los negros quevedos, de tal suerte que no parecia sino que se arrancaba los ojos; y entrando en la estancia de la devota, cogióla por las muñecas y dijo de este modo:

—¡Qué necias quimeras tienes en la cabeza! ¿Qué demonio te aconseja estos disparates? ¡Quieres matarte y matarme á mí tambien!..... Nuestra calma ha huido..... ¿Qué maldita brujería ni qué hechizo endiablado ha podido tener una mendiga para espantar de aquí la dicha? Yo no quiero saberlo, yo no te pido confesiones de lo que ya pasó..... ¿Ves todo ese cúmulo de años trascurridos hasta que yo me casé contigo?..... Pues todos ellos me parecen encerrar un crímen y una infamia, y no son de la comun naturaleza de los tiempos que se fueron, sino que parecen continuar siendo y son como una eternidad, que donde acaba empieza. Creo que si cien años vivo, no he de vivir ninguno que no sea uno de los que tú has vivido en esa época negra y espantosa de tu primera juventud.

Doña Ana miró con cuajados ojos á su marido, y sus brazos, que áun seguian en cruz, cayeron inertes sobre los costados. Perdió su cabeza el enérgico erguimiento que ántes tenía, y habiéndose como desencajado su espina dorsal y desvanecido el vigor de sus músculos, rodó por tierra desfallecida. Era un maniquí cuyos tornillos se aflojan: el espantajo puesto en las mieses del remordimiento para ahuyentar al pecado.

Diversas escenas de suma violencia entenebrecieron la

atmósfera de la casa de Añorbe; pero Doña Ana no cejó en su martirio por las súplicas de su esposo, el cual la rogaba de tal manera, que no parecia sino que él era el culpable. Coincidió con estos sucesos la muerte del padre Hernandito, y al perder Doña Ana el freno de aquella direccion espiritual, si errada, abundante en buenas intenciones, y que nunca perdia de vista los puntos de la esfera ideal en que Dios y el hombre se juntan, con creciente velocidad se despeñó por el precipicio del ascetismo. Esto y la sombra de la falta cometida con Don Acisclo llegaron á establecer verdaderas incompatibilidades entre ambos.

Un año pasó, y todo él estuvo don Acisclo en un puerto de Astúrias para montar una fábrica de encurtidos y salazones. No se escribieron los dos esposos en esta larga temporada, y sólo Lucila fué el lazo de union de aquel matrimonio. ¡Oh prodigios del estilo familiar, que el númen puso en los cerebros femeniles, qué bien os empleasteis, y cuán fecundos salisteis de la pluma de la encantadora Lucila! No tienen, no, madame Staël ni madame Sevigné, ejemplos de amorosa elocuencia dignos de competir con algunas epístolas de Lucila. En una de ellas decia á su padre: «Recibí las simientes de girasoles, pero es como si no las hubiese recibido, porque no arraigan en el jardin..... Mamá está peor que cuando te fuiste; y como para que almuerce necesito dar una batalla, y otra para que cene, bien puede decirse que estoy sosteniendo una guerra que miss Alicia llamaria «la guerra de las subsistencias.» Tu viaje se prolonga demasiado; yo no sé por qué me parece

que no vas á venir nunca..... El jardin se va quedando seco. Todos los pájaros se han ido; mariposas, Dios las dé, y de flores es tanta mi penuria, que debo no sé cuántas á las monjas, por lo cual el jardinero del convento me tiene mucha tirria. La Vírgen de nuestra capilla debe de hacer que florezcan todos los rosales mustios, que la será tan fácil á ella como á tí hacer que revivan otras flores que tambien hay muertas en casa..... Pero no, no revivirán. ¡Bien triste es decir : «¡Ya se acabaron las primaveras!», y mira que yo no tengo más que catorce años.»

Áun cuando Lucila ignoraba qué clase de misterio destruia su felicidad, y precisamente porque esta ignorancia favorecia el desarrollo de las más tristes suposiciones, habia llegado á ser insoportable para ella tal estado de cosas. Estaban como cerrados á su labio los manantiales del amor maternal, lejanos y amargados por la acerbidad del dolor las del apasionado y admirativo cariño de don Acisclo , y ella, sonrisa viva, luz animada, flor del pantano, sentia en su pecho los tristes píos de un nido profanado y frio. Su voluntad quiso ser fuerte y fingir la alegría y contrahacer la dicha, como fingen el sol los fulgores de la pirotecnia. Mas aquella empresa era ineficaz. Ménos imposible es hacer que flote el plomo en las aguas.

---

# IV.

**Vida y opiniones de Lucila.**

Cuando cumplió los quince años, el cúmulo de acontecimientos é impresiones que quedan relatados habian impreso un sello melancólico en el ánimo blando y dúctil de la muchacha. Creció, al compas de su melancolía, su cuerpo, el cual á la sazon era un tallo de palma, por lo sutil y cimbreante, y por su elegantísima delgadez. Jamas cintura tan suelta sostuvo torso tan bien proporcionado. Jamas bajo una cabeza tan menuda ni tan graciosamente trazada la palidez ebúrnea se destacó en un cuello tan fino y endeble. Abundantísimo pelo soltaba sobre sus espaldas negra catarata de ondulante seda. Una enfermedad traidora, las viruelas, quisieron menoscabar la tersura del cútis. ¡Inútilmente! Lucila era de marfil, y en el marfil no puede cebarse la viruela. Lo que sí consiguieron fué aminorar el caudal del cabello, que quedó reducido á su mitad. Pero Lucila no usaba añadidos á pesar de ello, ni armaba catafalcos capilares que aumentasen en apariencia lo que era nimio en realidad. Más aérea quedó su cabeza desde entónces, y como tambien enflaqueció mucho, su demacracion rayó en el último grado en que una mujer puede ser ángel sin dejar de ser mujer. Parecia hecha de encaje, de plumas de cisne, de

espuma, de algo sutil, flotante, próximo á disolverse. Y dentro de ella sonaba una voz que tenía tanto de carcajada como de llanto; rumor de flauta, suspiro del aire, agua que corre por marmóreo cauce lleno de hoyuelos.

En sus dias de aburrimiento la lectura fué pan de su alma y deleite de su curiosidad. Devoró páginas y más páginas en mescolanza indocta de lo clásico y lo romántico, de lo religioso y lo profano. Despues de las *Cartas* de Santa Teresa, recorrió las novelas de Jorge Sand *Teverino* y *Lelia.* Admiróla la sublime excelsitud de aquella alma pura, que volaba con las plumas de los Evangelistas, y dejóla acerbo gusto el materialismo que gotea el estilete de la insigne francesa, al entrar y salir en las llagas del espíritu contemporáneo. Arreglando unas descabaladas entregas del *Año Cristiano*, entró en curiosidad de saber algo de San Francisco de Borja, y juzgó tan grandes sus pecados, que luégo como que repugnaba á su buen sentido que en un instante de atricion hubiese logrado la llave de la poterna celestial. En cambio, lloró con los mártires y se sintió incapaz de sufrir que la arrancasen una uña por dejar de decir, ante aquellos procónsules terribles, esto ó esotro. Un verano entero vivió entre los verjeles de nuestros poetas clásicos, y cuando llegaba el otoño, pasó á los prosistas, empezando por Cervántes y sus *Novelas ejemplares*, que la horrorizaron por lo libres y la hechizaron por lo artísticas. Novelas francesas é inglesas leyó innumerables, desde el maestro Balzac y el incomparable Dickens, hasta la insulsa Comptesse D'has y la ínsipida Ouida. Así como la agradaba la descripcion de escenas íntimas de la vida honrada, le

molestaba la pintura de orgías puesta de moda por el romanticismo. Capítulos hubo en la *Salamandre* de Sué que la irritaron el espíritu, y cerrando el libro con enojo, concibió deseos de castigar la bestialidad grosera y la sensualidad asquerosa de aquellos héroes repugnantes que hacian abdicacion de su inteligencia para rodar ébrios bajo las mesas, revueltos con los cuerpos sin alma de hembras impúdicas, junto á las cuales las monas del país de Enoch son seres apreciables. Tenía reciente en su memoria el recuerdo de cierta estampa sacada de un friso del Propileos en que corrian enlazados con cuerdas de flores lascivos faunos y bacantes, y aquella noche soñó que todo el espacio se poblaba de tal comparsa, y que no se oia otro rumor que el de una sinfonía de besos groseros, y los estampidos de las botellas de Champaña al ser destapadas y surgir de su plateado cuello trepadora y creciente estalactita de espuma embriagadora. Sátiros y hombres corrian, danzaban, triscaban, arrojándose al rostro chorros de vino y arrancando á las mujeres de entre su cabellera las flores que puso allí el pudor y enlazó con ramas de mirto áureo la inocencia. ¡Vision escandalosa! Al despertar Lucila, sus divinos ojos negros, aterciopelados, rasgadísimos, hondos, en los cuales la luz cabrilleaba pasando de la niña al angélico rinconcillo del párpado, expresaban el espanto más grande y un alto desprecio á las cosas indignas del mundo. En su tocador habia un grabado de Philipoteaux, representando el *Jardin del amor*, el pintor de la luz y la carne, y volvió el cristal á la pared, porque no vieran sus pupilas aquellas francas desnudeces llenas de fúlgida inspiracion pagana.

Vestia con tal sencillez, que frisaba en humilde pobreza. Gustaba de las ropas blancas y de las rosas, prefiriendo el aroma de la hierbaluisa y el de la violeta al del nardo y la azucena. Rara vez salia de casa, y no recibia otras visitas que la de várias antiguas señoras amigas del difunto abuelo D. Pedro Añorbe, y una vez por semana comia con ella y con D. Acisclo el sucesor del capellan Hernando: el padre Alegre.

Este señor tendria treinta años, riza la cabeza y rubia, exangüe el rostro, linfática la color y el temperamento bilioso. Su nariz, acolgajada y lacia, recordaba la del *Felipe II* pintado por Velazquez. Era virtuoso é ilustrado, y si no fuese por cierta depravacion del gusto retórico, no tendria pero. *Pero* su amor á los superlativos, y una propension indominable al retruécano piadoso hacian de sus sermones algo así como un edificio barroco sobrecargado de adornos feos, lujoso sin arte y exuberante sin gusto.

Alguna vez preguntó este padre Alegre á Lucila:

—¿Qué lee V.?

—Todo lo que puedo — repuso ella.

Frunció el labio inferior el Padre, y sonriendo luégo, añadió:

— Es peligroso leer sin método.

— Yo tengo un método.

— Veamos.

— Cuando me canso de un libro, le dejo y tomo otro.

— Entónces, el capricho es un método..... Yo enviaré á V. un librito digno de su alma.

Enviósele efectivamente; pero Lucila no pudo dige-

rirle, porque era un *Viaje al cielo, con paradas en las llagas del Señor y hospedaje en el purgatorio*, y se componia de más de cien consideraciones piadosas, escritas con zumo papaverino. Cuando el Padre Alegre pidió á Lucila noticias de lo que el libro le parecia, ella repuso con una franqueza que era el lado dominante de su fisonomía moral:

—Me gusta más Santa Teresa.

—¿Ha leido V. ya Santa Teresa?—preguntó asombrado el cura.

—Y me gusta más aún que Santa Teresa el *Cantar de los cantares.*

El Cura se persignó, palpóse el cráneo, dió un místico suspiro y quedó horrorizado.

—No haga V. eso..... Antes de leer un libro, debe consultarse á álguien sobre lo que contiene. Suele ser un libro el tronco del árbol del bien y del mal, anidado por las abejas, que salen á herir al que las molestó en su sueño. Habiendo leido como V. lo ha hecho, ¡cuántos errores tendrá por cosas ciertas! ¡Quiera el cielo que yo haya acudido oportunísimamente!...... Verémos ese espíritu de V., y tratarémos de sacar de esa memoria las interpretaciones nocivas.

Mucho sorprendió á Lucila aquella teoría; y como cada noche soñaba, siendo su sueño una especie de sombra de los sucesos del dia, creyó ver entre las nieblas del dormir un enjambre de abejas que salian de la biblioteca y la perseguian, picándola en el rostro y escondiéndosele entre el pelo. Dos tardes enteras estuvo pensando en su sueño, y desde entónces los libros le gustaron co-

mo fruto prohibido. Pero no leyó página que ántes no revisára el Padre Alegre. Ahora bien; leyó poco, pues el gusto místico-moderno del sacerdote empalagaba al delicado espíritu de Lucila. Con todo, un dia llevóla el clérigo la *Imitacion de Cristo*, de Kémpis, y otro dia, la *Elia*, de Fernan-Caballero. Estas dos lecturas llenaron muchos meses de su vida de ferviente y sublime entusiasmo religioso.

---

# V.

**Sonrisas en el mar.—Dolores en la tierra.**

Con el verano se alteró el órden de vida de aquella muchacha. Vinieron las alboradas que llaman al campo, los crepúsculos hechos para servir á la meditacion de templo, y D. Acisclo Añorbe, á quien, más que el calor, otros motivos hacian ahogarse dentro de su propia casa, dispuso el viaje para pocos dias despues.

—Irémos, irémos, Lucila; tú no sabes lo que es Astúrias. Tú no has visto nunca país tan encantador. Mira tú cómo será, que yo, yo, es decir, lo más pesado é incapaz de subir á las cimas altas, creo allí que Dios ha hecho muy bien en crear á los poetas..... Con que tú, que tienes tanto de ese fueguecillo..... vaya, vaya, ha de ser el verano en Astúrias para tí un soplo.

Así decia D. Acisclo, jugando con las trenzas de Lucila, que eran negras y delgadas como seco ramaje de enebro.

—¿Y mamá?

Estas dos palabras pusieron en gran turbacion á don Acisclo.

—¡Mamá!—dijo—mamá está demasiado enferma para hacer un viaje tan largo.

No fué posible reanudar el diálogo con las condicio-

nes de alegre vivacidad que ántes tenía. Lucila se fué al cuarto donde su madre estaba, y sin decirle palabra alguna, sentósele sobre las faldas y enlazó sus brazos alrededor del cuello de doña Ana.

—Ya sé que te vas—exclamó ésta.....—¿Has llorado?..... Más he llorado yo..... Tengo miedo de que no te permitan volver á mis brazos..... ¡Si tal supiese!.....

Tuvieron sus ojos un relámpago de ira y su mano derecha un gesto de amenaza.

—¡No volver! ¡qué absurdo! Bien te he dicho—repuso Lucila—que esta soledad en que vives no puede inspirarte más que pensamientos tristes ó descabellados..... Así que no hay pequeño suceso de que no hagas tú un drama.

Procuraba sonreir, y su semblante hechiceramente se contraia con los hoyuelos de una falsa risa.

—Volveré, volveré; tú no quieres venir. Es un país precioso..... Papá me lo ha descrito minuciosamente. No hay ya un punto que yo no conozca. No tengo más que cerrar los ojos, y dentro de los párpados se me pinta todo como en el cristal de una fotografía..... Aquí un árbol, allí otro árbol, árboles por todas partes, y más allá un rio..... Encima un cielo claro que de noche hierve en estrellas..... En fin, un prodigio de cosas bonitas..... Muchedumbre de arroyos y de vacas..... No hay vaca que no tenga su arroyo, ni hombre que no tenga su vaca..... Todos son ricos y todos son pobres, quiero decir—y sonriéndose siempre, con su delgado índice al accionar iba tocando todas las partes del rostro materno, la frente primero, la barba despues—quiero decir que nadie pide

limosna, ni nadie puede arruinarse, y que cada uno tiene en sus manos un caudal y mucho respeto á los viejos y á los curas..... No vienes..... Pero me escribirás; eso cuesta poco trabajo..... Se pone en frente el tintero, encima de la mesa el papel, y encima del papel el alma... Ya está la carta escrita.

Hízose el viaje, y digamos, porque la verdad es ésta, que, áun cuando es Astúrias un país bellísimo, plació ménos á Lucila de lo que en un principio habia imaginado.

Allá, conforme se extiende la ria de Gijon, veréis una casa que, cuando la marea sube, parece un barco, porque casi, casi la dejan las olas sumergida. Y si el viento sopla, hinchando las blancas cortinas flotantes, no parece sino que, armado de mesana en trinquete y con las cofas bien cargadas de trapo, va á correr temporales por el glorioso golfo.

Allí moraba D. Acisclo á la vista de su fábrica de salazones, y allí recibió un dia la visita de su sobrino Víctor, el cual pocas semanas ántes desembarcára en la Coruña. Sin ser el muchacho lo que se llama un buen mozo, no carecia de prendas físicas, y su mediana talla reunia las circunstancias armónicas que Napoleon pedia á sus soldados. Moreno dorado era su cútis, más por efecto del trato con el sol que por su matiz nativo. La barba, escasa y negra, bordeaba su aguda fisonomía de vaguísima sombra, y el bigote no era más espeso. Acento del rostro era su mirar, y así como aquel signo tiene la propiedad de alargar ó encoger el sonido de las palabras, los ojos de Víctor eran

toda la expresion del hombre, de tal suerte, que verlos era ver su alma, sin que por modo alguno pudiese ocultar lo que sentia, pues aquellos castaños cristales sacábanselo á luz á par traidores é ingenuos. Nada mirado era respecto al traje, sino la misma despreocupacion con paños y ribetes de lo mismo. Pero, aseado por instinto, su persona no alejaba por el descuido y atraia por la franqueza. Todo, en suma, era allí natural y sin afectacion. Víctor Carraicedo era sobrino lejano de D. Acisclo, hijo de un pobrísimo primo suyo, descendiente, á su vez, de la rama desheredada y sin ventura de los Añorbes, á quien Dios concedió mujeres feas, hombres de espíritu nada práctico, y ningunos bienes de fortuna; por donde, sin medio social de enriquecer unos de otros, heredaban su triste patrimonio de anhelos de mejoría y memorias de infortunio.

—Aquí estoy—dijo la primera noche en que, despues de cenar, salieron á la terraza D. Acisclo, Lucila y el recien llegado.—Es inútil insistir; ustedes se empeñaron en hacerme rico, y como no me aparte V. de su lado yo no saldré de pobre y conseguiré que V. al fin vuelva á serlo. Va conmigo la mala sombra. El paquebot *Felicidad* no crea V. que se ha perdido por tempestades ni descuidos, sino por ir yo en él..... Es demasiado peso para un buque solo el de mi mala suerte.

Y lo decia riendo, como si contase los triunfos más propicios.

Para gozar á un tiempo de la frescura de la noche y de la música, habian sacado á la terraza el piano de Lucila. Sentóse en él, y sobre el murmullo sordo, lento y

cadencioso de la mar dormida, volaron y corrieron las notas cristalinas de no sé qué pieza á la moda. No poseia Lucila el arte á perfeccion, ni era aquello que tocaba de mejor gusto; pero, con todo, á Víctor le pareció tan bien, que manifestó su gusto con bravos y palmadas.

—Yo tambien toco—dijo.

Pulsó las teclas, y várias danzas americanas y muelles tangos cabalgaron sobre el rumor de las ondas. Era el lugar hermoso, y sublime el contraste del agitado mar y el tranquilo cielo. Todas las estrellas de arriba se copiaban en el agua de abajo, y al moverse las olas parecian flotar aquellos triángulos de oro como peces fantásticos ó sombrerillos de las Nereidas. Víctor propuso un paseo, y fué éste por la vecina playa. Húmeda estaba la arena, roja y brillante como polvo de corales, y el agua venía á cantar en ella despertando ecos de besos dormidos y de risas sofocadas. En las partes riscosas el chapoteo violento sonaba como si dos madreperlas chocasen manejadas por un triton, y al empujar dos barcazas, hacian gruñir sus cables modulando algo comparable al ronquido de un perezoso. Nunca Lucila habia visto cosa semejante. Nunca sintió en su espíritu tal inundacion de pensamientos grandes sin forma ni nombre. Sólo podia representárselos con aquella inmensa laguna siempre igual y siempre distinta, hallando en su quietud su movimiento, en su igualdad sus contrastes y en su serenidad su grandeza. Y pensó que realizar ó dar salida al mundo á aquellos pensamientos propios era tan imposible como andar sobre las aguas haciendo de cada ola losa de mármol de móvil pavimento.

Otra habilidad tenía el bueno de Víctor á más de la de la música, que queda referida: la de la pintura. Desde Gijon se trajo caballete, pinceles y colores. Empeñóse en retratar á su prima, pero cuando permaneció una hora delante de ella é intentaba copiar sus agudas facciones, nunca sabía, y solia decirla:

—Mira, muchacha, querer copiar esa curva de tu linda cabeza es como querer agarrar el agua. La coges entre las manos y se te escapa gota á gota..... Y con tu cara sucede eso: que al reproducir las líneas se escapa todo lo que hay dentro de ellas..... Lo que yo copio de tí es como la sombra de una flor, que no es la flor ni ninguna de las cosas que á la flor hacen bonita.

Tiraba los pinceles, y sobre la tela solia quedar una cabecita delgada con sus flotantes cabellos, y que en vez de cuerpo terminaba en el tallo de una flor. Así fué retratada Lucila, saliendo de un clavel y coronada por las hojas de un girasol, ó bien teniendo por corpiño el cáliz de un carraspique.

—No volveré yo á servirte de modelo—dijo la flor del carraspique á su primo—porque nunca pintas sino la cabeza.... ¿No son dignas de pintadas mis manos?

Y mostraba la derecha delante de un rayo de sol, el cual ponia azulada red bajo el blanco cútis, y resplandores rosáseos en el extremo de las uñas.

—Sí que lo son..... Manos de diosa..... buenas para abrir el cielo.

Aquel dia se le pasó el pintor dibujando en un papel manos en todas las actitudes imaginables. Unas haciendo graciosas muecas; otras unidas por los dedos gruesos

y formando el contorno de una mariposa; cinco ó seis cerradas y puestas unas encima de las otras, como fantástico castillejo, bueno para que los gnomos guardasen en él su pedrería. Pintó otra mano, que oprimia nerviosa un puñal, y otra, por fin, sosteniendo una cruz. Esta fué la que más agradó á Lucila, porque las otras le parecian ó manos de niños, ó manos de criminal, miéntras que la de la cruz le parecia mano de santa.

—Ésa, ésa es la que yo quiero besar para santificarme—dijo Víctor.

Besóla, pero no se santificó, porque pareciendo mano de santo, estaba hecha de carne de mujer.

Sólo quince dias permaneció Víctor en Gijon; su tio le destinaba á regentar una fábrica de tejidos que poseia en las riberas del Tajo, entre Tomillares y la Vierzosa. Lucila le habia tomado cariño fraternal, á lo que ella entendia, limpio de malicia y sin asomos de noviazgo. Aun debian permanecer un mes largo en la preciosa quinta, pero la enfermedad de doña Ana obligó á variar lo proyectado; y como D. Acisclo no podia separarse entónces del establecimiento en planta, Garriguez fué quien acompañó á la niña á Madrid. El mayordomo de Añorbe estaba viejísimo, y tan flaco, que parecia un esqueleto coronado por un puñado de nieve; andaba despacio y temblon, y aquella su sonrisa de leticia universal y sin término habia marcado sobre la desierta boca dos arrugas, que la daban carácter de perpetuidad.

Doña Ana, en tanto, estaba bastante próxima á la muerte. Durante los dos meses en que no vió á su hija

se la habia ocurrido muchas veces lo horrible que sería no verla más.

—Acisclo—pensó—aprovechará esta ausencia en bien suyo; querrá apartarme de la niña..... Echará entre las dos peñascos de abismos; tiene razon, tiene razon; pero yo no quiero imponerme este martirio, que es el único que no he experimentado y el más cruel de todos.

La debilidad de su espíritu, aumentada por la debilidad del cuerpo, era como una lámina de frágil cristal que se apoyase en cuatro débiles juncos. Un suspiro la hacía temblar; un soplo la derribaba quebrándola. Esta consideracion, este temor echaron raíz en doña Ana, que se sintió estremecida al verse léjos de su hija. Escribió pidiéndola que viniera en seguida. Hablóla de que su enfermedad acrecentaba y era cada vez más temible.

Cuando consiguió ver á Lucila entre sus brazos, pareciéronla ridículos sus miedos; pero determinó prevenirlos para lo sucesivo.

Por la tarde pasaban madre é hija largos ratos en el vecino convento. Y rompiendo la clausura, llevábanse las madrazas á Lucila por allá dentro, y halagaban sus apetitos de niña con perfumados caramelillos y lamedores, y sus vanidades juveniles vistiéndola con sus propios hábitos y haciéndola mirarse en un espejo, llevado allí de contrabando por la coquetería. Aquella alegre tranquilidad del convento, aquel sosiego de sus largos corredores, aquel nunca interrumpido silencio, en el que las voces no sonaban, apagando los

ruidos de la calle, parecíale anticipado paraíso, y no dejaba de despertar dulces ideas de mística beatitud en el ánimo de Lucila la vida de la celda compartida con Dios, el ideal esposo, y con su ideal hijo, aquel celestial y coloradete muchachillo que tiene un mundo azul sobre la gordezuela mano. Era el júbilo de aquella santa casa, y cuando Sor Plácida y Sor Antonia —las más jóvenes de la Comunidad— vestian y aderezaban á Lucila, prendiéndola los sagrados guiñapos á uso monjil, puede decirse que jugaban á las muñecas. Tanta curiosidad despertaban en Lucila los misterios de la vida claustral; que todo cuanto allí veia sumíala en profundas meditaciones. El fúnebre Cristo, de cuerpo moreno como pan de avena, que en lugar preeminente del coro abria sus brazos enclavados, parecíale el único Cristo verdadero de toda la tierra. Rezaba ante él con un fervor inusitado, y cuando iba á besarle las llagadas plantas, creia experimentar el calor de un cuerpo vivo debajo de sus labios. Aquel drama horroroso enterneciála primero y la indignaba despues, y durante la Semana Santa, que pasó dentro casi de los claustros por favor especialísimo que la Comunidad concedia á los ilustres Añorbes de Lustrogrande, sus protectores desde lejanos siglos, no padeció ménos Lucila que si todos aquellos sucesos provocantes al dolor no hubiesen sido, en vez de recuerdo de los del Gólgota, su propia representacion cruenta.

Segó Lucila las últimas flores de su jardin, y en el invernadero no quedó una; atadas en lindos ramos, fueron prendidas en la túnica del Señor que habia de lucir

el Nazareno en una especie de anti-piadoso celebrado por las monjitas.

Era el claustro bajo el que para tal ceremonia servia. Corridas las negras cortinas, obturadas las ventanas, y encendidos en los extremos cuatro míseros cirios, que se dirian amasados con la esencia de las tinieblas para dar un chasco á la luz. Sobre un mediano monte de leña, que en forma de peñasco tallára un artista de mucho mérito, estaba sentado el Redentor, y á pesar de que el ridículo y arlequinesco ropaje puesto por las monjas á la escultura le arrebataba gran parte de su admirable solemnidad, áun se veia á traves del judaico rostro la luz del que se la da al sol y la expresion mágica del que con la vida á todo lo mortal se la otorga. Las monjas le rodeaban en silencio, y Lucila le contemplaba admirada. Allá en la iglesia el silábico rezar del padre Alegre daba lúgubre són á la vaciedad fria del templo. Lucila permaneció de rodillas largo rato. Luégo cesó el rezo del sacerdote, y las monjas una á una fueron saliendo del coro. Ella quedó sola. Los cirios tambien se fueron, porque se apagaron, y Lucila vió ¡cosa extraña! que un fulgor tenue salia de las manos y frente de Jesus, y que incorporándose aquella sublime estatura, esbelta como, palma y como cedro majestuosa, sin que produjeran ruido sus vestiduras, pero descomponiéndose lentamente los pliegues de ellas, crecia, crecia, y sus brazos eran como los de inmensa cruz, y la hermosa cabellera flotaba en la espalda como el ramaje del sauce en la espalda del monte, y la curva nariz se recogia por la sonrisa de los bermejos labios, y de él salian palabras

que no llegaban al sentido por el ordinario conducto del escuchar, sino directamente al alma temblorosa. Juntos el terror y la admiracion germinaron en el alma de Lucila; comparó aquella grandeza con la pequeñez de cuanto hasta entónces habia visto, y se agitó su sér en la presencia de Jesus, como húmedo pedazo de tierra cuando cerca pisa veloz comitiva de ligeros pasos. Y así como aquél, sentia desmoronarse todo lo que en su espíritu habia puesto el mundo, y como si viento de tempestad allí soplase, veia desarraigadas todas las aficiones temporales de su espíritu, anhelante de traspasar esa línea en que las almas no necesitan para comunicarse el tacto vil de la materia. Las escenas de repugnante brutalidad con que algunos libros le habian simbolizado las pasiones humanas giraron ante sus órbitas como culebras de fuego, y le pareció que la vision divina huia y se alejaba, y que el monte que le servia de pedestal iba retirando sus arenosos escalones como un mar sus ondas, disminuyéndose, aminorándose, concentrándose y oscureciéndose hasta ser punto lejano brillante entre las nieblas y las nubes. No fué la experiencia de la vida, de que Lucila carecia, ni las advertencias interesadas del confesonario las que condensándose en su cerebro produjeran aquella visión; que la presentaba como antagónicos á Dios y al mundo; éste, despreciable; sublime aquél. Fué una inclinacion de su alma, un deseo de penetrar misterios que su curiosidad sedienta queria razonar y que su peligrosa fantasía presentaba con teatral aparato. Veia dos caminos distintos, y siendo el uno tan bueno y el otro tan malo, tan agradable

la senda celestial y tan horrorosa la de los hombres, juzgaba demencia no seguir aquélla, y no podia explicarse que nadie la abandonára. Los instintos del sér humano, que son los que con la pesantez del plomo le arrastran al pecado, no habian sido sentidos por Lucila, y ella resolvia el terrible problema de la vida sin conocer otros datos que los que le daba su espíritu inocente y exaltado.

---

# VI.

**Combate. — Ala derecha.**

—¿Qué harias tú si álguien te dijera : «Odia á tu madre»?

—Odiarle á él.

—¿Y si quien te lo dijera fuese tu padre?

—Amar á los dos.

Oyéronse tres besos que doña Ana estampó en la frente de su hija. Lucila estaba sentada cerca del balcon que daba al jardin, y sobre las rodillas tenía una de aquellas novelas que miss Alicia recomendaba, llamándolas «Clave de la vida aristocrática.» Pero no la leia, atenta con el oido á las palabras de su madre, y distraida la vista por la extension del jardin vecino, ya pintarrajeado por la primavera, esa paisajista inmortal. Doña Ana pasaba las cuentas de un rosario de rojas bolas, no más pequeñas que avellanas, y como permanecia ocho y diez minutos con cada cuenta entre los dedos, diríase que el rosario era un aparato de medir meditaciones. El sol se ponia y dibujaba las sombras del arbolado en la pared oriental del patio, haciendo correr, al menearse el aire por ellas, siluetas vagarosas y oscuras como nubes que se persiguen.

—No podrias hacer lo que dices—continuó doña

Ana.— Preferirias á uno de los dos. Preferirias al que tuviese razon.

—¡Tuviese razon!.....—repitió Lucila mirando el estanque lejano.—¿Y quién tiene razon cuando son el padre y la madre los que no están de acuerdo?..... Yo no lo sé.

—Acaso te lo dirian las gentes..... Y si prestases oido á los demas, tal vez podrias decidirte entre uno de los dos.....

—¡Qué suposiciones! ¡Qué problemas!..... Acabarás por ponerme triste..... ¡Ya ves!..... ¡Ya ves!..... No sé qué responder á tus preguntas.

Su turbacion era como la de agua agitada, que todo lo copia trémula y convulsa. Por no llorar tuvo que cerrar los ojos; pero al abrirlos, el jardin entero flotó ante sus pupilas en la gota de llanto que rebasaba la rosada curva de los párpados.

—No quiero hacerte llorar—repuso tras largo silencio doña Ana — pero quiero prevenir mi desgracia. Tú tienes demasiado talento para que puedas desconocer qué desdichas han caido aquí. Eso no podria ocultársete..... Tú no sabes lo que es; pero sabes que es algo.

—¡Algo!—repitió Lucila con voz llena de lágrimas.

—Y temo que habiéndose roto el lazo que nos unia á tu padre y á mí, él quiera hacerte toda suya, como yo quisiera que fueses toda mia..... ¡Hija de mi alma! ¡Pedazo de mi sér, que adoro más que al resto de mi sér entero! Tú no conoces qué tormento sufre tu madre. No hay celos tan horribles como los que la madre tiene de los que pueden arrebatarla el cariño de sus hijos.....

Eres el rinconcito de paraíso que me queda y..... temo quedarme sin tí!

—¡Es que te forjas ahí unos disparates!..... La calentura te ha dejado sus engendros en la cabeza..... Papá te quiere..... Yo te quiero..... ¿Qué empeño tienes de suponernos desunidos? Vamos todos juntos y por el mismo camino, con las manos cogidas como muchachos que juegan al corro..... ¡Ea! Se acabó el soñar, se acabaron las suposiciones negras y el creerse siempre entre enemigos..... Porque esto no es vivir..... Ni tú vives, ni vivo yo, ni vive nadie con este sistema de crearse peligros que no existen, y pasar dias y noches pensando cómo se resolverian en el caso de ocurrir esto y lo otro y lo de más allá..... Echémonos en brazos del Señor. Él nos llevará por donde nuestras almas deben ir!

—Pero ¿y si yo no estuviese equivocada? ¿Y si tu padre.....

—¿Vuelta á las andadas? Papá me quiere tanto y me conoce tan bien, que no sería capaz de nada de eso. Ni tú tampoco lo serías..... Él, si yo no te adorase, no me adoraria, porque sería una hija vil..... Esa competencia de cariño entre él y tú no tiene pizca de fundamento. Los dos me quereis lo mismo..... Yo hago de mi corazon dos partes iguales y digo: «Esta parte, para mi padre: ésta, para mi madre.» Y luégo, tomándolo todo entero, añado: «Y esto, para Dios.»

Miró doña Ana á Lucila con amor infinito. Luégo bajó la vista, y ruborizándose dijo:

—Yo..... no me atrevo á decírtelo..... Yo queria..... que si ha de ser uno de los dos pedacitos del corazon

tuyo..... ¡qué corazon tan bueno!..... si ha de ser uno de sus pedacitos más grande que el otro..... fuese para mí.

Sonrió tristemente Lucila, y cogiendo la barbilla de su madre, exclamó:

—¡Egoista!

—Y ademas quiero..... que en cuanto te despiertes, tu primer beso..... ¿oyes?..... tu primer beso..... no sea para él..... sino para mí.

---

# VII.

**Combate. — Ala izquierda.**

Cuando aquella tarde D. Acisclo Añorbe salió de paseo con Lucila, entraba en el gabinete de doña Ana el padre Alegre, llevando ciertas cedulillas y rosarios llegados últimamente del cielo por la vía de Jerusalen.

Don Acisclo conservaba, de su edad de piedra, como él solia llamar á sus dias de hambre, una aficion singular al campo libre y un congénito ódio á los paseos del gran mundo. El Retiro era para él camino de travesía del purgatorio, y la Castellana, pasadizo del infierno: tanto le enojaba la larga y ondulante fila de coches que heridos por el sol despiden al girar los radios de las ruedas vislumbres dorados y ofuscantes. No hay, pues, que decir que la ámplia y cómoda cuanto antiquísima *sociable* en que iban padre é hija dirigió el paso de su caballo hácia uno de los lugares que áun quedan en Madrid para las gentes de gustos idílicos. Fué por la puerta de San Vicente, y subió hácia la de Hierro, entre las dos hileras de huertas regadas por norias que sacan su zumo del Manzanáres como cínifes sedientos su humor de las venas de un clorótico. Iba D. Acisclo con su noble y ancha faz apoyada en la mano derecha, miéntras Lucila soste-

nia una oscura sombrilleja por librarse de la luz demasiado viva.

—Ya sabes —dijo el digno comerciante, miéntras limpiaba en el codo de su manga derecha los lentes negros.—Mañana se va miss Alicia.

Era cierto. La incomparable Alicia iba á volver á la Gran Bretaña con su sombrero de paja negra, sus ondas de rufo pelo asentadas con bandolina sobre las sienes, y con sus tomos de miss Bradon en la mano derecha.

—¡Pobre señora!—continuó el comerciante.....—Tú te quedas sola.

—¿Sola? Sola con mi mamá.

—Sola—repitió D. Acisclo, volviéndose á calar los lentes y arrellanándose de nuevo en el fondo del carruaje.

Largo silencio. Rueda veloz el carruaje y piérdese de vista á la izquierda el caudal del rio, que es un arroyo en que meten sus piés dos docenas de álamos.

Iban envueltos en nube vaporosa de polvo y sol; don Acisclo echó sobre los ojos el ala del sombrero para que los protegiese, y continuó:

—He dicho que sola, porque en el estado en que tu madre se encuentra, yo, que no quiero sino tu bien, creo que más te conviene evitar que buscar su compañía.

—¡Evitar!..... ¡Qué horror!..... ¿Y eres tú quien me lo dice?.....

—Yo, la única persona que puede decírtelo..... No creas, no creas que me ha costado poco trabajo..... Hay palabrejas que al ser dichas se llevan parte del alma..... ¡Hablar! ¡qué cosa tan fácil!..... ¡Hablar! ¡qué cosa tan

difícil!..... Ello depende de que lo que se hable importe ó no importe, y vaya ó no vaya á tener trascendencia. Al decirte esto he consultado la opinion de muchas horas, y todas me han respondido que era mi deber..... Tu madre parece que no vive con nosotros hace largo tiempo..... Tenemos allí su cuerpo martirizado por las enfermedades; pero su alma..... ¿dónde está? ¡Hay en ella un desden hácia todo lo que no sea ese pensamiento oculto que la domina!.... Muchas veces he pensado si estará loca.

—No te entiendo. Tus palabras me hacen daño sin saber lo que significan..... Yo no veo entre vosotros dos esos montes ni esos abismos..... Tú no quieres que mi madre se sacrifique..... Ella quiere sacrificarse..... De tu deseo y su negativa han nacido espinas..... No veo nada más; pero ¿acaso la voluntad es una espada sin córte ni punta? No, no..... Rasga, hiende, desbarata, como un robusto brazo la esgrima..... Se coge, y con ella caen todas esas zarzas, para que sólo queden en pié las flores..... ¡Claro está! Dejais la espada ociosa, y las zarzas siguen creciendo; quereis acercaros, y os hieren; y vuestra vida..... no sólo la vuestra, la mia tambien..... es un abrazo á traves de un monton de espinas.

—Veo las espinas, pero no veo las flores..... Ese abrazo ha dejado de darse hace mucho tiempo. Pero ya los sucesos se han cansado de esperar y vienen á nosotros..... ¡Ay, niña mia! Yo pensé que no habia pena más grande que tener diez años y no tener madre; tener hambre y no tener comida; dar vueltas á Santander sin oficio ni beneficio, dormir á cielo abierto y llevar los piés al aire..... ¿Para qué, para qué llevé á cabo esas batallas necias,

que se premian con monedas de cinco duros?..... ¡Fuera yo pobre, y no me hubiera casado con mujer tan superior!

—¡Calla, calla! Dices cosas espantosas. No crees, no tienes fe, blasfemas y escupes á Dios.

Don Acisclo dió un hondo suspiro, en que iba el gérmen de muchas lágrimas. Acaso tras de los ahumados cristalillos asomó una de ellas; pero esto no se halla probado en nuestros papeles. Dicen ellos á continuacion que por este órden siguió el diálogo entre D. Acisclo y Lucila; que aquél no acabó nunca de explicarse con claridad, pues—dice el narrador—aunque fuese grande la confianza entre padre é hija, como suele acontecer cuando los hijos nacen con más talentos que los padres, borrando esta cualidad preeminentísima límites trazados por la autoridad natural, los pensamientos y propósitos de D. Acisclo eran de aquellos que están condenados á morir dentro del cerebro que los engendró, sin que nadie pueda conocerlos sino cuando estalla la pasion con sus arrebatos desatentados.

---

# VIII.

**Viaje místico.**

Comprendió Lucila qué lucha sorda estaba llamada á sostener. Desconfianzas mutuas de sus padres; disputas reñidas en la sombra; celos fomentados por una antipatía creciente; campaña que el amor de cada uno hacía para que Lucila desertase de las banderas del otro. El comerciante prestó al padre su tenacidad; la mujer, herida en sus sentimientos de esposa y madre, desarrolló todas las estrategias y astucias femeninas. Hubo la pobre muchacha de ocultar sus besos y repartirlos á hurtadillas de uno á otra. Aquellos dos cariños giraban por contrapuestos lados del corazon de Lucila, y las torturas de ésta son presumibles.

No pudo más. Una mañana reveló su situacion al padre Alegre, el cual, acariciándose la azulada nariz, dijo:

—Sólo hallo un medio, mi querida penitenta, de evitar el conflicto.

—Pero V., V., padre Alegre, que todo lo sabe, que es V. un sabio y un santo al mismo tiempo, ¿no quiere usted decirme—interrumpió la señorita de Añorbe—qué misterio, qué espantoso misterio ha podido romper la dicha de mis padres?..... Yo no lo sé..... yo lo sufro.

—No; no me es dado penetrar en ajenas conciencias.

Aquellas que no me entregan las llaves de sus secretos, no puedo yo descerrajarlas con la ganzúa de las deducciones. Hábleme V. de sí, de sí sola; de los medios de evitar el conflicto, no de sus causas y procedencias..... Y vuelvo al pensamiento que V. interrumpió. Usted me dice que todos sus miramientos y composturas no bastan; que su presencia de V. excita y empeora la situacion moral de sus padres. Pues es óbvio. Retírese V. de su vista.

—¿Cómo?

—¡Oh! Hay mil maneras..... Pero ántes de inquirirlas, resolvamos si está inspirada por el Espíritu Santo mi idea..... Vamos por puntos.

No cesaba el buen clérigo de acariciarse la recia nariz, cuya piel, con las cariñosas frotaciones de la mano derecha, encendíase de poéticos arreboles: primero parecia una rosa, luégo níspero, y por fin, una berengena.

—El caso es que, por motivos ignorados de nosotros, y que sólo la inteligencia del Altísimo puede penetrar, se ha alterado la paz familiar de ustedes. Don Acisclo y doña Ana se disputan su amor de V. como un ángel y un ministro de Satan el alma de un hombre. ¿Quién es el ángel? ¿Quién es el diablo? ¡Oh, querida penitenta! Eso, eso únicamente el Verbo divino, que todo lo ve, lo decidirá en su dia. Contentémonos con el hecho, que es, despues de todo, lo único que puede descubrir la miserable inteligencia del género humano. El hecho, el hecho es como el tallo que sale á flor de tierra; eso es lo que podemos apreciar. Pero la causa, la raíz, quédase allá en lo profundo del suelo; y ni á nosotros, guardianes de la viña del Señor, nos es dado inquirirla..... Bueno; pues el

hecho es que la presencia de V., como la presencia del bien disputado, irrita los ánimos. Me ha dicho V. que primero se contentaban con insinuaciones misteriosas; que luégo pasaron á reticencias comprensibles; que más tarde ha habido explicaciones terminantes y violentas, y que ahora ha llegado á ponerse el vidrio de las disputas tan quebradizo y endeble, que son de temer mayores daños..... Esta es la ocasion en que V. debe llevar á cabo una heroicidad..... Aléjese V. de su casa.

—¡Alejarme!

—No propongo absurdos..... Alejarse para y con el pretexto de terminar su educacion en un convento cualquiera..... ¡Enorgullézcase V., niña elegida y privilegiada, como Santa Teresa, de que en edad tan tierna la precocidad sublime de sus dotes morales le permita tomar parte activa y gloriosísima en la salvacion de dos almas!..... ¡Oh, cuántos, cuántos cristianos llegan á muerte caduca sin encontrar ocasion de estas pruebas espirituales!.....

Este proyecto fué largamente discutido entre el padre Alegre y Lucila. Conste que ésta vió en él mucho que halagaba sus gustos y ambiciones de fervientísima devota. ¡Entrar tan niña en la casa de Dios y servirle como esposa! Muchas veces habia pensado ella en el regocijo de vivir entre las cuatro paredes de un convento. Pero el amor á sus padres se lo habia vedado é impedido. Sin esta contrariedad del alma, ¡cuán deleitoso le parecia aquel holocausto de espíritu y cuerpo hecho al cielo! Mas ahora las circunstancias suprimian esa contrariedad. Ahora no sólo iba á realizarse su sueño, sino que al realizarse servia ademas de consuelo á desgracias humanas,

placiendo á un tiempo al Señor y á los hombres. Era cúmulo de felicidades disfrazado con ropa de sacrificio, y la única aguja que se clavaba en la frente de Lucila al adornarse entre sueños con el velo de la novicia era aquella cruenta separacion de los padres queridos, aquel dejar de verlos, aquel salir del nido de la infancia con las alas negras del dolor.

El viaje á Lóndres de miss Alicia Wilfer dejaba sin direccion intelectual á Lucila. Así, pues, la idea de que ésta pasase algun tiempo dentro de un convento en clase de educanda, y por supuesto, sin ulteriores propósitos de monjío, tal como lo propuso el padre Alegre, agradó á D. Acisclo, que tenía ademas vivos deseos de que, separadas la hija de la madre, el contagio del ódio no pasase de ésta á aquélla. Algo se resistió doña Ana; pero las monjas Teresitas, sus grandes consejeras y amigas, acabaron de quitarla de la cabeza todo espíritu de resistencia. Tratóse de elegir convento.

—El de las Teresitas —pensó doña Ana.— Así podré yo abrazar á mi hija siempre que quiera, y él no podrá.

Pero no sabian ni D. Acisclo ni doña Ana que el convento estaba elegido en una famosa capital que abunda en ellos. Como el padre Alegre y Lucila se proponian el alejamiento de esta última, y no hubiera podido obtenerse en un convento que estaba pared por medio de la casa de Añorbe, eligieron el de las Deseadas, de Muriedro, del cual fué *in diebus illis* capellan el que ahora lo era de las Teresitas.

Dicho y hecho: aquel alma pía fué á aumentar el rebaño eucarístico de la ciudad histórica.

# IX.

**El Convento de las Deseadas.**

Era una fea máquina de mampostería, herida de muerte por el rayo de los siglos—¡un rayo lentísimo, pero abrumador!—en que todas las exageraciones del mal gusto arquitectónico habian puesto la mano. Estrecha la fachada, tenía sólo dos redondos tragaluces con podridas persianas verdinegras y amarillentas, donde el sol se complacia en dibujar sombrajos caricaturescos, que al mediodia simulaban dos órbitas vacías del cráneo de un gigante. En la puerta de la capilla se descubrian, esculpidos en los arcos torales, estas dos leyendas: «*Procul est profani.*» «*Psale et Psile.*» El trascoro se ha hundido; el sarcófago del fundador D. Gutierre Ceiteno cae hácia uno de sus lados, por haberse desplomado un dia de lluvia la tierra que engredaba la basamenta, y dentro de la caja marmórea, el esqueleto ilustre debe hallarse en violentísima postura de saltimbanqui. Un retablo del Greco sonrie con la sonrisa del buen gusto en el confin de la nave; un arco de herradura enseña la capilla bautismal por entre su dentellada curva; pero estos oásis del arte mueren pronto; en la invasion de los entrepaños barrocos y los altares de Churriguera con que la munificencia de Fernando VII—el monarca

de los motines y del mal gusto—acudió á remediar achaques del tiempo, grietas del abandono y hendiduras de la miseria.

Es la hora de la siesta. ¡Qué calor en las calles de la morisca Muriedro! Huyendo de él, los pájaros se han metido en el patinejo umbrío del convento, y allí charlan bajo la lasciva higuera, donde el sol se cierne, desparramando en el suelo aderezos de luz, gotas de diamante, plumas doradas, recortes de auroras y mil festones graciosos, que parecen la sombra de un ajimez judío ó la de una mantilla andaluza.

—Pío.

—Pío.

—Calla.

—Canta.

Así dicen los pájaros, cuyo picoteo resuena entre los pétreos altísimos muros de la casa de Dios, como una carcajada de calaveras celebrando una orgía en una tumba. En tanto, allá léjos, donde el claustro superior se dobla, una, dos veces, y simula un codo, óyese á las bocas sigilosísimas de las vírgenes del Señor, que sentadas en los frescos poyetes de granito que dan vuelta al barandaje de madera, cantan el salmo XXVIII, y repiten luégo el tema obligado de la santa regla:

—*¡Psale et psile!*

Son dos notas silbadas, especie de estribillo de la cancion funeral con que adormecen su espíritu, enterrando en él amores humanos, terrenales amistades, intereses perecederos, ansias temporales y ficticias bajo la lluvia de versículos latinos, repetidos un dia y otro, y

cuyo ritmo parece el de los pasos cadenciosos de la muerte. El supremo reposo de la siesta tiene callado el viento, quieta la higuera, suspenso el aliento de las cosas todas del huerto, que viven sin andar. La noria se detuvo, y el macho *Quitolis* pace echado sobre una fresca cama de follaje con los ojos entornados y lacias las orejas. Flotantes hilos de arañas brillan bajo el sol, oscilando de las ramas de los olivos y sosteniendo el sueño de un silfo. Una cabra, de cuyas ubres Sor Dulcísimo Nombre de Jesus saca el jugo que su salud misérrima necesita, duerme tambien entre las altas hierbas nacidas cabe el pozo, con la boca rubia y barbona, llena de hojas de parra y ácidos pámpanos ensortijados.

Es una calma sobrehumana. Diríase que aquí no puede llegar la vida, y que esto que los mortales llaman «siesta» debe nombrarse allí «eternidad».

La abadesa Sor Jerónima de las Llagas relee un capítulo de las *Exclamaciones* de Santa Teresa, de quien es imitadora en las artes del escribir como en las virtudes del padecer. Esta excelente señora tiene la monomanía del catequismo, y su vida toda se distribuye en dos ocupaciones á cual más merecedora de una silla en el paraíso: componer ciertas décimas y endechas místicas, y atraer al convento á las niñas, que, como mariposas cansadas de luz, acudian al locutorio á ver qué tal iba á estas mariposas lánguidas de la sombra.

Lucila rezaba con otras dos novicias en un extremo del corredor, entre el coro de las catorce monjas, cuyos blancos ropajes de merino cíñense á los flacos cuerpos como una sábana tendida sobre una momia.

Quien primero rompió el silencio, que seguia siempre á la oracion, fué Sor Dulcísimo Nombre, diciendo:

—Ese arriero de Malagon es un pícaro. Me prometió traer hoy la harina para las perrunillas..... ¿Me ayudará V., Sor Perpétua?

—Sí, la ayudaré—replicó Sor Perpétua, que era una anciana flaca y temblona, cuya espalda encorvada parecia llevar á cuestas un libro de coro.—Pero el horno está muy mal..... ¡La madre Abadesa no quiere que vengan albañiles á componerle!

—No hay fondos, hermanas, no hay fondos—exclamó Sor Jerónima de las Llagas, levantando su rostro canijo, descorriendo sus párpados rugosos, suspirando como un fuelle por sus anchas y largas narices morenas, que simulaban dos apagaluces unidos.

—¡Haylos para libros!—objetó con mal oculta irritacion Sor Dulcísimo Nombre.

—¡Y para cuadros!

—¡Y para plumas de ave y carrafas de tinta!

Esto lo dijeron Sor Perpétua y Sor Plácida, que formaban junto á la madre de las perrunillas en todo altercado.

La Abadesa paseó sus negros ojos, llenos de agua siempre, como dos guindas recien sacadas de un arroyo, por las madres insurgentes, y no respondió de otro modo que reanudando su lectura en alta voz, segun solia, hasta que de nuevo su espíritu entraba en el sentido de las letras que la pluma iluminada trazó:

«¡Oh amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo!»

Hágase constar, de una vez para siempre, que por el tiempo de esta relacion, tan verídica como pobre de novedades, una recia disputa tenía dividida á la comunidad de las monjas Deseadas en dos bandos distintos. Jamas cisma de índole semejante amenazó á la cristiandad.

Era el caso, que hácia los años de la Revolucion de Setiembre dejaron de percibir las monjas la peseta columnaria que por disposicion del Señor Rey Don Felipe IV y desde aquella memorable época venian cobrando con la misma puntualidad que el sol paga su diezmo de rayos á la tierra. Apuros pecuniarios fueron los de las pobres vírgenes, superiores á la más grande escasez. ¡Oh pródiga despensa, que manaba en chorros de vino dulce y otros confortativos licores! ¡Oh alhacena mágica, donde los jugosos cotubillos del cerdo estrechaban la mano á las extremidades adobadas de las terneras montaraces! ¡Oh refectorio inmenso como el estómago de la gula, en que los aperitivos nabos del potaje cuaresmal de caldudo y alimenticio guisote habian hecho entreabrirse con delicia las fosas nasales de mucho Epicúreo femenino!.... Todo desapareció como sueño de hambriento en vísperas de Noche Buena. Dos racioneros adscritos al servicio de la capilla dejaron de decir allí el oficio sagrado porque las infelices monjas no podian pagar el pié de altar, ni apénas tenerse en el suyo..... Para salir de trampas hubieron de vender á un inglés *touriste* un *Jesus captivus*, del Greco; por donde se vió que, así como Jesus redimió del pecado al género humano, su hermosa efigie redimió del hambre al convento. Mas fué redencion breve: luégo volvieron los dias sin pan, las noches de vigilia, una

forzada cuaresma, en que las pocas carnes que quedaban en el santo hospedaje de almas pías se desvanecieron totalmente.—Un recurso de habilidad monjil fué mano de santo para ellas. Celebradas eran en todo el orbe católico las perrunillas de las Deseadas, su arrope moro de guinda y cereza y las tortas Sanjuanas de harina y jamon. Todo esto salia del horno de las Deseadas. Sor Dulcísimo Nombre de Jesus era la directora de aquel laboratorio de gustosísimos gatuperios. ¿Quién dijo hambre? ¿Quién dijo miedo? Cinco madres soltaron el libro de rezos y cogieron la espumadera: alzadas las mangas perdidas de los hábitos sobre los codos, un mandil pendiente del cuello, y las manos listas, el dulce salia del convento por el torno, que al dar la vuelta traia siempre un cartuchito de pesetas, cuando no doblillas relucientes y maliciosos centenes, que parecian tentar la adquisividad de aquellas santas con voto de pobreza.

Mejorada la suerte de aquella casa con la Restauracion, y devuelta al convento su renta, más un censo frumentario sobre várias tierras de pan llevar de Sonseca, la madre Abadesa quiso poner mano en aquel infernal desarrollo de la industria confitera que invadia el claustro. La verdad es que el hábito del trabajo, las rudezas de la fatiga y el gusto al dinero ganado despertaron el instinto comercial, dormido en las almas contemplativas de las monjas. Se suprimieron varios ejercicios piadosos; se oia una sola misa, y sólo se rezaban cinco rosarios por dia. Darse aquella salvadora azotaina que Sor Jerónima de las Llagas conceptuaba precisa, ni por pienso habia vuelto á suceder en la luc-

tuosa estancia de los martirios—un húmedo cuartucho, que olia á tierra mojada, y cuyos muros ostentaban rojas salpicaduras de sangre que vertió, zurriago en diestra, otra generacion de espíritus y cuerpos más robustos.....—Y no se repitieron estas mortificaciones, porque quitaban la presteza, vigor y agilidad necesarios para remover cacerolas, soplar hornillos, cerner azúcar, pisar almendra y hacer el duro amasijo de pestiños y peradas. Sor Dulcísimo Nombre era de opinion de que no se abandonase el sistema del trabajo confiteril. Sor Jerónima de las Llagas queria que las cosas volviesen á su prístino sér y estado, dejándose en el sótano los chismes de endulzar gaznates pecadores, y sacando á luz las herramientas de enderezar espíritus torcidos y arrancar muelas doloridas de culpa mortal.

El dia en que osamos conducir á los lectores al convento andaban los ánimos muy alborotados y levantiscos, porque con la proximidad de la Cuaresma, encendídose más habia el ánsia mística de la Abadesa, que deseaba que precediera al solemne período una uncion religiosa, incompatible con perrunillas y dulzainas. Sor Jerónima de las Llagas reclamó dos veces la obediencia de la hermana Dulcísimo Nombre. Luégo dijo:

—Más vale que muramos pobres que confiteras. ¿Nos hemos venido á la casa de Dios para hacer confites? No, sino para sacrificarnos en el cuerpo. Sor Perpétua, Sor Plácida, Sor Dulcísimo Nombre..... óiganme bien..... por el camino de los confites se va á la perdicion. No hay remedio: ó va á haber aquí ángeles sin cabello, ó cabello de ángel. Estas tres niñas que vienen á educarse

entre nosotras deben encontrar aquí un espectáculo de ejemplo.....

Las tres aludidas refunfuñaron, y la corva espalda de Sor Perpétua se meneó con descontento, como la de res tocada de aguijon.

—¡Humildad, hermanas, humildad!—gritó con tono nada humilde la moderna Santa Teresa.

Entónces sonó en el corredor una esquila, y por el tubo del tornavoz que iba del locutorio al torno, dijo con voz gangosa de flauta que suena en lo del agua Sor Juana la tornera:

—¡Madre Abadesa! ¡Del mundo vienen á preguntar por la novicia Lucila!

Esto sucedia todos los dias. Quien venía con tantá frecuencia era Garriguez, el mayordomo. Sor Jerónima movió la cabeza con descontento, y haciendo con los labios un signo de disgusto, exclamó:

—¡Son demasiadas visitas!

---

## X.

**Letras sagradas y cartas profanas.**

¡Orden sublime! Nada se altera allí. A la misma hora se exalta el alma y se subliman los pensamientos. El alto cimbanillo, que en la espadaña central del convento enseña á las nubes su boca redonda, marca y regula la vida de las veintidos siervas de Jesus, como la corneta de un ejército las maniobras militares. Una tarde Lucila subió al alto campanario en compañía de la madre Perpétua á buscar ciertas plantas buenas para contener la jaqueca. Criábanse allí arriba, sembradas por los ángeles, como decia la madre Abadesa, para alivio de las pobres golondrinas enfermas de fiebre. Eran las tres, y Lucila vió más de cincuenta campanarios que sobresalian en las sinuosas líneas de tejados, como rotos mástiles de viejo y apolillado navío. Mirando á la derecha, bajaba Muriedro hasta el Tajo, y sus fachadas hendidas y llenas de agujeros desiguales eran como amontonamiento informe de pedruscos volcánicos, abundantes en oquedades. Mirando hácia arriba trepaba, trepaba la caduca ciudad, procurando agarrarse á la esbelta torre de la catedral, aérea y calada como la pluma caudal de un pavon. Era una algarada arquitectónica, un carnaval de edificios. Cada uno procuraba disfrazarse con las prendas

del vecino, y una casa morisca echábase hácia atras para apoyarse en los derrumbados arcos de un templete del Renacimiento. Veíanse patios como cazuelas, en que las gentes parecian hormigas. Los puentes del ferro-carril simulaban á lo léjos una infantil construccion hecha con palillos de dientes, y el puente de San Agustin, hácia la izquierda, y la puerta Azagra en lo más hondo, destacaban sus récios torreones y membrudos pilotes, como se destaca el cadáver de un gigante en un cementerio de enanos tísicos.

De campanario á campanario podian las benditas monjas hacerse señas; y el ingenio mujeril, aguijado por la curiosidad, habia trocado aquellos árabes minaretes en telégrafos ópticos, en que un cintajo azul colgado de una caña indicaba: «La madre Fulanita está mala»; y un trapo negro oscilando debajo del palomar queria expresar esta idea: «¡Se nos van acabando las habichuelas!» Como palomas subian aquellas pobres madres á contemplar desde allí el horizonte libre; pero ¡ay! debajo de las ámplias tocas no vibraban alas, sino los éticos brazos enflaquecidos por el ayuno. Hay quien dice haber visto en ese campanario, en noches perfumadasdel estío, la vaga sombra de una monja, mirando con envidia el espacio inmenso, la serena velocidad del rio rompiendo obstáculos y corriendo sin fin; pero este tal añade que aquella misma noche se han oido hácia los claustros exteriores sonoros latigazos, con que la mano castigaba al cuerpo por encargo del alma.

Lucila estaba allí llena de místico ardor, hechizada con su nueva vida y con aquel pasarse las horas sobre

una losa, mirando una imágen hasta verla pestañear. Halagaba tambien la vanidad científica puesta en su alma por la institutriz inglesa el aprendizaje de latin á que la habia sometido la madre Abadesa. Era una vieja Gramática del Padre Calixto Hornero la que servia á la eruditísima monja para enseñar el idioma muerto á las educandas aplicadas, de las cuales, segun ella, «podia sacar la Iglesia armas con que encadenar á los molosos infernales.» Pero su celo antiprofano fué mucho más allá que el gramático, y con una pluma diestramente cortada tachó en el impreso toda palabra de resonancia gentílica, sustituyéndola por otra de análoga terminacion. No se declinaba allí, pues, *Mussa, muæ*, sino *Ecclessia*, *ecclesiæ;* y las ninfas, diosas indecentes, deidades desnudas y Endimiones seductores fueron cubiertos con negra saya, para que no despertáran en los juveniles ánimos de las latinistas las ideas voluptuosas tan mágicamente expresadas en los frisos del Partenon.

Mucho, mucho habia adelantado el espíritu de Lucila desde aquellos dias memorables en que miss Alicia enseñaba el inglés, porque ahora daba gozo oirla destrozar el idioma de Tito Livio bajo la direccion de la madre Abadesa. No entendia ninguna de las dos todo lo que leian en sus libros; pero cuando la madre Abadesa lograba descifrar uno de los largos y macarrónicos pasajes de Severo Sulpicio, llamado el Salustio cristiano, era su júbilo tal como el del niño que en un muladar se encuentra una peonza.

Entró Lucila en la celda de la Superiora. Habia allí dos sillones, á los cuales habian arrancado pelote y cue-

ro para convertirlos, de trono de la comodidad, en patíbulo del tormento. No habian llegado á aquellas alturas esos gruesos colchones con que se burla la regla de que sea uno solo el que brinda con el descanso al cuerpo sin que experimenten dureza en los huesos y frialdad en la carne. Un niño Jesus estaba sobre un armariejo. Los ratones le habian comido el mundo; en su lugar puso la Abadesa una granada, y el infante celestial, más que tal, parecia un graciosísimo artillero. Habíanle las moscas desaseado el rostro, y por lavarle el paño de la anciana, trasladó la pintura de las cejas á los labios, resultando barbadísimo mancebo el tierno niño; por donde se ve qué milagros obra la piedad mal entendida. En las paredes de blanca cal y abundante en protuberancias habia una estampa de San Jerónimo en la Tebaida, y enfrente un canario de estambre amarillo con sus ojos de azabache bordado de terciopelo. Sobre una mesa de negra encina veíase una botella encerrando todos los atributos de la pasion, los cuales, si se llena de agua el recipiente, flotan. Pocos libros, y éstos en una alacena, coronados por línea de olorosas manzanas. Frente al tablado del lecho está la imágen de Santa Teresa, y en un medalloncito, cabellos de la insigne doctora.

Ya esperaba la Abadesa para dar la leccion, y ocupando aquel esqueleto de sillon, tomó un libro y comenzó la lectura diciendo así:

—«Milagro CCXXVII.—Un anacoreta da la vista á cinco leoncillos..... *Habitent plerique in eremo.....*» Pero mejor será que te diga ántes otra cosa de más entidad que esto de los leoncillos ciegos..... Mira, hija mia, tú

eres elegida y Dios te llama; pocas veces he visto una novicia tan predestinada como tú..... Pero tienes que romper ciertos lazos..... Esas cartas que escribes á tus padres, ese interes por cosas de Madrid, pestífera ciudad, que, como dice ese papelito que nos mandan las madres de Barcelona, está edificada con los escombros de Sodoma.....

—Haré lo que V. me mande.

—No, nada de esclavitudes, que Dios no quiere; oblaciones, oblaciones perfectas — repuso la madre alzando las arrugadísimas manazas y empleando una de las fórmulas oratorias de su agrado.

Cuando acabó la leccion fué Inesita á su celda, sacó de la funda de una almohada una carta, y rasgándola, exclamó para sus adentros:

—Es de mi padre; pero no, hay que ver al mundo como se verá desde una estrella.

---

# XI.

## Iluminacion.

Aquella noche sintió Lucila desasosiego extraño al mismo tiempo que se desnudaba. Al desceñirse la toca de lienzo, parecióle que era un pájaro á quien hubiesen desatado la ligazon de las raudas alas. Se acordó de sus padres, de Garriguez, del salon donde estaban las flores de invierno cerca de la chimenea. Hubiese querido ir á ver todo aquello en un instante y volverse enseguida á Muriedro. Distendió sus delgados brazos, y experimentando el gusto del desentumecimiento, púsose triste miéntras decia:

—¡Quién pudiera volar!

No habian practicado en su hermosa cabeza pálida la rapazon de trenzas y bucles; así que, al arrancarse de ella la toca, lucieron los negros cabellos, como la hoja negra del ébano cuando la nieve que la cubria se derrite. Permaneció un buen cuarto de hora sentada en el borde de la tarima, pensativa, mirando el suelo. El velon que ardia sobre una tabla empotrada en el muro lanzaba al techo el perfil agudo de su rostro, diseñaba las líneas salientes de sus pestañas largas, largas como alas de golondrina, y hacía resaltar en su frente los dos lóbulos de lo maravilloso, muy acentuados. El silencio de la noche

era profundo, y el lejano rumor apagado del rio hacíale más solemne. De repente se incorporó y continuó despojándose de la ropa. Cayeron al suelo dos faldas y quedó el flaco cuanto bellísimo cuerpecillo, envuelto en blanco ropaje de fantasma. Su boca sopló la luz. Reinó la oscuridad, hermana del pudor; pero no el sueño, hijo de la paz del alma. Como otras muchas noches, empezó á ver, flotando en las tinieblas, aquellas fantásticas perspectivas de los libros de rezo, aquellos ángeles de alas doradas y aquellos páramos interminables cubiertos de rojiza arena, inundados de sol, sobre cuya gran área se destaca el esqueletado cuerpo del cenobita; aquel mar inmenso de verdes olas, por sobre el cual se desliza serena la figura de Jesus, hollando con planta divina la corona espumosa de aquellas como alas con que el mar quiere volar al cielo. El ave de la tiniebla traia bajo la triste ala enjambres de luciérnagas místicas, que volaban haciendo luminoso el aire de la celda. Abiertos los ojos, contemplaba Lucila aquella exteriorizacion de sus sueños, y un orgullo sublime acometíale al considerarse capaz de tan altas percepciones. Comparábase mentalmente con la niña perfecta de Tébas cuando en lóbrega espelunca venian á visitarla las luces del quinto cielo y los ángeles del noveno paraíso. Su agitacion fué extremada, y el júbilo infantil con que se contempla la oculta maquinaria de un relojillo tuvo su parte en la alegría con que se vió rodeada de esas visiones reservadas á los elegidos. Incorporóse en el lecho, clavados ambos codos en el crujiente jergon, y así permaneció largo rato. Oyó el clamoreo lejano del campanario de las Gaitanas, que á las dos se levantan á

rezar por la memoria del fundador. La comezon nerviosa fué insoportable. Puso los piés en el suelo, y las recogidas trenzas se deshicieron, cayéndole por la espalda. Parecia loca enamorada que acude á cita de amor; la bella Sulamita, segun la crítica profana la comprende; no un espíritu excelso tocado de llaga de pasion supraterrena.

La estrecha ventana, cubierta de cortinillas flotantes, mostraba el azul y hondo seno de la noche. Abrió el cristal y apoyó ambos codos en el alfeizar. Veia allá abajo el patinejo estrecho del convento, lleno de olivas, cipreses y dompedros, sobre cuya negra masa el brocal blanco del pozo y las tumbas de las monjas marcaban líneas blancas, donde la viva luna se reflejaba. Los tejados, que bañados en esta misma luz, con lento declive iban cayendo hácia el Tajo, parecian olas de piedras negras arrastradas por un torrente de claras aguas; y más allá el anfiteatro de montañas, unas más altas que otras, todas negras y formidables, cercaban la vega, haciendo resaltar en cinturon de sombras la ciudad. Quedóse allí tranquila y sosegada. Medio desnuda, con los piés descalzos, no sentia el frio, porque la estacion primaveral iba avanzando á toda prisa.

Lucila se dejó arrebatar por el impulso alado de su fantasía. No veia la vida religiosa sino por el lado del milagro, y las apariciones, martirios, lluvias de palmas, elecciones divinas hechas por la voz muda de la conciencia, llenaban sus sueños de todas las emociones de admiracion ó espanto de que henchidos están los cuentos de nuestros abuelos.

Las tumbas del patio que más sobresalian eran dos

añejos sarcófagos, en cuyas tapas descansaban dos estatuas de piedra. Eran las dos infantas, hijas de uno de los Alonsos, y tenian una leyenda triste y lacrimosa, que corria en boca de las madres, constituyendo, digámoslo así, el caudal poético de aquella santa casa. Lucila sabía las desgracias y dolores de aquellas egregias princesas, á quienes sus maridos maltrataron, apaleándolas como infames jayanes desprovistos de todo sentimiento noble. Creyó que un suave viento hacía agitarse las ramas de las olivas, y que las tumbas se movian como flota una tabla en el agua. Luégo creyó distinguir vagas voces, ledos susurros, murientes ecos que circulaban en tromba musical dentro de las estrechas tapias. Todos los lagartos que en las horas de sol se paseaban por aquéllas, tomando propiedad fosfórica, perseguíanse corriendo por las ramas de los árboles como en un friso gótico. Jirones de luz se columpiaban en la sombra, saliendo de los más oscuros rincones y disolviéndose al soplo del viento. Mil luces se encendian, volaban, se unian y morian juntas..... Luégo, de los dos sarcófagos surgieron dos sombras opacas, que fueron creciendo en tamaño y adquiriendo fulgor. Eran las dos infantas doña Elvira y doña Mencía, perseguidas de invisibles enemigos..... Pero todo se apagaba, deteníase el viento, y Lucila juzgábase víctima de una ilusion óptica. Crecia de punto su asombro. Faltábanle razones lógicas para explicar los extraños fenómenos que dentro de su alma se desarrollaban, y llevándose ambas manos al pecho, decia:

—«¡Señor, Señor, yo soy tu esclava, yo te seguiré, yo iré tras de tu estela!»

Entónces una gran luz se hizo en su espíritu. Muchas ideas, claras ya, acudieron á su boca, y experimentó un incierto y confuso deseo de exteriorizarlas y escribirlas. Por desgracia, no tenía en la celda tintero ni papel. Su imaginacion trazaba en el cielo con fúlgidos caractéres aquello que queria expresar, poniendo por comas de su escritura las estrellas, y por puntos los mundos que flotan, reflejos del sol.

«Yo he visto la tierra negra y el cielo de color de rosa —pensaba Lucila.—Yo he visto los barcos del mar hundirse, y flotar sin tormentas las barcas del cielo, que son las nubes. Los montes más altos me han parecido granos de arena; el Tajo, una gota de agua que bebe el polvo; el mar, un charco cenagoso. Pero venías Tú, y los granos de arena crecian, iban naciendo mil de cada uno, trepaban éstos en los hombros de los otros, agujereaban las entrañas del cielo, corrian formando audaz barrera..... Y á su lado la gota de agua, lágrima de una fuente seca, se despeñaba por una escalinata de rocas..... Y más allá el charco se columpiaba, caia por las vertientes, llenaba los abismos; y en lo más alto un grano de arena se incendiaba, y las gentes le llamaban sol, y le adoraban como á hijo tuyo..... Pero en las cimas de las montañas y en las orillas de los rios congregábanse los enemigos tuyos, y unos te negaban, que era negarse á sí mismos, y otros miraban al cielo con desden..... Déjame apartar de ellos; dame las alas de un pájaro para volar; haz de mi pensamiento como diamante que sólo refleja la luz, y no las sombras disfrazadas de luz; ponme en el cuerpo la dureza de la peña para resistir, y en el labio el són de las fuentes que te alaban.»

# XII.

**Las perdices del padre Amaro.**

Era un gigante tonsurado. Cuando entraba en el jardin del convento, la puerta se oscurecia, y una enorme sombra negra iba tapando por hectáreas la extensa zona florida. La abundancia de *coram vobis* echaba hácia atras su persona, y juntaba las manos bajo la espalda en eterno apreton amistoso. Chata era la nariz y carnosa, chicos y negros los ojos, terrosa la color y matizada de una sombra azulada por sobre el labio y mejillas, allí donde nacia la barba espesa y fuerte y afeitada por el mismo cura cada sábado despues de decir misa. Vestia con desaliño raidos hábitos, tomaba rapé y usaba desaforado pañizuelo de hierbas. Sobre sus pasiones humanas predominaba la de la caza, y las pobres monjitas Deseadas, de cuyo convento era capellan, deploraban muchos dias que su guía espiritual prefiriese el puesto de perdiz al confesonario. Era excelente hombre, caritativo hasta el despilfarro, franco hasta la desvergüenza; pero poco instruido y muy apegado á la lectura de insulsos periódicos. ¡ Singular mezcla de virtudes sublimes y aficiones ridículas ! Tenía el perfume de Getsemaní encerrado en feo vaso del barro más tosco. No se le daba un ardite de que el padre Petavio disintiera del

águila de Pátmos en cualquier punto de disciplina ó teología; pero en cambio devoraba los extractos de las sesiones del Congreso, comentando cada parecer con denuestos enérgicos ó encarecimientos ponderativos. Católico creyente á macha martillo, y exagerado en su espíritu de resistencia á las nuevas ideas, su papel favorito era *El Eco de Estella*, un periodiquin escrito con bílis por una comparsa de clerizontes literatos, y no exento de gracia é ingenio. Nacido en Ricla y criado en Sigüenza, sirvió allí de paje á un secretario del obispado, y tomó el gusto á la buena comida en los sabrosos peroles de su Reverencia. Pero ésta era su sola aficion liviana, el solo regodeo que consentia á su cuerpo. Aragonés de pura raza, tenía la honrada claridad de aquella esforzada patria de héroes, y su lenguaje duro y sonoro, que es como el ladrido del idioma castellano.

—Mi padre guardó cabras en el Maestrazgo cuando los desastres de 1808 —decia el franco varon al hablar del autor de sus dias.— Una tarde en que estaba en el monte, vió pasar un soldadote á caballo, todo cubierto de sudor y polvo. ¡Temeridaes! ¡Llevaba el soldadote unos doraos encima!..... ¡Un mal viento que lo balde, y qué lujo! Era un frances. Pidió á mi padre amparo, y mi padre le dió pan, medio queso de cabras, una calabaza llena de buen vino de mi tierra (al mentar lo del vino cabrilleaban sus ojillos y se pasaba el dorso de su mano derecha por los labios)..... El franchute bebió, comió y descansó..... Cuando estuvo bien comido, mi padre se escupió las palmas de ambas manos, se frotó una contra otra, y asiendo del garrote, dijo al franchute:

«Ya está V. cogiendo su sable y defendiéndose, porque nos vamos á pelear los dos y á ver quién lleva el gato al agua.» El franchute miró á su alrededor, como buscando el gato que habia que llevar al agua; pero en realidad buscando su caballo, que pastando y libre, se habia ido léjos poco á poco. ¡Temeridaes! La paliza que le pegó mi padre al frances fué buena. Le quitó el sable y lo quebró. Le arrancó las hombreras del dorman y se las regaló á la Vírgen del Pilar. ¡Temeridaes!.... ¡Hombre más bravo! ¡Y que yo sea hijo suyo! ¡Una gallina, una gallina hija de un águila!

Era tan aficionado á la caza, que en Muriedro tenía nada ménos de cinco machos de perdiz, bautizados con sus nombres propios, con los cuales pasaba una larga hora ántes de siesta, echándoles picada algarroba ó excitantes amapolas. Sobre su misma mano convertia en pedazos las verdes hojas, y hacía que se la disputáran á picotazos las bravas aves cantadoras.

—¡Anda, cobarde, mal pájaro!—decia riendo á carcajadas cuando uno de los combatientes perdia la gana de luchar.—¡Colete, colete!..... ¡Pícale fuerte!..... ¿No ves que te insulta?

Y con su grueso y amorcillado índice hurgaba los alambres de la jaula, hasta que el rojo pico de la perdiz venía á dar duro golpe en la uña del dedo. Entónces prorumpia en una interjeccion poco piadosa y seguia riéndose un buen rato. Enardecidos los machos de perdiz, ahuecaban el plumaje, erguian la redonda cabeza, miraban de lado con sus ojos rubios, que parecen una cuenta de coral incrustrada en una gota de miel, y eri-

zando las alas, se acometian. Sacaban el cuello por los comederos, se herian furiosos, y revolviéndose dentro de la jaula, sacudiendo los alambres, dando con el cráneo en el techo, plumas leves salian fuera como signo, trofeo y resultado de la lucha. A esta hora los horrores de la digestion iban apoderándose del padre Celestino Amaro; una dulce torpeza caia sobre sus párpados; un grato sopor echaba su barba, de tres mofletes superpuestos, encima del pecho de la sotana raidilla y sucia..... El sueño le cargaba de sus grillos, cadenas y esposas piés y brazos. ¡Oh siesta divina! Poco á poco iba á la alcoba, despojábase de la sotana, y..... el lecho crujía bajo su noble peso.

---

## XIII.

**El padre Amaro medita.**

—¡Temeridaes!—dijo.

Era su frase acostumbrada para expresar desden por algun propósito absurdo, disparatado y poco realizable.

—Esa madre Jerónima de las Llagas, en su necio capricho de que todas las monjas sean santas, acabará con el convento y con las madres del antiguo régimen.

Dió una vuelta en la cama, que crujió dolorosamente. Luégo, como un rayo de luz le heria en la vista, púsose la mano sobre los ojos é hizo un esfuerzo de voluntad para levantarse.

—¡Una, dos..... tres!..... ¡Aaaah!

Abrió la enorme boca dos veces con ruido musical, como se abre una mohosa puerta de iglesia abandonada. Buscó la sotana á tientas. Enfundóse.

—¿Qué hora es?..... Las tres..... A las cuatro, al rosario..... A las cinco, á confesar..... A las seis, conferencia con la niña. Vamos..... Lo que yo tengo que hacer luégo..... la madre Jerónima me lo ha dicho..... es aquello mismo que hace el padre de un novio cuando va á casa de la novia. La niña Lucila quiere casarse con Jesus..... Yo voy á pedir la mano..... Soy el padrino.....

no, no el padrino..... el..... el..... Algo que yo no sé cómo llamar..... pero algo grande..... Eso no puede discutirse..... La madre Jerónima tiene razon.

Miéntras se ataba las cintas de la sotana en el ámplio talle, no ménos esbelto que el de una tinaja, una duda le antecogió la razon, y detuviéronse sus pensamientos y sus músculos, quedando sus brazos en jarras y su magin en vilo.

—Pero..... ¿tiene vocacion esa niña? ¡No hagamos una necedad por bailar el agua á esa buena madre Jerónima! Ella cree que Sor Lucila es una santa, un espíritu elegido, una..... ¡Temeridaes! ¡Demonios encadenados!..... No se consigue todo con cavilaciones sobre una calavera hueca y lampreazos en el lomo..... Luégo vienen los dias negros y las noches desesperadas..... Cree uno que se ha cortado las alas..... ¡y acometen unas ganitas de volar!

Lanzó un suspiro terrible, que casi conmovió las colgaduras de la alcoba, las cuales eran de tela catalana, representando una huerta sembrada de melones azules y calabazas negras.

—Es muy difícil saber si uno es ó no llamado á vivir en el mundo como un cipres..... solo, triste, lloroso..... ¡Demonios encadenados! Eso cuesta trabajo..... Señor, que viene un pájaro á ponerse encima..... ¡Largo de aquí!..... Señor, que llega una mariposica..... ¡Fuera de aquí!..... ¡Demonios encadenados!..... ¡Temeridaes!..... Eso es fácil para una pobre alma que ni habla ni pabla, para unas vejanconas arrugadas é histéricas; para mí, que soy un pedazo de leña tallado en el patron de San

Cristóbal, como decia el señor Obispo..... Pero para una niña bonita, con sangrecita nueva, con ojitos retrecheros..... ¡Vaya! Es, es difícil..... ¡Demonios encadenados, si lo es!..... Yo ya se lo he dicho á la madre Jerónima: «¡Mire V. que luégo las bodas son torneos, y se quiere uno rascar una oreja y no se alcanza á la otra!»

Hablaba alto, y con sus manos accionaba, dirigiendo sus palabras á una silla, como si fuese ésta la misma reverenda madre Abadesa.

—¡Mire V. que las criaturas de veinte años saben poco ó nada de lo que es la gracia de Dios. Leen un par de librejos piadosos..... que habia de recogerlos por ser la perdicion de la Iglesia..... se confiesan á menudo, le cuentan al Padre cuatro boberías, creen que la Vírgen es una muñeca, y los santos unos monigotes de feria..... y cátate á una mocosuela una Santa Teresa de Jesus..... ¡Mire V., Madre, mire V. que en Brihuega hubo una chiquilla, que tal dia como hoy se metió á monja, y tal dia como pasado mañana se arrepintió y se volvió loca!..... Pero la madre Jerónima no me hace caso..... Me llama tonto, bobonazo, ignoranton..... Cierto que lo soy..... pero un poco de buen sentido..... ¡vaya, que no me falta!..... «¡Mire V., Madre, que en todas estas vocacioncitas falsas de niñas pulidicas y mozas entra por mucho la vanidad!.....» ¡Ay, yo creo que falto á mi deber no sacando de la cabeza á las madres tanta bobada como se les antoja que es un Evangelio..... ¡Pero sí, bueno está el serrin para limpiar el oro!..... ¡Temeridaes!..... Las madres tienen su idea allá dentro, y no hay gatillo de sacamuelas que..... «Pe-

ro venga V. acá, madre de Dios—y al decir esto un tantico exaltado, tomaba entre sus manos la silla y la levantaba á la altura de sus ojos, como si la misma interpelada fuese.—¿Usted no sabe que no nace un santo cada dia? ¿O cree V. que un santo es un pino, que de cada tronco sale uno y no hay más que trasplantarlo?..... La mitad de ustedes no saben en qué consiste el ser santo..... Ser santo no es ser bobo..... no, señor..... Ser santo no es ser una piedra..... no, señor..... Ser santo no es ser insensible, y cuando le hablen á uno del mundo responder con un par de coces ó un sofion..... ¡Demonios encadenados!..... Ser santo es sacar de lo malo lo bueno; de donde hay sólo arena, agua; de donde no hay sino fuego, nieve que refresque..... Consolar, socorrer, ser útil, ayudar al que no puede, levantar al que se cae..... Echar una mano al molino cuando el viento no le empuja y la harina se pudre en la maquila..... Eso es ser santo..... Y ustedes, almas de cántaro, vejanconas egoistas, ¿piensan que para ser santo basta estar séria siempre, y suspirar mucho cuando mientan á Dios, escandalizarse cuando la vieja que hace los mandados dice que la hija del vecino ha tenido un chico siendo soltera, y echarse encima de la frente más cruces que tiene un cementerio si se mienta una palabra fea, ó si pasa por la calleja un carretero arreando á las mulas con ternos brutales? Pues están ustedes equivocadas. Ni Dios quiere esos santos ni ustedes entrarán en el cielo..... porque no sirven de nada, y su egoista afan de salvarse solas les hace perniciosas..... Cada siglo nace un hombre piadoso, y no cada mes. ¡Santa Teresa!..... ¡Una ha

habido en el mundo!..... Eso sí : cuando nace, es la gloria de la tierra, el orgullo de la humanidad..... ¡Hija de mi madre fuera, y en mi siglo hubiese nacido!..... ¡Dios mio! ¿ Por qué no tendré talento? ¿Por qué no sabré decir de modo que no resulte una herejía todo esto que pienso?..... Pero, ¡bah! Entónces yo sería un vanidoso como la madre Jerónima, que tiene una fantasía con sus coplas místicas..... ¡Y cuidado que son malas!..... No hace falta talento. ¿Se me ocurre una idea mala? Pues viene del diablo. ¿Se me ocurre una idea buena? Pues es que un ángel me ha puesto un pié en la dura mollera..... Y esta vez tengo el pié del ángel aquí, aquí..... ¡Bien claro lo veo!..... ¡Buena verdad es lo que digo!

Se paseó por la estancia hasta que el reloj volvió á llamarle. Vivia con una criada setentona, montaraz y selvática, andaluza, fea como una mala pasion y arisca como mastin de ganado, la cual adoraba á su señor y le admiraba sin comprenderle. El Cura la miraba con lastimosa sonrisa y decia :

—¡Válgame el Señor! ¡Aun hay álguien más bruto que yo!

Cuando la chacha Romana—tal era su nombre—entró en la habitacion, dijo :

—¿Sabe V. que la madre portera me ha echado una regañeta?..... ¿Por qué?..... Porque como V. me mandó que dejára entrar en el portal á esos gitanos que vinieron anoche pidiendo limosna.....

—Bueno ¿y qué?

— Que han dejado papeles sucios y un poco de paja en el portal, y la madre portera lo ha visto..... Se me

ha puesto..... ¡Buen genio tiene!..... Echaba lumbre por los ojos.

—Pues dile á la madre portera que en el portal mando yo..... Y si ellas prefieren tener medio convento desocupado á dar hospedaje á un pobre, mi alma en mi palma; que yo no quiero que me achicharren el cuero por una pequeñez semejante..... ¡Demonios encadenados!

---

## XIV.

### Locutorio.

No podia ser más alegre visto desde fuera. Tenía mucha luz, que dos rasgadísimas ventanas permitian pasar, y el piso era de baldosines nuevos, blancos y rojos. La sillería del coro viejo, trasladada allí provisionalmente, daba aspecto serio al resto del mueblaje; y áun cuando solia haber en la estancia cuadrilonga cajones, que traian á las madres con ropas, comestibles y otros regalos, cestos de costura y devanaderas desvencijadas, que parecian manos cansadas de sostener la madeja eternamente, no perdia con todo eso el locutorio su fisonomía severa, aunque grata como la sonrisa de un anciano.

Cuando Lucila fué llamada aquella tarde, de que más arriba os hice mencion, el viejo Garriguez la esperaba. Él solia venir con recados de doña Ana; pero aquella tarde estaba allí con las manos vacías y el corazon lleno de dolor. Hizo á Lucila extrañas preguntas sobre su vocacion y su deseo de ser monja, que ya habia motivado escenas tristes en casa de Añorbe. Cuando allí se recibió la indicacion primera, el estupor de lo inesperado les dominó á todos. Don Aciselo no queria creer semejante absurdo, pues para él lo era. Doña Ana lloró tanto y sintió

de tal modo el dolor de la madre desposeida de su hija, que durante dos dias no se acordó de sus habituales ejercicios piadosos. Añorbe pidió explicaciones á su mujer, creyéndola culpable de aquel crímen de lesa naturaleza que contra su corazon se pretendia cometer. Una noche de cavilaciones, insomnio y horribles presentimientos hizo renacer en D. Acisclo la enfermedad al hígado que de América trajo. Hubo de guardar cama, y su tormento es explicable no pudiendo ir á Muriedro á preguntar á Lucila quién la habia inspirado determinacion semejante. Envió á Garriguez. Pero el pobre Garriguez no queria creer que su señorita tuviese valor y frialdad de alma bastante para separarse de sus padres. Cuando Lucila dijo tres veces que «sí» con la cabeza, el mayordomo lloró y gimió estas palabras :

—¿Quieres dejarnos?..... ¿Quieres vivir sola?..... ¿Qué te hemos hecho?

El pobre viejo hablaba con voz trémula y llena de lágrimas. Pero Lucila no se conmovió. Habia preparado su espíritu para aquellas pruebas, dándole la dureza del diamante. Sacó un dedo por el enrejado y se le dió á besar á Garriguez.

—¡Niña mia!—balbuceó el vejete.—¡Vuelve, vuelve á casa! Allí sin tí no puede vivirse..... Los canarios se han muerto..... El jardin se ha secado..... ¡Yo tambien me secaré, me moriré!..... Tu padre no es el que era..... Tu madre vive con sus devociones terribles..... Se martiriza, se aporrea, no duerme..... Come tan poco, que vive de milagro..... Le acometen desmayos..... Se arrastra por los suelos..... Yo creo que ha enloquecido..... ¡Cuando

tú te viniste de casa se vino contigo la poca de razon que nos quedaba!

Besó el dedo de Lucila como una reliquia. Luégo le estrechó con sus dos manos, no queriendo soltar á Lucila, y cual si pretendiese llevársela tirando, tirando.

—¡Pero, buen Garriguez, no llores!..... Hablas de mi resolucion como se habla de un crímen..... Ten la lengua, que me parece de un hereje, de un impío..... Dios me llama á sí..... No es un capricho de niña..... Es una verdadera vocacion..... ¡El cielo lo quiere!..... Vine aquí porque bien sabes las disputas que excitaba entre mis padres mi presencia..... Era una guerra sorda, una guerra ruda, que me mataba poco á poco..... Salir de allí..... Ese fué mi deber..... Entónces no me proponia otra cosa..... Aquí acababan mis planes..... Despues..... despues he visto que mi centro es éste..... La paz del alma está aquí..... ¡Mis deberes!.....

—¡Faltas á ellos!—exclamó irritado Garriguez soltando el dedo de Lucila.—Tus deberes son los de la hija..... ¡Y hablas de Dios cuando tus padres carecen de tí! Dios es el padre, y tus padres son la figura de Dios..... ¡Ay de nosotros! ¡Ya no habrá en casa dia de gusto!..... Tú has perdido todo cariño, todo cariño á nuestra compañía.

Quiso Lucila incorporarse y huir de la reja, porque no se sentia tan fuerte como al principio para resistir las súplicas del acompañante de su niñez. Garriguez pudo ver entónces la esbelta delgadez de su señorita, aumentada y exagerada bajo las pías fundas del hábito monacal; su seno angosto, que latia entre los recios plie-

gues de la estameña; la sombra de la toca, que envolvia en aureola negra la pálida frente. Con ambas manos crispadas en los hierros del locutorio, la cabeza caida hácia atras, los ojos abiertos, y el viejo semblante, abundoso en arrugas, contraido por un gesto de llanto infantil, expresaba la desesperacion más profunda el pobre Garriguez.

—No te vayas aún..... Cuenta los minutos que has de estar viéndome..... porque serán los últimos.

Reinó el silencio, y como si el reloj del locutorio hubiese entendido las palabras del criado, sobre los latidos de los corazones se oyó el *tic tac* de la péndola.

—¿No te acuerdas ni de tu madre, ni de tu padre..... ni de mí?..... ¡Tú, que llorabas cuando se escapaba de casa un gato, y rogabas á Dios por que no le pasase nada malo! ¡No, no te acuerdas de nada de de esto!..... ¡Cómo has de acordarte de aquellos paseitos que dabas en mis brazos por el jardin!..... Yo te columpiaba en ellos, subias como un pájaro, agitando los bracitos, y tu madre decia que en vez de enseñarte á andar por la tierra, yo te estaba enseñando á volar por los cielos..... Tú te reias de todo..... Eras una sonrisa, y nada más que una sonrisa.....

La conviccion contenida en las frases de Garriguez era tan grande, que no pudo ménos de producir emocion en Lucila. Casi, casi tuvo remordimientos. ¿De qué? ¿Por qué? No sabía decirlo. Ella era buena y no procedia mal siguiendo las invocaciones de Dios. Misterios insolubles se aparecieron vagamente ante su consideracion, sin penetrarse ciertamente de su realidad. Siendo

buena, se sentia mala. Iba caminando por la trocha celestial, donde florecian, como jalones vivos, Santa Laura, Santa Cecilia, Santa Teresa, Santa Ágata; y sabiendo que por allí, por allí se subia á la última vuelta de la espiral de nubes y oro que lleva al cielo, vacilaba como si creyese haber errado el camino. La abrumaba el espíritu el peso de una virtud llena de remordimientos. ¡Arcano singular! ¡La sombra engendrándose en un rayo de luz!

—¡Déjame!—balbuceó.—¡Me estás haciendo sufrir mucho!

—Quiero que áun me oigas un instante..... Es un cuento como aquellos que yo te contaba para dormirte..... Ahora te le refiero..... para despertarte..... porque estás dormida, sonámbula..... iba á decir que loca.

---

# XV.

**Segunda edicion de los cuentos de Garriguez.**

Garriguez estaba ya en los linderos de esa edad que los necios llaman chochez, edad digna del mayor respeto, en que el alma, por maravilloso iluminismo vaticinador, del residuo de los recuerdos y los desengaños sabe componer profecías. Era uno de esos hombres que pasan por la vida sin verdadera mision. A lo sumo, parece habérseles dado la de ser ruedas auxiliares de otras ruedas mayores. En casa de Añorbe fué criado desde la más verde infancia; llevó el libro á misa á la señora doña Pía, abuela de Don Pedro; ayudó á éste á andar cuando no sabía, y luégo, más tarde, cuando no podia. Era el servidor fiel, á quien parecia haber otorgado Dios el dón de la inmortalidad. Habia puesto una cruz en los sepulcros de muchos seres queridos. Imágen del dolor, sobrevivia á todas las desgracias; y habiéndole la naturaleza concedido un gran corazon, por él se habia sabido elevar á la altura de los seres sublimes. No hay más noble manera de conquistar un sitio en la aristocracia. Él era de la aristocracia de los buenos, la única de que no se habla en los periódicos, y en mi humilde sentir, la más hermosa de todas: la aristocracia del Evangelio.

Garriguez habia pedido limosna, habia comido sopas

en un cuartel de Valladolid, habia recibido una herida en la guerra del año 8, que le produjo una cicatriz y muchos desengaños. Era humilde como el gusano que se arrastra, fiel como el perro que lame el garrote castigador, sin otra vanidad que la de la honradez. Rezaba poco, pero rezaba de véras. Creia en Dios sin saber por qué. Adoraba á la Vírgen con el cariño que sentia por su abuela. Sólo que esta abuela no habia envejecido. Seguia siendo vírgen y jóven, flor, perfume, divina y bella. Despues de los niños amaba á los jóvenes, y luégo á los pobres descalzos. Era tolerante con el desliz ajeno.

—¡Ay, Lucila! ¿Te acuerdas de la Cigarra? ¡Aquella mísera chicuela te arrancó muchas lágrimas el dia de su muerte! Así te queria yo: sensible, con muchas lagrimitas en los ojos..... El que llora puede ser un ángel..... Déjame estrechar tu mano..... ¡No puedo cogerla! ¡Qué estrecha es esta reja!..... Sólo cabe un dedo..... Bésale tú y luégo le besaré yo..... ¡Ay, señorita mia, hija mia, nieta mia! ¡Cuánto te quiero! Soy como tu padre y como tu abuelo!..... ¿Has besado ya?..... uno, dos, tres..... cinco besos..... No, no te llegan al alma..... Este dedo es de mármol..... ¡Qué horror!

Los sollozos del criado resonaron en la alta techumbre del locutorio.

—Érase—dijo luégo—érase un pobreton mancebo de Alcalá, que tenía mucha fe en Dios y en los santos. Una tarde se le apareció el perro de San Roque..... y otra tarde, el cerdo de San Anton, por lo cual determinó meterse á guardador de puercos, con perdon sea dicho, que así se llaman..... Su padre era ciego, que se le habia cai-

do un nido de golondrina en los ojos..... Su madre, lisiada de las rodillas, porque una noche la cogió una lluvia en despoblado y el reuma la ató todos los miembros..... El mozarron era un ángel y para todos ganaba.—¿Hace falta una peseta para pan? Aquí está.—¿Qué tienes, padrecito? ¿Gana de pajaritos con pluma? Pues ahí tienes uno.—Él á todo proveia, porque era bueno y tenía voluntad..... que es, hija mia, lo que hay que tener en este mundo. Una tarde, anda que te andas, se fué con los puercos por un monte arriba. Los puercos eran veinte, todos jaros, con el rabo como un tirabuzon, y Dios los miraba por las mañanas, con lo que engordaban que era un portento. Cada uno era una bola. ¡Válgame Dios y qué cerdos! Cuando de repente se le presenta detras de una mata un pastorcito más bonito que un rosal nuevo. —«Párate—le dijo.—Y él se paró.—Ahora espanta á los cerdos.—¿Se me escaparán?—respondió él.—Sí, y eso es lo que yo te mando.—Él dió un palo á cada cerdo, y todos veinte desaparecieron.—¿Sabes quién soy?—preguntó el pastor.—No.....—Soy Dios.—El porquerizo se prosternó en el polvo del camino.—Ahora voy á probarte—continuó el pastor.—¿Eres capaz de seguirme?—Sí.—¿Vaya donde vaya?—Sí.—¿Aunque te canses de andar y haya zarzas en el camino?—Sí, sí.....—Bueno. Sígueme.—Echó á andar, y anduvo un dia y una noche. Luégo llegaron á una sierra más áspera que una brocha de esparto. La pellica se le habia roto y las abarcas tambien. Entónces fué el pastor y le dijo:—Ahora vas á atarte tus brazos y tus piernas y vas á estarte aquí siempre, sin andar ni trabajar.—¿Y mis padres? ¿Se morirán de hambre?

—Eso no importa. Yo soy el único y verdadero padre, y el que no deje á su padre para seguirme no entrará en el reino de los cielos.

—¡Qué horror!—balbuceó Sor Lucila.

—¿Qué horror?..... ¡Ahora verás!.....—El zagalon lo pensó despacio, y luégo repuso:—La verdad es ésta: yo quiero servirte y te debo todo, pues eres Dios; pero ¿y mis padres? Ellos me han engendrado y les debo mucho. Cuando mis padres mueran cortaré mis brazos y mis piernas y me sacrificaré por tí. Hasta entónces tengo que ganarles el puchero.—Fué el pastorcito y se levantó con unas alas que el otro no habia visto.—Tú eres el bueno, pues que amas mucho—exclamó con voz divina. —Vé á tu casa; eres rico; tu padre está sano; tu madre puede andar. Tú has sabido entender mis leyes.»

—¡Calla, calla, impío!—gritó Sor Lucila.

Y huyó.

---

# XVI.

**De cómo dos formas distintas de la abnegacion toman el mismo camino.**

Digámoslo en pocas palabras. Desde que Lucila habia entrado en el convento, la noche cerrada invadió la casa de D. Aciselo. Éste comprendió que algo fúnebre pasaba allí en cosas y personas; algo fúnebre, que hacía triste el sonido de las campanillas, que ponia amarillas las rosas dobles del jardin, que paraba los relojes, que encerraba los coches en las cocheras. La mesa parecia un túmulo, y su enorme centro de plata representando dos palmeras, bajo cuyas hojas apacentaban jirafas y elefantes en amorosa compañía, era el remate de aquel sarcófago de las venturas domésticas. El primo Víctor Carraicedo vino á alegrar la casa. ¡Inútilmente! Él mismo experimentó mucha pena al ver la vaciedad de los grandes salones vestidos de seda, y que en su imaginacion de artista tomaban la apariencia de un lujoso teatro en que la comedia habia concluido. Víctor comprendió que doña Ana habia convertido su hogar en un páramo por donde las sombras del amor pasaban volanderas, heladas y llorosas. La llamada sala de la niña, que nuestro bondadoso lector conoce, tiene las paredes cubiertas de tela persa clara, llena de rosas absurdas á puro gigantescas,

cuyos tallos parecen espinosos garrotes. Allí se destaca el rostro triste de D. Acisclo como una silueta de agonizante en una gloria de Murillo. El piano que Lucila tocaba, enfundado y mudo; los tiestos de flores invernizas y tropicales, puestos junto á la chimenea en aquella *serre* que á la Cigarra le pareció un hospital de rosas; el musiquero empolvado, jaula donde estaban presas esas aves llamadas notas: todo hablaba de la niña perdida. Don Acisclo no se acordaba ya de su escopeta D'Arlingthon, ni de sus machos de perdiz, ni de sus tertulias del café de Levante, ni de sus aficiones bursátiles, principal salsa del guiso de su vida. No habia salido en dos meses del asombro que le produjo la carta de Sor Jerónima de las Llagas noticiándole que su hija tenía formal empeño de ser monja. ¡Monja ella! ¡Monja Lucila! ¡Monja! No era posible. Aquello no tenía sentido comun, y D. Acisclo, que era este sentido comun encarnado, se resistia á creerlo.—«¡Caprichos de chica! ¡Cosas de las madres!»—como dijo la discreta musa de Moratin. Pero no; ella insistia. Era una vocacion. ¡Ah! Don Acisclo leyó cinco veces la carta de Sor Jerónima de las Llagas, prodigio de la retórica monjil y mística. «Desde hoy deben ustedes considerar á la niña como cosa nuestra, y servirá de mucha gloria á todos.....»

—¡Gloria á todos!—exclamó el comerciante.—Yo no entiendo á estas madres estúpidas. ¡Si hay una gloria en la tierra es mi hija!

«A veces ocurre que las familias, aconsejadas del Malo, contrarian la vocacion. Para estos casos Dios nos manda resistir. Porque la oveja que se viene al redil del

divino Pastor es suya, y los molosos infernales no prevalecerán contra ella..... »

—¡ Molosos infernales! ¡ Redil! ¡ Divino Pastor! ¿ En qué planeta de locos se habla este idioma? Yo no entiendo una palabra. Yo sólo entiendo que se me va..... ¡se me va mi hija!

Despues de esta carta habian venido otras cuatro más de Sor Jerónima de las Llagas y de la misma Lucila. Las de ésta habian perdido aquella ternura sencilla que encerraba un beso en cada frase alegre y una lágrima en cada palabra triste. Habíase hecho más duro y ceremonioso su estilo epistolar. Habia una cara amorosa en él; pero se veia ya delante de esa cara la reja del locutorio. Existian tantos detalles inexplicables en la conducta de Lucila, que nó dudó ni un instante D. Acisclo de que influencias exteriores habian obrado en ella.

—¡ Es Ana, es Ana! —pensó.—Esa mujer es mi tormento y mi condenacion. Yo la he perdonado todo el mal que *me habia hecho*..... Pero no la perdono el que me está haciendo.

Sintió pasos cerca. Doña Ana subia del jardin. ¡ Quién la hubiese reconocido! Blanco totalmente su cabello; arrugada por completo la piel de su rostro; bajos los ojos, que nunca miraban de frente á D. Acisclo, era un sér nuevo, así en lo moral como en lo físico. Iba á pasar de largo sin detenerse, cuando la llamó D. Acisclo.

—¡ Oye! —dijo éste.

Detúvose doña Ana. Vestia de negro, y sus manos, siempre agitadas por estremecimiento nervioso, hallábanse cubiertas de mitones de seda.

—Lucila se marcha para siempre del mundo.

Doña Ana lanzó un suspiro, y mirando primero al suelo y despues al cielo, para hacer lo cual, sin mirar á Don Aciselo, hubo de describir con las pupilas una curva, exclamó:

—¡Dios nos la quita!

—¿Dios?—repitió en tono de amarga ironía D. Aciselo, miéntras sus quevedos de negro cristal, á impulso de una dilatacion violenta de las facciones, caian sobre el pecho.—¡Dios no!..... Tú.

—¿Yo?

—Tú, que tienes empeño en separarla de mí..... ¡Ay, Ana! Dime, dime con el corazon en la mano si te he hecho algun daño..... ¿Por qué me odias tanto? ¿Quién te aconseja? Yo te perdono *todo*..... TODO..... Y á este perdon, á este olvido contestas tú con el ódio.

—¡El olvido, el perdon!—repuso doña Ana mirando de nuevo á las rosas de la alfombra y como si hablase consigo misma.—¡Qué hermosas palabras, pero qué imposibles! Miéntras yo no muera no seré perdonada..... Mis pecados son horrendos, Aciselo. Y pido á Dios larga vida para purgarlos en la carne, sobre la tierra..... Yo no te odio..... Yo te respeto..... Tú me has demostrado un corazon grandioso..... ¿Hay un hombre bueno?..... Pues eres tú.

—¡Lenguaje de libros de devocion! ¡Palabras sin eco de humanidad ni cariño! Parece que las han inventado para falsificar los sentimientos.

—Para mortificarlos y ennoblecerlos.

—Pero ¿es que no quieres á tu hija?

—¡A mi hija!!—gritó doña Ana, mirando esta vez con fiereza los ojos de D. Acisclo.

Y luégo con voz sorda continuó:

—¡Aun la amo demasiado!

—¡Demasiado!..... ¡Esta mujer llama amor demasiado á la más miserable indiferencia! Tú la ves que para siempre se aparta de nuestro lado, y permaneces serena. Te dice que quiere ser monja, y no se altera tu serenidad..... La naturaleza se ha equivocado al hacerte madre. ¡Te dió el cuerpo de la hembra y nada más!

Don Acisclo se habia levantado, y su rostro, poco expresivo por su contextura linfática, hacía contraste vivo y horroroso con sus violentas y bárbaras palabras. Ella tomó una postura trágica, un ademan indescriptible. Llevó una mano á su rostro y estrujó con desesperacion su frente, sus mejillas, sus labios. Mil palabras distintas vibraron en ellos, como el balbuceo de la campanilla eléctrica que quiere sonar.

—¡Yo..... soy la madre como el Señor quiere que sea! Yo domo mi cuerpo y mis instintos. Los elevo hasta Dios y dejan de ser egoistas como los de las demas madres. ¿Crees tú que eso no me cuesta trabajo?..... Muchas noches sin dormir..... no muchas, todas..... He rezado porque mi conciencia, llena de culpas, me permitiera dar á los sentimientos únicos que sobrevivieran á mis desgracias lo que me pedian..... Pero mi conciencia me ha dicho que en esos sentimientos era donde habia que castigar, que golpear y que herir. El único amor posible en mí..... era el de mi hija..... Yo no soy digna de amarte, porque te he faltado espantosamente.....

—¡No quiero confesiones! Calla, calla..... Esas cosas me hacen más daño á mí que á tí.

—El amor de la esposa ha muerto..... Sólo ha seguido cada vez mayor el de la madre.... El convento me lleva ese amor; es decir, Dios, Jesus, el Señor..... ¡Él lo quiere! ¡Sea bien venida su voluntad!..... No me es permitido sentirlo, porque todo arranque de dolor es protesta. Yo me he arrastrado por las losas de la iglesia, y á mis solas me he golpeado en los muros..... y casi he enloquecido..... Pero la madre cristiana, la madre pecadora debe sentarse en la tumba de su hija..... á alabar á Dios.

—¡Pero eso que dices es mentira!..... No hayres ignacion como ésa..... Y no sólo es mentira: es un crímen. Porque al sacrificarte á tí me sacrificas á mí y sacrificas á Lucila.

—Ella ha elegido su camino. El dolor mio es lo que ofrezco y la parte de resignacion que á mí me corresponde.

Don Acisclo dejó caer su cabeza entre las manos. Así permaneció largo espacio. Cuando miró alrededor de sí, habia anochecido. Una esbelta figura proyectaba su sombra cerca de él, recibiendo en la ancha y melenuda cabeza la luz de la luna. Pero lo acendrado del dolor le habia arrebatado la conciencia de sus sentidos. No vió nada. No vió la figura aquella, sino la de un anciano fantásticamente rodeado de pedruscos y matorrales secos, bajo un sol radiante. Estaba medio desnudo sobre un monton de asquerosos guiñapos, y sus carnes laceradas eran asco y espanto de la vista. Una voz interior le decia á D. Acisclo: «Ese es Job; el ejemplo de la resig-

nacion cristiana. Era rico y es pobre. Era padre y está solo en la tierra. Era esposo y es viudo. Era sano y es una pura llaga. Era alcázar de fortaleza y hermosura, y es vivienda de gusanos y podredumbre. Todo lo recibe con tranquila humildad y modesta alegría.»—«¿Por qué no se levanta? ¿Por qué no llama á los hombres? ¿Por qué no le dan éstos salud y amor? ¿Por qué no le presenta la leyenda sagrada entre amigos? ¿Son tan malos sus semejantes? ¿Quién los ha hecho, sino Dios, como á él? ¿Qué bien les produce á los demas ese sacrificio? ¿No se puede ser bueno siendo feliz?»—Así le gritaba otra voz en uno de los oidos. Y en la conciencia de D. Aciselo se levantó esta idea:

—¡Mi mujer es así!

Y no pudo ménos de ver orgullo en aquella humildad de doña Ana, que encerrada en sí misma, rechazaba al mundo, bien al contrario de Jesus, que venía al mundo á alegrarle, á sanar al leproso, á resucitar al muerto, á dar luz material al ciego y luz espiritual al equivocado.

—¿No me ve V.?—dijo Víctor; pues no otro era quien realmente, y no en fantasmagoría, se encontraba cerca de D. Aciselo.

—¡Eres tú!

—Yo..... Esta tarde nos vamos.

—¿Nos vamos?..... ¿á dónde?

—A Muriedro..... No hay tiempo que perder..... ¿ó es que V. se resigna á que Lucila.....

—¡No! ¡no!

—Garriguez ha salido esta mañana. Verá esta tarde á Lucila..... lleva mis instrucciones..... He tomado una

iniciativa que acaso parezca á V. excesiva..... Pero como usted no hace nada..... Con lamentos poco se consigue..... Es preciso poner los medios para las obras difíciles.

No hay que referir cómo. Baste saber que D. Acisclo, doña Ana y Víctor salieron aquella noche para Muriedro en un wagon reservado. El viaje fué triste. Se instalaron en una fonda y quisieron ver aquella misma noche á Lucila. No fué posible. Las reglas del convento lo prohibian y doña Ana tuvo que hacer el más grande esfuerzo de voluntad ascética para no llorar cuando vió aquel caseron cerrado á piedra y lodo, dentro del cual estaba su hija.

—Aquí está—dijo ella cogiendo uno de los clavos romanos de complicada cabeza que habia en la puerta del convento.

—¡Aquí yace! — repuso Añorbe.

Doña Ana apartó con horror su mano de la puerta. La ciudad monumental los envolvió en su sombra. Triste es siempre su aspecto, pero más en tan crítica situacion, cuando los ánimos añaden nuevos grados de horror á la realidad. Garriguez dió con ellos á las dos horas de buscarles por aquel dédalo de callejones gloriosos, que no pueden con tanta balumba de recuerdos y se hunden poco á poco. El vejete cogió de un boton de su levita á Víctor, y llamándole aparte, dijo:

—¡Yo creo que no tiene, que no puede tener vocacion!.... Si damos una buena batalla..... es nuestra.

## XVII.

**La antesala del cielo.**

Enorme patio al frente, en cuyos muros altísimos y negruzcos asoman los cabos del armazon del edificio; vigas ciclópeas, pilotes de piedra medio descubiertos como la osamenta de un animal gigantesco podrido. Por la ancha escalera, en cada uno de cuyos escalones puede hacer fuego una batería, bajan soplos de viento húmedo cargado de olor de tierra mojada y nitrosa. En las esquinas de la pared y en las claves de los arcos penden seculares telas de araña, como velos pardos colgados allí por las hijas del implacable Tiempo. Es aquello un palacio; pero un palacio entregado á la incuria, al polvo, al agua, y en sus patios innumerables vagan cuadrillas de perros hambrientos y de mendigos desarrapados, que se disputan los pedazos de tierra alumbrada por el sol, y las sobras de la cocina arzobispal. Raras personas ascienden por aquella escalera, cuyos ecos guardan largo rato el ruido de sus pasos, enviándosele unos á otros y diciendo en su ignoto lenguaje: «¡Pasó uno, pasó uno, pasó uno!»

Víctor Carraicedo habia concebido un plan y quiso realizarlo. El dolor de su tio le conmovia profundamente, y el mismo experimentaba con la inminencia del te-

mido suceso, extraña y vivísima agitacion. A otro dia Lucila ya no sería del mundo. Las vacilaciones que en ella advirtió Garriguez hiciéronle comprender que no era su vocacion tan firme y decidida como parecia. Ahora bien, ¿podia dejarse cometer impunemente el nefando crímen de que un espíritu se apartase de la vida por no tener resolucion bastante para romper con pueriles compromisos?..... Así pensaba subiendo la escalera de la Secretaría del Arzobispado, despues de atravesar el patio de que queda hecha mencion. Un paje sonrosado y coloradote cual una muchacha le detuvo:

—Sin pecado concebida—dijo el chiquillo; creyendo que, segun costumbre en tal casa, habia saludado aquel caballero con el sacramental «Ave María Purísima.»

—¿El Señor Arzobispo?—dijo Víctor.

—¡Ah!.... El Sr. Arzobispo—contestó sonriéndose aquel porterillo con sotana, y pensando sin duda: «¡Usted quiere llegar al cielo sin pasar por el purgatorio!»

—Ciertamente: ¿no se le puede ver?

—De golpe y porrazo, no, señor; eso va por sus pasos contados..... Aquí está el Sr. Secretario..... ¿Quiere usted pasar?

Y diciendo, abrió una mampara de hule negro, y por ella salió una oleada de calor á saludar cariñosamente la fria atmósfera de la sala de espera. Entró Víctor. No era la humildad cristiana quien habia elegido aquellos tapices de rojo terciopelo, cuyos bordados, representando capelos, mitras y máscaras diablescas vomitando festones y guirnaldas, eran tan recios, que hubieran podido detener una bala de fusil. En el centro de la estan-

cia, enorme copa de metal dorado sostenia fuego bastante para un auto de fe, y dos hombres vestidos de sotana, grueso el uno y redondo como una almondiguilla, flaco y agudo el otro como un trinchante, parecian perseguirse al rededor del plato, huyendo del tenedor la almondiguilla. Dijo ésta:

—Padre Sanchez, padre Sanchez, ¡qué frio!

Sanchez echó sus piés sobre la copa y aproximó más á sus pupilas los anteojos, que se le escurrian por la nariz. Era un puro ángulo el padre Sanchez, y al arrellanarse en la cómoda butaca, su sutil cuerpo se clavó en el pelote, produciendo un ruido metálico en los resortes de muelle.

—Señores..... —dijo Víctor.

Esta palabra hizo volver los rostros clericales hácia la puerta.

—Pase V.—dijo Sanchez.

Entónces observó Víctor el pulido traje de los dos clérigos. Ambos traian sotana de seda, alzacuellos de moaré rosado con broches de plata, y sus mejillas afeitadísimas delataban gran pulidez y limpieza.

—Yo deseaba ver al Sr. Arzobispo.

—A su Eminencia, querrá V. decir—observó Sanchez, mirando á Víctor por encima de los anteojos.—¿No es verdad, padre Velazquez?

Éste abrió sus ojos y cerró su boca, cerró su boca y abrió sus ojos: esto várias veces, porque no expresaba de otro modo su indecision, y siendo muy escasa la piel de su rostro para dar á los labios la extension necesaria á cubrir las mandíbulas, tenía que dejar desamparados sus

párpados. Su gordura amenazaba estallar debajo de piel tan exigua.

—Dice V. bien: á su Eminencia—corrigió Carraicedo.

—Pues no se le puede ver—dijo con acritud el trinchante.

—La verdad es—repuso un poco amoscado Víctor—la verdad es que para no verle no valia la pena de darle tratamiento.

Levantóse de su asiento el padre Velazquez y dijo:

—Puede V. solicitar una audiencia..... y si se la concede..... dentro de ocho dias le avisarémos..... Deje usted las señas de su domicilio..... porque V. tendrá domicilio.

—No, señor; yo vivo en un árbol.....

—Tiene buen humor vuesa merced—dijo sonriéndose el trinchante, dispuesto á hacer uso de sus funciones punzadoras.

—Buen humor, sí, pero yo quiero ver al Sr. Arzobispo..... Es cosa urgente, señores mios..... No vengo á pedir curato ni beneficio..... Así, pueden dejarme pasar; es cosa del alma.

El padre Sanchez cogió la badila y urgó en la ceniza del brasero. Luégo dió dos golpes en el dorado cerco con la paleta, y desdoblando su larga persona, parecida á la vaina de un sable, sacó de ella esta hoja, que templó primero en la fragua de la ironía:

—Bien se ve que no está V. enterado de estas cosas.

—Ni hay para qué estarlo; el caso urge, y les vuelvo á suplicar que me faciliten los medios de conseguir mi intento..... En suma, señores, supongan ustedes que se

está cometiendo un crímen y que el Arzobispo es quien únicamente puede evitarlo.

—¡Un crímen!—repitió la almondiguilla:—¡algun asesinato!

El padre Sanchez miró con desconfianza á Víctor. Hubo un silencio que empleó en adoptar un acuerdo.

—Yo avisaré al Sr. Secretario—dijo.

—¡Ah!.... ¡ah!... vamos..... ustedes no son..... ustedes son los.....

—¡Escribientes! sí, señor—dijo con mucha pena el trinchante.

Entre sus muchos sacrificios de espíritu, ninguno fué tan doloroso como el de aquella declaracion.

Avanzó un poco Víctor hácia la puerta que enfrente de la mampara se veia, y repuso sonriendo:

—Yo creí que era V. el cardenal Simeoni. ¡Ea, acabemos! ¿Puedo ver al Sr. Secretario?

Por toda respuesta el trinchante alargó una de sus púas, es decir, el brazo derecho señalando la puerta de la Secretaría, y la almondiguilla rodó hácia ella, acompañando á Víctor.

Era la Secretaría un hermoso salon en cuyos frisos se advertia la huella del cincel árabe, y en cuyos muros, rica coleccion de los más afamados lienzos demostraba el exquisito gusto de un aficionado inteligente y de un prelado rico. El Secretario de su Eminencia era un sabio, jóven aún, italiano de orígen, de bella fisonomía, severo en sus costumbres y en su traje. Traia lentes, y al hablar con álguien se los quitaba, haciendo con los párpados ese movimiento habitual del míope que quiere ver sin

ayuda de aparatos ópticos. Pero aquella mirada dificultosa se hacía rápidamente cargo de las personas y sabía decirle á su dueño desde el primer momento: «Es un pretendiente vulgar.—Es extranjero.—Es un personaje.» Así, pues, el Sr. Secretario comprendió en seguida, por las explicaciones de Víctor, que valia la pena de molestar á su Eminencia. Salió el Secretario de la estancia, le oyó Víctor marcharse tarareando por una galería llena de sol, escuchó al fin de ella un cuchicheo y voces pausadas, y miéntras con delectacion artística contemplaba una hermosa copia de la *Crucifixion* de Alberto Durero, vió descorrerse el cortinaje, y detras de él, el rostro simpático del sabio sacerdote, que decia sonriendo:

—Puede V. seguirme.

Su Eminencia el Cardenal era un decrépito señor, tres veces venerable por su edad, su ciencia y su jerarquía. Perdido su diminuto cuerpecillo en el fondo de un sillon inmenso y rodeado de la sombra de la cámara, donde toda luz tenía que filtrarse por dobles celosías y cortinones, solamente descubríase de él el albo rostro, salpicado de manchas violáceas, y la nariz, surcada de racimillos herpéticos. Un gorro de punto de seda roja ajustábase á su cráneo, y un bonete de igual color le coronaba majestuosamente. A pesar de que la primavera iba adelantada, dos chimeneas ardian en la cámara y dos braseros fulguraban á traves de la ceniza entre la sombra. Una mesilla de ébano sostenia libros, un rosario y una caja de rapé; en el muro, de damasco morado vestido, un peregrino crucifijo de marfil se destacaba con crudeza, y debajo de sus piés amarillentos relucian las piezas

de plata y oro de un monetario, hablando á todos con aquellas filas de ojos encendidos, metálicos y mirones, de una aficion desarrollada en el estudioso y digno Cardenal, lumbrera de la Iglesia española.

Alargó su mano á Víctor para que la besase. Víctor la besó.

—Usted dirá—balbuceó su Eminencia.

Y despues, una tos vehemente le acometió.

—No sé por dónde empezar—dijo Carraicedo cuando la tráquea de su Eminencia se hubo serenado.—Seré breve..... En esta misma ciudad hay un convento donde va á encerrarse una niña sin vocacion.....

—Señor, ¿qué dice V.?—interrumpió el Prelado.

Y la emocion del creyente timorato reprodujo la tos de su Eminencia con renovado brío.

—Tiene diez y ocho años. Su alma ha sido mal dirigida. Le han hecho creer que ser monja es cosa de juego..... Dispénseme V., señor, mi lenguaje mundano.

—¡Ah! no—dijo con sonrisa bondadosa el Arzobispo.—Nada me extraña de la violencia del lenguaje de los hombres. ¡Yo he sido soldado!

Momentáneamente se vió sin tos y con charreteras, y á Carraicedo le pareció mucho más simpático y más digno de respeto. Estrechó de nuevo su mano y besó el anillo.

—No soy el novio de la niña, como V. puede haber creido; soy un pariente suyo y nada más—prosiguió.—Vengo de ver á su padre desconsolado..... ¡Qué quiere usted! Él es buen católico, y cree, sin embargo, hoy que Jesus le ha robado á su hija.....

—Hijo mio..... Yo he sido soldado, pero hoy soy sacerdote de Jesus.

—Perdóneme V. mis libertades de lenguaje. He entrado aquí mal dispuesto, y ahora me arrepiento de haber cometido con su Eminencia mentalmente una injusticia. Usted es un santo; pero para llegar á V. hay que reñir ántes con dos padres, que defienden la entrada como dos cancerberos.

—¡Dos padres!

—Sí; dos padres; uno creo que se llama Sanchez.....

Sonrió con buen humor su Eminencia, y dijo:

—Esos dos padres son dos pajes.....

—Pues ellos se llaman uno á otro padres.

—*Vanitas vanitatum!.....*

—Es decir que.....

—Es decir que porque yo tenga dos porteros mal educados, no es justo que V. llegue á mí con irritacion indigna de este lugar.

Estas palabras las pronunció el Arzobispo con severo acento, y todo el volterianismo de Víctor se fué pegando corcovos y le dejó confuso y avergonzado.

—Dispénseme su Eminencia..... He hablado mal..... he sido un insolente; pero cuando V. sepa todo lo que nos ocurre..... Imagine V. una familia unida, feliz, dichosa..... Soplan vientos de desastre, y en aquella casa aposenta el dolor..... Hay, sin embargo, en ella un sér capaz de remediarlo todo, de poner una gota de miel en todos aquellos labios amargados, de hacer chispear las luces de la alegría delante de aquellos ojos llorosos. Es una niña..... Todos la buscan, todos la llaman..... pero

ella no está allí..... Ha dejado en el abandono á cuantos necesitaban de ella..... Y los que sufren con su ausencia no pueden quejarse..... porque lo que va á ser esa niña es santo, es bueno; lo aplauden los cristianos, lo admiran los incrédulos..... Va á sacrificar su cuerpo y su alma, va á hacerse inútil para sí y para los otros..... va á ser monja.

—¡Ah, hijo mio! ¡Hijo mio! Muchas veces he oido contar esta historia. Muchas veces he oido decir al egoismo de los hombres : «Esta criatura la marca Dios como suya, y yo se la quiero disputar.»

—Es que consagrándose á Dios esa niña se regocijará Lucifer, porque será causa su monjío de crímenes, de violencias, de atropellos.....

—El venerable Kémpis lo ha dicho: «No SE DEBE PONER LA PAZ EN LOS HOMBRES.»

—Es que esa criatura no tiene vocacion.

El Prelado permaneció silencioso un breve espacio y luégo contestó :

—Ya merece eso averiguarse..... Yo velaré, hijo mio, por esa alma..... yo averiguaré..... Pero si su vocacion es decidida, los respetos humanos deben ceder, sean los que fueren : Nuestro sublime Código de alma lo dice : *Si vas á buscar la verdad eterna, no te entristecerás por el amigo que se fuere ó se muriere.*

## XVIII.

**De Heródes á Pilátos.**

Dos veces fué D. Acisclo al convento de las Deseadas, y ninguna de ellas tuvo valor para penetrar en el locutorio. Aquel frio y enlosado patio, sobre el cual proyectaba su sombra el negruzco edificio, llenaba de espanto su espíritu. Temia la escena necesaria de desolacion y recriminaciones entre su hija y él. Su sobrino le habia bien claramente indicado las dificultades que rodeaban la empresa de evitar el monjío. No se atrevió á entrar de nuevo en el hotel donde se hospedaban, é intentó otra vez atravesar aquella negra verja que separaba el convento del mundo. Gran funcion religiosa hacía refulgir el templo con los mil cirios encendidos del más suntuoso culto; entró en el templo maquinalmente D. Acisclo, y súbito sintióse tocado de uncion religiosa. Ya se ha dichó que era ferviente católico, y todo el que tiene un poco de fe y un mucho de pena no puede ménos de experimentar en la iglesia cierta blandura en el alma. Las altas tribunas destacábanse como manchas negras en los encalados paredones del templo, y detras de las celosías, tan estrechas como las de un serrallo, adivinábase, más que se veia, movimiento y oscilacion de ropas luengas y brillos fugaces de pupilas que curiosean.

—¡Señor!—pensó el anciano—¿es que ha de quedar enterrada ahí detras mi hija?

Y dos lágrimas que se extravasaron de sus párpados hicieron moverse las imágenes de los altares y sus luces ante la retina dolorida de D. Acisclo. Áun no habia tenido tiempo de rehacerse de su emocion, cuando sintió que le tocaban en la espalda. Volvióse, y vió una enguantada mano, de la que pliegues de seda y tul negros subian rodeando un brazo digno de Vénus, si Vénus hubiera envejecido.

—¡Señora Condesa!—dijo D. Acisclo.

Era, en efecto, la señora Condesa de Bajo-Imperio, nobilísima dama de egregia cepa, y más linajuda que las Doce de la Tabla Redonda. Debajo del manto que rodeaba su cabeza blanqueaba un rostro gordito y simpático, y sonreian unos pícaros labios llenos de mundanísima sandunga.

—Es absurdo—dijo.—Es absurdo. ¿Usted por aquí? Tambien habrá venido Anita..... De mi marido no sé..... Allá se anda..... en sus cacerías..... Mas ahora me lo explico todo, como dicen en las comedias..... Usted ha venido á ver á la niña..... La he visto, la he visto..... Está verdaderamente guapa..... Pero, ántes de que V. me explique, yo soy quien debo explicar..... Ha de saber V. que ésta es una peregrinacion..... Hemos venido más de cuatrocientas señoras..... y de lo mejor..... ¿Ha visto V. el altar de la Vírgen?..... Está precioso, divino..... Hemos estado tres horas haciéndole la *toilette*.

—Y ¿V. sabe.....

—¿El objeto de esta peregrinacion? ¡No he de saber-

lo, si soy una de sus principales organizadoras! Pues hacer desagravios por aquellos disparates que dijeron de la Sacra Familia en las Córtes de 1868.

—El cielo los habrá perdonado; que tanta memoria para los agravios no la tiene Dios.

Hubo de decir D. Aciselo dónde se hospedaba, y no le soltó la devota sin haberle prometido una visita para cuando la tarde cayese por completo. Salió de la iglesia á tiempo que por la escalera del convento descendia el padre Amaro, que le saludó con afecto. Conocíanse porque ya habia hecho D. Aciselo dos viajes á Muriedro para ver á su hija.

—¡Mi querido amigo!—dijo en voz alta el gigantesco capellan.—¡Sea muy enhorabuena! Suba V. á mi casa..... Esta escalera es..... ¡un poco pina! ¡Así es el camino del cielo!..... ¿Ha visto V. á la niña?

Cuando la fatiga de la escalera, que era, en efecto, pina y difícil como el camino del cielo, amén del ahogo de la emocion, lo consintieron, repuso D. Aciselo que no.

—¡Está empeñada!—dijo con su risa habitual extemporánea é inconveniente el franco clérigo aragonés. —¡Está empeñada en ser de la casa! ¡Temeridaes!..... ¿Quién se lo quita de la cabeza?

Don Aciselo extrañó aquel lenguaje en el Capellan.

—¿Pero V. opina que.....

—Yo no opino nada, señor mio..... ¡Temeridaes! ¿Qué he de opinar yo? Bien hace en ser monja, aunque para serlo como Dios manda hay que nacer tres veces.

Un profundo suspiro salió del pecho de Añorbe.

—¡Va á costarme la vida!..... ¡Si considerase V.....! ¡Perderla..... perderla para siempre!

El Cura se levantó de un estadal que habia cercado. Dió una vuelta al cuarto, haciendo crujir las vigas del piso con su desaforada pesadumbre, y luégo de haberse cerciorado de que no andaban por allí acólitos ni legos, volvió á encararse con el Sr. de Añorbe, y le dijo, disparándole más que pronunciando las palabras:

—¡Oiga usted!.... Usted es el padre y á V. puede decírsele todo..... Es más: debe decírsele..... ¿Estamos?..... ¡Temeridaes! El caso es que la señorita doña Lucila no ha nacido para monja..... Tiene en la sesera demasiadas cosas, demasiadas luces, mucho mundo imaginario y mucho..... ¿cómo diré yo?..... mucha fantasía.

Don Acisclo se incorporó, pasmado de oir al Cura.

—Siéntese V.—continuó éste.—Hablemos de eso despacio..... Yo no sé expresarme. ¡Temeridaes..... si yo supiera!..... Se me ocurren mil cosas..... ¡Otra, qué Júdas! ¡Pues yo lo creo!..... Al magin me vienen á ladrar muchos pensamientos...... pero..... ¡Temeridaes!..... no sé sacarlas á paseo..... ¿Estamos?..... Yo estoy aquí sin deber estar..... La sangrecita me hierve cuando oigo un tiro y cuando me hablan mal de la religion..... ¿Ve usted cuánta sangre corre por estas venas? (y señalaba con su índice las gruesas venas de sus velludas y fuertes manos). Pues toda la echaria fuera por defender á mis santos y á mi Vírgen..... ¡Temeridaes! A fe y á higadillos no me gana nadie..... Lo que no puedo tragar (se dió un sonoro gaznatazo en las gorjas) es á estas madrazas sin pizca de seso, que se empeñan en sacrificar ton-

tamente á las niñas de buena casa..... Cinco novicias hay en este santo convento..... todas de familia poderosa..... Una es hija de un labrador del Ebro..... ¡Temeridaes!..... El hombre tiene más plata que mueve un temblor de tierra, y está tan triste como V. con el empeño de la niña.....

—¡Ah, señor Cura! Usted habla como un hombre, como un santo..... Es V. la primera persona que me habla en lenguaje inteligible hace ocho dias..... Yo he recorrido al mundo buscando medios de sacar á mi hija de esa obstinacion absurda. En todas partes he hallado negativas, sonrisas de lástima ó de sarcasmo, y resistencias blandas como las que ofrece la arena á las ruedas de un carruaje..... He visto al Arzobispo.....

—Ayer estuvo en el convento y habló con la señorita novicia.....

—¿Y qué?

—Y..... nada..... El digno Prelado, que Dios conserve para prez de la Iglesia, la sondeó respecto á si su vocacion era verdadera.

—¡Y ella!.....

—Y ella se mostró tan decidida..... ¡Un demonio de chicuela, que no la he oido hablar tan bien nunca!..... Ni Santa Teresa.....

—¿Y el Arzobispo?

—El señor Arzobispo quedó encantado de esta adquisicion del convento, y al salir decia: «En estos tiempos, en que la fe muere, espíritus tan sublimes nos son necesarios.» Sor Jerónima..... la Abadesa..... se desmayó de gusto al oirlo..... ¡Otra! pues ya lo creo..... Como que es la chicuela su ojito derecho.

A D. Acisclo se le cayeron las alas del corazon. Sus últimas esperanzas huyeron. Tuvo en su alma un movimiento de ira contra aquella hija que él llamó desnaturalizada, y no supo darse cuenta de sus ideas confusas como un paisaje lluvioso, más que con estas palabras, que repitió muchas veces :

—¡Yo no tengo fe! ¡Yo no tengo fe!..... ¡Yo no tengo más que cariño á mi hija!..... Todo lo demas se me borra en el alma..... se me borra..... se me borra.....

Despues, la agitacion de su espíritu hizo flaquear sus piernas, y aquel hombre tembló como un decrépito moribundo. Sin la ayuda eficaz del Cura hubiese caido al suelo; pero el padre Amaro guió su desplome sobre el estadal, y allí pudo estallar el llanto terrible del viejo. ¡Llanto tempestuoso! ¡Relámpagos entre lluvia!

—¡Temeridaes!—balbuceó conmovido el buenísimo sacerdote.—¡Qué dolores hay tan pícaros!

—¡Yo no podré resistir esto!—continuó el señor de Añorbe, agitando desesperado su cabeza de tal suerte que sus blancos cabellos se descompusieron.—¡Señor, señor! ¿Es que estoy yo loco?..... Me quejo, y me dicen que no debo quejarme..... Pido á mi hija..... á mi hija, que es mia, que yo he engendrado, que yo he criado, que ha aprendido á andar entre mis brazos..... y me responden que tiene otro padre mejor..... ¿Y Dios manda esto?..... No, no; no puede mandarlo..... ¿Qué crímen tengo yo que purgar?..... ¿No he sufrido ya bastante para purgar las culpas de mi vida?..... Y las gentes rechazan mis quejas, y detras de mi espalda oigo que me llaman : «¡Ateo!, ¡impío!, ¡volteriano!.....» Parece

que los sentimientos de paternidad pueden alguna vez llegar á convertirse en un crímen..... Si soy yo hereje al reclamar mi hija..... todos los padres formamos una gran herejía.....

Deshilvanadas frases salian de sus labios, y las últimas lágrimas que quedan á un anciano se escaparon de sus párpados temblones. El padre Amaro le consoló como mejor pudo. ¡Inútil faena! Era poner diques de paja á un torrente; querer apagar un volcan con una gota de agua. Cuando el dolor de D. Acisclo rayó en locura, el padre Amaro apretó sus manos y le abrazó, y le dijo:

—¿Usted tiene un dolor muy grande?..... Pues ahora, que V. se cree irremediable entre los hombres, es cuando debe mirar al cielo.

---

## XIX.

**Despues de la muerte, planes para la vida.**

A traves de las rejas del locutorio se cruzaron las manos, y hubo tacto febril y tembloroso en las del padre, como en las del náufrago que se ase á una argolla.

—¡Adios, hija mia!—dijo Añorbe.

La entrevista empezaba concluyendo. Las palabras fueron demasiado livianas para encerrar pensamientos como los que Lucila y su padre sentian. Ella abatió la cabeza y cerró fuertemente sus párpados, de modo que las pestañas se unieron en una línea negra, estremecida por un llanto nervioso.

Don Aciselo llevaba una coleccion de palabras enérgicas y de censura para la hija de corazon helado, que de modo tan traidor se habia apartado de él. Pero no supo descargar aquella disciplina sobre las manos blancas y finas que la monja le presentaba. Un sentimiento de amor infinito se desbordó en su sér, y en una mirada inefable dióle salida, recorriendo ansiosamente, en viaje ideal, el bello contorno del rostro de su hija. Al ver la triste serenidad allí expresada, dudó de su razon para recriminar á Lucila.

—Esto destruye todos mis planes..... todos—exclamó luégo.—Es bueno seguir la vocacion. Yo no digo que no.

Es bueno..... Pero ¡ay, hija mia!..... ¡Qué horrible es perderte! Comprendo que la vocacion propia justifique el propio sacrificio..... Pero ahora tu vocacion sacrifica dos almas..... Cuando tú renuncies al mundo..... me harás renunciar á mí..... porque moriré.

—¡No morirás!—balbuceó Lucila acercando su rostro cariñoso á la reja y oprimiendo la mano de su padre.

—Lo siento dentro de mí..... ¡Moriré! ¿Y para qué iba á vivir despues de tu muerte?..... ¡Ah, la muerte es muy buena! Sin ella, ¡qué pocos conflictos podrian resolverse!..... Al entrar aquí he visto esos sepulcros de la escalera..... ¡y los he deseado! ¡Me alegraré morir pronto..... para vengarme del corazon que me hace sufrir tanto!

Una pausa enojosa cortó la conferencia.

—¡Yo tenía mis planes!—continuó D. Acisclo mirando al techo con sonrisa amarga.—Yo te veia casada..... con un hombre de bien, con un corazon honrado..... Hasta habia elegido esposo para tí mentalmente.

—Padre..... yo te ruego..... No hables de un esposo humano, cuando Dios.....

—¡Un esposo!..... ¡Tu primo Víctor!

—¡Ah..... Víctor!—dijo Lucila.

Despues de lo cual su semblante arrojó por todos sus poros una explosion de luz, y la mayor sorpresa se pintó en sus ojos y su boca. Diríase que ella habia pensado en que pudiera ser su esposo cualquier hombre ménos Víctor.

—¿Quién mejor?—prosiguió el padre.—Su alma es buena..... Es pobre, pero no tiene aficion al dinero..... De modo que es rico.....

Una nueva pausa cortó con sus tijeras el hilo del diálogo, hasta que D. Acisclo le reanudó diciendo:

—¡Habia yo soñado!..... ¡Dios mio!..... hasta con un nieto..... ¡Fué sueño!..... Al despertarme no tengo ¡ni hija!

El desdichado Añorbe habló de sus pensamientos futuros con el desaliento del hombre que ha perdido la base de su vida. Su hija experimentó tales emociones, que no pudo permanecer derecha y dueña de sus movimientos. Dejó caer la cabeza sobre las rejas, y cuando se levantó de allí tenía marcada la figura de los hierros en el delicado cútis. Una gangosa campanilla sonó por allá dentro diciendo que era hora de maitines, y D. Acisclo tuvo que separarse de su hija. Todas las fibras de su sér tuvieron una horrible contraccion, y un dolor como de aguda hoja que penetra, hizo recogerse con violencia el corazon, dificultando el uso de los pulmones. Lucila miró el rostro de su padre y estrechó su mano, que temblaba extraordinariamente.

—¡Muerta ella! ¡muerto yo! ¡muertos todos!—exclamó descendiendo á duras penas la escalera.

---

## XX.

**«¡Oh, dichosa la zagala—que hoy se ha dado á un tal zagal!»**

Hubo una gran ansiedad en la ilustre é histórica villa por asistir al monjío de Sor Lucila. Es preciso vivir una semana en pueblos como éste para comprender lo monótono é insoportable de la vida, siempre idéntica, sin variaciones y sin esperanzas. Los burgueses salen á la misma hora á tomar el sol en el mismo sitio de la plaza; hablan de los mismos asuntos, y á plazo fijo se retiran. Llevan las mismas capas en invierno, las mismas levitas de alpaca ó dril cuando es su estacion, los mismos sombreros todo el año. Para estas gentes, que yo me permito humildemente considerar como la más terrible plaga social de la nacion, un suceso que altere en algo el reloj inalterable de su existencia es como un rayo cayendo en una laguna de ranas: gran asombro primero y gran curiosidad despues. Como todos estos caballeros, y sus buenas esposas y dignas hijas tenian mano con las monjas Deseadas, porque solian llevarles tal cual libra de chocolate ó alguna docena de ovillos de estambre para hacer mitones, pudieron entrar en la iglesia, y la llenaron con sus grandes cabezas morenas, tranquilas, paradas é inexpresivas; cabezas de castella-

nos viejos de pura raza, á quienes nada saca de su propia y olímpica gravedad. La luz amarilla de centenares de velas extendia por la iglesia una claridad triste, haciendo más negro el antiguo dorado de los retablos, más lastimeros los rostros de aquellos santos pintados en el trance crítico de la degollacion. La paloma de alcorza que coronaba el púlpito, desfigurada por las sombras de una espada y un casco de cimera gala, puestos en un altar vecino, parecia un gavilan espantoso. El cepillo de las ánimas, colocado cerca de su altar, enseñaba su agujero pidiendo ochavos morunos para bautizarlos y hacerlos santos. Las verjas del altar del Sacramento habian sido vestidas de limpio con sus faralaes blancos y guarniciones. Del coro bajo venía grato olor de tomillos, ese incienso de los montes; y de la sacristía, cuando la cortina de pesado tapiz se alzaba, escapábase aroma de myrra, que excitaba con tentaciones sibaríticas las fosas nasales de los devotos. Todos los circunstantes sentian impaciencia. Escuchábase el remover de las sillas, toses y pasos de piés perezosos y de muletas reumáticas; murmullos y disputas en voz baja, sobre si «¡V. vino despues!», ó «¡Me está V. pisando!»; ruido de seda que cruje y de calderilla campanilleando entre la bolsa y los dedos que buscan el más ruin cuarto para dárselo al más necesitado pobre; accesos catarrales, de que es confidente el pañuelo de hierbas; sonar de narices trompeteras, que son los clarines roncos del constipado. En torno á las dos conchas del agua bendita veíanse peregrinos semblantes envueltos en la niebla de las mantillas, y manos deliciosas que salian goteando de la pila,

con dos deditos juntos, dispuestos á hacer la santa señal de la cruz sobre una frente llena de malos pensamientos. ¡Vénus buscando su concha en el templo!

Sonaron músicas y voces de cantores detras del altar mayor. Empezó la ceremonia. En el presbiterio se veia á doña Ana. Don Acisclo no estaba allí. El alto clero asistia á la solemnidad, y poco despues de empezada la misa, la gente que apretada en el templo se empinaba sobre los piés para verlo todo perfectamente, hubo de abrir calle al Arzobispo. Venía con sus ropajes de gro rojo, envuelto en una nube de acólitos y familiares, repartiendo sonrisas y bendiciones con su mano sonrosada, fulgurante de topacios y esmeraldas. Despues de cantado el Evangelio se alzó la cortina del locutorio próximo al altar mayor, y apareció tras la reja la Comunidad. Delante de las monjas estaba Lucila, vestida de blanco, sueltas sus trenzas, que negreaban bajo el velo, coronada de azahares, como una novia, bonita, pálida, llena de graciosa serenidad y recogimiento dulce. Al verla doña Ana no pudo reprimir un movimiento. Alzóse del suelo en que estaba arrodillada, y el libro de oraciones se escapó de sus manos. El capellan Amaro, que oficiaba, abrió sus grandes brazos y extendió la enormidad de su cuerpo, que relumbraba, cubierto con los damascos sagrados, como una pared de oro. Las monjas cantaron los primeros versículos del *Jesu, corona virginum*. Lucila estaba tranquila, inmóvil. Creíase rodeada de los esplendores celestiales. No osaba abrir los ojos, imaginando hallarse circundada de la luz glorificadora; pero cuando el coro dijo : *Hymnosque dulces per-*

*sonat*, creyó oir músicas angélicas, y que la envolvian oleadas del vapor que hace la mañana flotar en la cima de los montes perfumados por las florecillas silvestres. Vió el mundo como un grano de arena, y el cielo como un mar de luz, en que se navegaba con las alas de los ángeles. El dia estaba brumoso. Todas las nieblas del Tajo envolvian la ciudad. La iglesia era un ascua en medio de aquella ceniza representada por las nubes.

Estaba Lucila tan hermosa, que las gentes de la iglesia se compadecian del sacrificio que el mundo hacía de tan bella muchacha. Su delgadez, encerrada en las batistas y sedas del traje mundano, tenía algo de un tallo de palmera enfundado en una bolsa de tul. Iba cargada de joyas, que su madre se habia complacido en llevar de Madrid. Iba como las víctimas de un ara pagana, escondida entre los resplandores del lujo. Ella queria tener una postura digna, reservada, sin llanto ni alegría. ¿No era aquello morir para la tierra? Pues debia recibir la toca como se recibe una mortaja.

En el convento de las Deseadas habia monjas de dos comunidades, y sus distintos hábitos, blancos unos y morados los otros, formaban pintoresco contraste en medio de la luz colada y cenicienta de las altas ventanas enfundadas de albas telas. La hermana organista tocaba el *armonium* con mejor deseo que arte, y á su alrededor el coro enviaba al cielo las sublimes preces entre ronqueras y desafinaciones. Algunas mangas moradas llevaban el compas de la música batiendo el aire, y tal cual mano gordezuela sacudia el papel de pauta, como Don Basilio en el *Barbero de Sevilla*. Otras monjas arrodilla-

das meditaban con el pergaminoso infolio cerrado por el oficio de profesion, y el dedo índice servia de señal. La madre Perpétua, con sus accesos de tos carraspeante, quitaba mucha parte de solemnidad al conjunto, y la Sor Dulcísimo Nombre, en un rincon, mostraba su viejo y arrugadísimo rostro, tan abundoso en cerdas, peludos lunares y chirriones, que parecia el de un viejo mal afeitado.

La ceremonia es larga. Hay sermon. Las devotas que estaban de rodillas experimentan picor de agujas en la piel de las choquezuelas, y bajo la sombra de los altares, que crece cuando el orador sagrado sube á la cátedra santa, porque entónces manos de acólitos hacen correrse las altas cortinas como párpados que se cierran para meditar, vese la agitacion que determina en las multitudes el cansancio, el oleaje, la incomodidad de la postura. El orador habla regularmente, y sin ciertas exageraciones de estilo, sin una marcada aficion á los superlativos que endulza, enconfita, acaramela y empalaga su discurso, bien pudiera éste ponerse al lado de casi todos los que se pronuncian en congresillos y ateneos. Algunas viejas lloran por costumbre. Otras, del dolor que sienten en las rodillas, no pudiendo levantarse. Tal curioso examina con distraccion el templo, los altares viejísimos, las imágenes polvorosas, la abundancia de flores, aquel sombrío cuadro de pésima mano, representando el *milagro de pan y peces*, y en el cual los panes parecen sombreros de picador, y los peces ballenatos; ó contempla el sepulcro vacío del cardenal Comefuego, de pasmosa invencion y prolija labor gótica. En el color

oscuro de los mantos y levitas destácanse las cabezas de los viejos, como frutos maduros entre el follaje triste del melonar, y los acólitos vestidos con sayales rojos, comparables á extraños pajarracos venidos allí á gustar furtivamente de las dulzuras de aquellos frutos sazonados. El orador acciona con el bonete, y las mangas del roquete caen de sus brazos al desgaire. Doña Ana llora. Las páginas de su libro de misa se humedecen, y delante de las lágrimas los caractéres de imprenta parecen moverse, y las iniciales encarnadas simulan heridas recien abiertas que sangran. Lucila abre sus ojos y ve todo esto. Lo que hay allí de teatral, de aparatoso, de oropel, asusta su modesta condicion; lo que hay de triste, su madre llorosa, su padre..... ¡su padre, á quien no ve cerca de aquélla!.... su padre ausente, hacen temblar su resolucion esforzada. Tuvo un momento de dolor humano, pecaminoso. Porque apartó su pensamiento de Dios para buscar á su padre, y revolvió los claros cristales de sus ojos, á que asomaba la llama de la ansiedad, para encontrarle por los rincones de las capillas, y miró bajo el púlpito, y escudriñó la negrura de la multitud, esperando sacar de entre ella el rostro amado del autor de sus dias. Pero no vió nada y volvió á buscar..... ¡Inútilmente!..... A quien vió allí, á los piés de la iglesia, junto á la pila del agua bendita, fué á su primo Víctor, y notó que su rostro pálido, grande, sereno, hallábase contraido por un gesto espantoso de dolor, y que al percatarse de la mirada de ella, movia la cabeza con un ademan de desesperacion infinita, como diciendo: «¡Qué estás haciendo!.....» ¿Y su padre?

¿Dónde estaba? La entrevista que habia tenido con él; las lágrimas del viejo; aquel temblor horrible que estremecia su mano cuando ella la cogió y la besó, hiciéronle temer algo inmensamente horroroso que podia haber ocurrido..... Vió á su padre corriendo como loco por las calles; vióle buscando el puente más alto del Tajo para arrojarse desde él..... vióle flotar en las aguas como un guiñapo ensangrentado..... ¡Qué horror! Hubiera querido suspender la ceremonia; imponer silencio al predicador; salir al presbiterio, y á grandes voces, á gritos que hubiesen resonado en toda la tierra, exclamar: «¿Dónde está mi padre? ¡Buscadme á mi padre!.... ¡Mi padre!.....» Su agitacion fué extremada. Acabó por llorar. Y entónces, Sor Jerónima de las Llagas, que estaba cerca de ella, deslizó en su oido estas palabras: —¡Repórtate, hija mia; sé fuerte!

Aquellas palabras, sin saber por qué, helaron sus venas. Hubo una reaccion en su alma. Su padre no habria hecho cosa alguna lamentable. Dios les protegia á todos. Ella consumaba el más sublime y excelso sacrificio. Sus visiones eran tal vez..... ¿qué tal vez? sin duda alguna, eran engendros de la magia diabólica para distraer su pensamiento en el instante más precioso y crítico de su vida. La voluntad hizo el esfuerzo de cien voluntades juntas. Su pensamiento quedó sujeto y como clavado al modo de un insecto por el alfiler del coleccionador..... Pero áun en su sujecion se estremecia, y en vez de rezar con el coro: «*Te deprecamur suplices*», decia: «¡Mi padre..... mi padre!»

¿Qué habia hecho su padre? Cuando salió del conven-

to, la desesperacion iba con él. Miraba con ojos espantados las gentes, las cosas..... la luz, y en todo veia un signo de estúpida indiferencia para sus penas. Él pensó entónces, si no lo dijo :

—¡Ah! Hoy debeis sentiros muy felices todos los hombres, porque el dolor de todos le llevo yo en mi alma..... ¡Sufro yo tanto, que en el resto de la tierra sólo deben quedar alegrías!

Una idea fija de venganza barrenaba furiosa su cerebro, y como al barrenar las aguas un hélice arranca virutas y jirones de espuma, esta idea sacaba allí virutas de dolor, jirones de sangre, túrdigas y filamentos de sensibilidad. Dos veces se llevó las manos á la cabeza. Creia enloquecer, perder el aplomo del discurrir juicioso, anegarse en una ola de desvaríos, la cual le llevaba y le traia desatentado. Su amor paternal no se quebrantó. Amaba, adoraba, idolatraba á Lucila. Ella era buena, era un ángel..... ¡era su hija!..... era inocente. Álguien la empujaba al convento, álguien la apartaba de los brazos paternos. ¿Quién?..... ¡Todos! ¡Nadie! ¡La humanidad entera! ¡Las mismas leyes físicas! Los pensamientos se desconcertaron en su cerebro, como las piezas de un mosaico delicado sobre el cual patean elefantes. Ya le parecia que todos los hombres que pasaban á su lado iban vestidos de monjas y todas las mujeres vestidas de arzobispo. Ya creia que las torres macizas de las murallas tenian el rostro humano, y que mirándole con los dos ojos, hechos de dos aspilleras, le escupian piedras por la puente levadiza, insultándole, y que, naciéndoles brazos en su promedio, agitaban entre ellos un muñeco

humano, una monjita pequeña..... su hija Lucila..... Sor Lucila....!

¡Disparatar horroroso! Las ideas absurdas soltaban dentro del cráneo de D. Acisclo la cadena con que el sentido comun las tenía aherrojadas, y corrian persiguiéndose como enjambre de gatos locos en desvan que amenaza ruina.

Cuando supo darse mediana cuenta de sí, hallóse en el campo. A su frente alzábase en anfiteatro vistoso la ciudad histórica, desigual, escalonada, como un hormiguero cuya tapa de tierra se hubiese levantado. Los callejones tortuosos enseñaban plazas deformes: exófagos torcidos, que conducian á estómagos enfermos. Calles llenas de ángulos y recodos, parecian trazadas por un gato estratégico para dar una gran batalla á los ratones. El rincon era el símbolo de aquella arquitectura casuística y ruinosa. Las casas se miraban de soslayo y se volvian la espalda, y los tubos de chimeneas y conduccion de aguas simulaban las venas de aquel cadáver, al descubierto, porque la diseccion estaba interrumpida y el disector estaba descansando. El recinto de las murallas, ayer altivas, hoy semiderrumbadas, siempre gloriosas, encerraba aquella locura de mampostería en un cinturon, intentando presentar la ciudad á los ojos del pasajero como una ciudad de vida arreglada, siendo una disoluta de la arquitectura. Sobresalian las más altas torres que la soberbia humana levantó, cipreses negros, algun álamo, cuyo claro ramaje se esfumaba melancólico en lo azul como un vapor que se disuelve, y más arriba aún, la torre elegantísima de la cate-

dral—un mástil de fragata vestido con gasas de piedra.

Allá abajo, en lo profundo de barrancos y derrumbaderos, el rio caminaba ruidosamente, y al despeñarse por las presas de Lafon, se esponjaba el agua y se coronaba de aéreos plumajes de plata. ¿Dónde iba el viejo Añorbe? ¿Dónde iba el pordiosero enriquecido, el que habia medido las desgracias humanas por la capacidad de las talegas, el que consideró hasta entónces las penas morales de los otros como un capricho triste no contrariado? ¿Lo sabía él mismo? Huia del convento, de Muriedro, de los hombres. No tenía valor para presenciar el sacrificio de Lucila. Cuanto más léjos, mejor. Su edad achacosa é infirme pedia á aquel pilluelo, que aprendió á leer en las muestras de las tiendas de Santander, la velocidad de su paso. Este era desigual, irresoluto, sin rumbo; movimiento de brújula desorientada, que ya señala al Mediodía, ya al Septentrion.

Los relojes de las torres dieron las once. Un clamoreo de campanas sucedió. Cada oleada de aire venía preñada de sonidos, como la oleada del mar viene llena de menudas arenas. Era la señal de que el monjío empezaba. Ecos de alegría encontró en todas las iglesias aquel toque. El campanario de las Deseadas anunciaba que un ángel habia caido del cielo, y los demas conventos contestaban con sus más elocuentes campanadas.

Añorbe miró á la ciudad con rabia. La enseñó los puños.

Despues miró al rio, al cielo, y en la confusion sin ejemplo de sensaciones, sentimientos, juicios y absurdos que habia en su sér, confundió el capacete de un torreon

con el sombrero de un hombre que pescaba en la orilla, é imaginó que una recua se suicidaba arrojándose en peloton al agua, cuando lo que hacía era pasar pacíficamente por el Puente-Nuevo. El clamoreo de las campanas seguia sonando, cada vez más violento y veloz. Las campanas volteaban, y sus sonidos se enredaban unos en otros como las palabras del que habla demasiado deprisa.

Entónces D. Acisclo cambió de camino. Volvió á Muriedro todo lo veloz que podia. Era pueril huir de un suceso que no evitaba la huida. Era egoista ademas el apartar sus ojos de aquella escena dolorosa. Tal vez no podria ver nunca más á su hija entre la luz esplendente del dia si dejaba pasar aquella ocasion. Corrió, corrió. Entró por fin en la calleja, cuyo empedrado de recios trozos de granito estaba bordeado de hierbas. Cruzó el compas del templo. Oyó un órgano; despues el órgano calló y sus últimas notas se quedaron temblando en el aire. Llegó á la puerta de la nave central. En medio del silencio profundo, religioso, patético..... chirrió un sonido metálico. Una tijera habia cortado á la noble cabeza de Lucila sus dos largas trenzas. El viejo no pudo más. Vaciló, buscó un punto de apoyo; su mano, palpando ansiosa el aire, se sumergió en el agua bendita de una pila; y á tiempo que iba á caer, la voz de Víctor dijo en el oido de Añorbe:

—¡Venga V., venga V.! ¡Esto es horrible!..... ¡Todo se ha consumado!

# XXI.

**Tres opiniones distintas y una tempestad final.**

Cambiemos de escena. Ésta representa un salon de la fonda más tolerable de Muriedro. Los muebles de ordenanza : vieja sillería de reps tornasolado ; un espejo con inclinacion que invierte, al copiarlos, los objetos ; cuadros que representan *un paisaje suizo*, una dama cayéndose de un caballo bajo la mortífera luz de una centella, y en cuyo pié se lee este epígrafe : «*Femme foudroyé.*» Doña Ana está sentada en un rincon, y llora con el rostro escondido entre los pliegues de un pañuelo. Don Acisclo se pasea agitadamente por la sala, y sus manos, metidas en los bolsillos del pantalon, salen á veces para accionar. Víctor está sentado en un sillon, con una pierna sobre otra y la frente apoyada en una mano. Maletas abiertas, ropas sobre los muebles hablan de viaje próximo.

La discusion de D. Acisclo y su esposa fué terrible. Luégo él pareció sosegarse viéndola llorar, y sus sentimientos caballerescos le impusieron silencio.

—¿ Cuándo sale el tren ? — preguntó.

Víctor sabía que á él se dirigia esta pregunta. Respondió :

—Dentro de dos horas.

—¡Dos horas!—repitió Añorbe.

Los sollozos de doña Ana dominaron el silencio que reinó luégo. Añorbe miró á su mujer con lástima.

En aquel momento entró en el salon la noble Condesa del Bajo-Imperio. Venía sofocada, porque su obesidad era carga insoportable. Echóse aire con un abanico que metia mucha bulla. Cerró los ojos para que el temporal de vientos que aquella arma produjo no ofendiese sus delicadas pupilas, y luégo usó de la palabra.

—¡Santísima Vírgen de Lourdes! ¡Qué calor!..... ¡Pero, Anita, hija mia! ¡Es V. incorregible!..... ¡Esto es absurdo! ¡Tanto llorar!..... Hay que tomar con calma las penas de la vida..... Ademas, que Lucila ha entrado en el convento por su gusto; no como esa otra que va á profesar mañana, contra su voluntad, porque su padre se empeña.....

—¡Amiga mia!—dijo D. Acisclo.—¡El caso nuestro es bien distinto!

—Pues qué, ¿no lo sé yo?—replicó la Condesa, abriendo de nuevo el abanico y soltando de entre su varillaje un huracan.—Es que VV. toman todas las cosas muy á pecho..... ¡Es absurdo!..... Mírenme VV. á mí.

Quien la hubiera mirado habria realmente visto en ella la imágen de la más perfecta impasilidad moral.

—Es preciso que Anita cambie de vida..... ¿Á qué conducen esos sacrificios que hace V., vamos á ver, hija mia?..... Lucila entró en el convento..... Pues si ése era su gusto, es feliz..... Héte aquí á Anita otra vez como cuando era soltera..... Aun está V. en edad de gozar..... ¿No es cierto, Acisclo?..... Ó poco he de poder, ó Ani-

ta mudará de costumbres..... ¡Tanto rezar, tanto mortificarse!..... Hija, es absurdo..... Por ahí dicen que usted tiene en su tocador una calavera..... ¡Qué miedo!..... Yo no; ¡Dios me libre!..... Cumplo mis deberes, eso sí..... porque me parece que cumplo mis deberes con exceso..... Ya ve V.: yo he organizado esta peregrinacion de damas..... ¡Y maravíllense VV. del triunfo!—añadió maravillándose ella la primera y dejando el abanico en uno de los hondos pliegues de su falda.—Me he traido hasta á las más enemigas de estas cosas..... Ahí está lo más florido..... Lo mejor..... ¡Es divino!..... ¡divino!..... ¡divi..... Pero crea V. que..... ¡otra cosa!.... ¡Yo pegarme correazos! ¡Yo privarme de comer aquello que me agrada! ¡Yo calaveras!..... ¡Ay, hija! Para calavera, ahí está mi marido.

Ni D. Acisclo ni doña Ana prestaban gran atencion á cuanto decia la Condesa; pero Víctor, sentado cerca de ella, la daba palique, y era esta aristocrática beldad, como su marido, amiga de hablar por los codos. Era católica, de esta especie de católicas elegantes á la moderna, que, como ha dicho un gran dramaturgo, hacen tapicería y propaganda á favor de los obispos, bailan y se escotan por los pobres, y confiesan á menudo para sus garantías exteriores. Pero que así se cuidan de la gran moral y de la sublime caridad de Cristo como de los misterios de Eleusis ó de la doctrina de los Vedas. Para la Condesa era incomprensible el misticismo de doña Ana, y en la intimidad de sus *habitués* decia de ella, inclinando la cabeza, como quien hace una confidencia:

—Para mí, está algo.....—y en vez de pronunciar

la palabra, llevaba su dedo índice á la sien derecha y allí hacía la operacion de barrenar.

En cuanto al catolicismo de D. Acisclo, que iba poco á misa, pero cuando iba rezaba de verdad, hacía muchas limosnas y detestaba esas ostentaciones de la fe que convierten los templos en teatros y abusan de la religion verdadera, con gran perjuicio de sus intereses históricos —ya que los divinos no pueden sufrir percances, siéndolo—la Condesa le declaraba de mal gusto..... y la palabra era ésta : *demodée.*

Víctor pensaba en estos tres modos de entender el catolicismo, miéntras hablaba la Condesa. Don Acisclo sentia horror de la profanacion que aquella elegante señora hacía de su dolor. ¡Venir con atenuaciones mundanas de una pena tan espantosa como es perder á una hija! Los hábitos del gran mundo, la etiqueta aristocrática, eso que se llama educacion y trato elegantes, han desvirtuado los grandes afectos morales, convirtiendo las pasiones en caprichos y los dolores en contrariedades. Don Acisclo detestaba todas estas supercherías sociales, y en su franca claridad de expresion decia que le daban asco.

Á las siete salia el tren. Cuando el señor de Añorbe entró en su wagon, precedido de doña Ana, una fibra del corazon parecia quedársele atada á Muriedro. Víctor permanecia en esta ciudad, que, decia él, habia despertado sus aficiones artísticas. Iba á arrancar la locomotora,

cuando apareció en el andén, polvoroso, sudando gotas de agua por todo el círculo del sombrero de teja, con los manteos echados al hombro, el excelente padre Amaro.

—¡Otra que, pues!—dijo apretando la mano á don Acisclo.—Creí que no llegaba..... ¡Temeridaes! ¡Si ya va á echar á correr el caballo negro!

Y señalaba á la humeante locomotora.

—La niña, prosiguió, parándose á cada palabra, porque el ahogo de la carrera cortaba su respiracion—me envia..... un abrazo á usted..... otro á esa señora..... Rezará por ustedes.....

—¡Por nosotros!—gimió D. Acisclo, cerrando los párpados.—¡Bien lo necesitamos!

—Yo tambien..... rezaré..... ¡Temeridaes!..... Usted no se apure..... Piense V. en Dios..... Mire V. al cielo..... ¡Esa es la gran parroquia!

El tren se alejó silbando. Don Acisclo se golpeó las sienes, y en el colmo de su dolor, gritó con voz espantosa:

—Me has matado mi ventura..... Me has dejado sin mujer y sin hija..... Ya estoy solo..... solo.....

---

## XXII.

**En que se habla de Víctor y de los frascos de colores que compró.**

Víctor se quedó en Muriedro. ¿Por qué? Es difícil saberlo. Decia él que le gustaba mucho aquella vieja poblacion, donde no habia sino mirar á las paredes para en ellas leer páginas de historia. Poseia el buen muchacho por todo capital unos 6.000 reales, que habia ganado en diversas comisiones comerciales que su tio le encargó, y un hombre como Víctor con 6.000 reales es millonario. Por otra parte era Víctor muy sobrio; fumaba poco y de lo malo; no bebia, ni era amigo de banquetes ni deleites ruinosos. Un tantico holgazan era y dado de pasarse dias y dias soñando una idea que no habia de realizar nunca, así como le gustaban las largas caminatas por la orilla del Tajo. Algunas tardes, cuando el sol se ponia y á su alrededor subian y bajaban de paseo los matrimonios muriedranos, solia decir con tristeza:

—¡Pero, señor, qué solo estoy en el mundo! ¡Pero qué solo!

En una de estas tardes, «herido de punta de melancolía»—como dijo el melancólico Quijada—tornaba de paseo Víctor. Era el crepúsculo. A toda prisa anochecia,

y sobre la superficie del Tajo flotaba un vapor ceniciento, que parecia la evaporacion de una inmensa olla hirviente. Era la hora en que las familias castizas cenan; en que los padres besan á sus hijos, que acaban de llegar de la escuela; en que los esposos se miran con más amor; en que las manos ágiles de las niñas pobres cortan el pábilo de candiles, velones y *quinquets;* en que la última luz del dia se enreda en los tejados para engendrar en la cavidad de los desvanes los abortos del miedo; en que los muchachos que van á la lonja por aceite miran con desconfianza los rincones oscuros y cantan temblando, por ahuyentar el silencio; en que los perros vagabundos buscan un portal y una cena; en que se cierran con sonoros golpazos los cuarterones de las ventanas; en que se encienden los faroles de aceite de oliva de Muriedro; en esa hora, en fin, Víctor iba navegando sin rumbo por los callejones húmedos, mal olientes y semioscuros de la ciudad. El cielo, cortado en estrechas y raras figuras por los tejados, resplandecia vivamente con sus miriadas de astros..... El simpático Víctor experimentó en su alma el mismo anochecer del mundo físico. Al pasar por la plaza de Gaitanes se detuvo frente á una iglesia, y mirando la luz de un farolete, que destacaba un manchon rojo en una ventana, exclamó:

—Ahí está.

Su pensamiento siguió un camino extraño; ya ascendia penosamente una cuesta de rigorosas deducciones, como un pobre y cansino viajero que camina por sus pasos contados; ya, cual un ave vuela de un picacho á

otro, iba él de un deseo oscuro á una esperanza loca; ya navegaba por un lago rodeado todo de puertos felices y de buenaventura..... Pero su boca permaneció callada. Sólo al entrar en la fonda dijo:

—¡ Mañana empezaré!

Madrugó á otro dia más que de ordinario, y anduvo largo espacio buscando trebejos de pintor. Luégo escribió á Madrid pidiendo unos frascos de colores, una docena de pinceles y unos cartones. A los tres dias alquiló una azotea, rasando cuyo suelo pasaban bandas de aviones. Empezó á pintar. Dejémosle. No profanemos la generacion de la obra de arte, que tiene, como la del amor, una pudibundez legítima.

---

# XXIII.

**Con permiso del Ordinario.**

Pero no estuvo largo tiempo Víctor en aquella azotea. Muchas tardes las pasaba en la catedral, y áun cuando solia conducir bajo el brazo el carton y la caja de colores, no pensaba siquiera en reproducir aquellos rosetones calados, donde la imaginería de vidrio ostenta un mosaico de luces asombroso; ni la sombra de las altas techumbres abovedadas; ni los jirones del sol, que cayendo del alta claraboya se columpian en el vacío; ni los sepulcros que en cada capilla hablan de la muerte y del reposo; ni las lápidas llenas de letras góticas que pregonan la grandeza y poder de príncipes olvidados. Nada de esto tentaba su codicia de artista ni le ponia en el alma el deseo de llevarse un recuerdo suyo en el álbum. Su espíritu se quedaba extático, abrumado bajo el peso de algo muy grande, muy grande, imposible de expresar. En un rincon se escondia, y tanto gozaba viendo, como oyendo los cánticos del coro y la voz del órgano, que al sonar con el registro de trompetería, esparcia en los aires nubes, torrentes, chorros é inundacion de música, y al sonar en sordina parecia concento celestial que se aleja y vaga en lo más remoto, cerca del eminente techo, ó se rezuma por las ojivas, ó corre y se hunde en los

sótanos. Una calma suprema poseia el espíritu de Víctor: esa calma que sólo se goza en las altas cimas del arte como en las altas cimas de las montañas. ¡Cuán pocos suben á ella! De entre esa multitud de viajeros que recorren el mundo antiguo para curiosear los restos de aquellos siglos engendradores de las maravillas de piedra, ¡escasos, muy escasos, son los que saben descubrirlas! El *cicerone* es á esas maravillas lo que un telescopio sin cristales al mundo sideral. En el caso presente, decíase á sí mismo Víctor que los cristales del símil están representados por la propia imaginacion.

Otras tardes, pensamientos tristes se apoderaban de él. El padre sin hija, el esposo sin esposa, su pobre tio se le presentaba como el más desdichado de los seres. Doña Ana cruzaba por su mente como una extraña figura que empezaba con el busto de una madre y acababa con el torso de una helada estatua. Lucila..... él no podia darse cuenta de cómo se la presentaban sus ojos espirituales.

—Es extraño —decia.— De mis tios se acuerda mi cabeza. De mi prima se acuerda el corazon.

Pasó un mes largo sin que su obra adelantase. No acababa de verla bien. Nubes cenicientas la envolvian allí en su alma, y asustado de las dificultades, no se atrevia á vencerlas una á una, sino que las consideraba en su multitud sin fin.

—¿Quién me mete á mí, endiablado pintamonas, á hacer cuadros, ni..... ¿Estás loco, Víctor? ¿Qué sentido te falta?

Una sonrisa de propia burla corrió por sus gruesos

labios y hacía asomar la blanca dentadura entre la sombra del bozo. Pero en sus horas de ensueño, cuando paseaba por la orilla del Tajo, cuando soltaba un poco del lastre que le hacía arrastrar por la tierra, descubria horizontes lumínicos, donde todo arbusto era laurel triunfal, y todo luz alegre. Entónces se prometia trabajar.

—Mañana, mañana.

Llegó por fin el dia de mañana, y con gran sorpresa del sacristan de las monjas Deseadas, un criado condujo á la iglesia un caballete, y el mismo padre Amaro le ayudó á descargar las tablas y á armarlas en una capilla.

—A las diez acaban las misas. A esa hora puede usted venir—dijo D. Celestino á Víctor.—Puesto que el Sr. Arzobispo da permiso, yo me pongo á sus órdenes. ¡Temerida es! ¿Sabe V. que yo no sé qué va V. á pintar aquí? Esto está más negro que una colmena.

Sonrió Víctor, y luégo quiso explicar su plan al cura. El padre Amaro tenía sus opiniones sobre arte. Una vez estuvo en el museo del Prado de Madrid, y sólo le gustó, de entre tanta maravilla, el *Enano*, de Velazquez, y los *Fusilamientos de la Moncloa*, de Goya. Suplicó á Víctor que se fijase en un cuadro que habia en la iglesia representando una degollacion.

—Le confieso á V. que me parece malo—dijo Víctor.

—¡Hombre! Pues mire V. lo que es no entender. Yo creia que era bueno.... ¡porque, cuidado si tiene sangre! Le pone á uno los pelos de punta.

Víctor fué desde aquel dia puntual. Apénas se marchaba la última devota, sentábase en su banco, y el pincel iba y venía, lleno de negro, de blanco, de azul, y en

resúmen, de todos los colores. Pintaba una cara, y luégo la despintaba. Jamas quedaba contento de su obra.

La Comunidad ya sabía que un pintor trabajaba en la iglesia. La madre Jerónima estuvo á punto de enojarse cuando se lo dijeron; pero no hubo sino callar al tener noticia de que el artista venía protegido por órden superior. La curiosidad de las monjas no hallaba límites. Algunas se acercaron de puntillas al coro bajo, y alzando con precaucion una punta de la cortina, alejáronse persignándose al ver que el pintor era jóven y guapo. Una dijo:

—¡Se parece á Jesus!

Y se lavó los ojos con agua bendita.

Víctor, desde su rincon, observaba aquellas estrategias de la curiosidad, y una sonrisa le invadia los labios.

—¡Válgate Dios con las madres! ¡Acabarán por verme todas!

Al decir «todas» irguió la cabeza y detuvo el pincel; y como si esta palabra le hubiera producido meditacion interior y hubiese suscitado un juicio, añadió:

—¡Sí..... Tambien!

Dió una pincelada nerviosa, que puso barba negra en el rostro de una mujer, y repitió:

—Sí..... Tambien ella.

# XXIV.

**Un mes con penas es un año.**

La primera carta que Lucila escribió á sus padres fué la primera cosa que reunió los pensamientos de Añorbe y doña Ana, despues de las escenas enumeradas, y las que entre ellas habrá colocado el buen juicio del lector. La carta pintaba la tranquilidad de una vida alegre y dulce, como la del pez en el agua de un lago sin vientos ni pescadores. Habia pasado un mes desde el monjío, y D. Acisclo llevaba quince dias en el lecho. Una fiebre contínua le consumia. Cierta añeja enfermedad del hígado, que contrajo en América, se exacerbó, y la hinchazon de tan importante entraña abultó de un modo espantoso el volúmen de su cuerpo. Tal engrosamiento morboso del tórax y abdómen iba acompañado de pérdida absoluta de fuerzas, insomnio, y demacracion del rostro y extremidades. A más de esto, el humor de D. Acisclo se agrió completamente. Una predisposicion, insólita en su carácter, á la ofensa hizo su trato espinoso y duro. En toda omision de sus criados veia un motivo de quejas y recriminaciones. Si ántes comedido y dulce para reprender, ahora era feroz é implacable. Su negro humor buscaba la idea más depresiva y la palabra más enojosa para zaherir y fustigar al interlocutor. Al mediar el mes

de Marzo, los vientos y lluvias que la segunda luna trajo empeoraron el estado de D. Acisclo. Ya no pudo abandonar el lecho, que vino á convertirse en potro de tormento para el infeliz.

Leyó una carta de Lucila. Tenía la costumbre de arrancar del pliego la cruz, que es uso en las casas piadosas trazar ántes de empezar la escritura.

—¡Eh! gruñó—rasgando con la uña de su temblona mano.—¡Mojigaterías!

Luégo leyó con ánsia, con gusto, desarrugando el peludo entrecejo, dejando fluir de su semblante la sonrisa por todos los poros, interrumpiendo la leyenda para besar el papel con sus labios, húmedos á causa del contínuo deglutir tisanas y menjurjes. La carta venía dirigida á D. Acisclo y doña Ana, y la niña pedia que ambos la leyeran juntos:

«¡Qué paz es la mia, queridos padres!—decia un párrafo de la carta.—Madrugo más que nadie; una hora ántes de salir el sol abro la ventana de mi celda, alzo las ropas, barro y riego el piso. ¡Qué gusto hallo en todo! ¡Esta humildad de mi vida me enorgullece! Vivo conmigo misma. Mis pensamientos mueren dentro de mí. El silencio que á todas las horas del dia y de la noche me rodea es como el que luégo se sucede en mi alma..... Mis diversiones son hacer cestillos de juncos. Primero hay que buscarlos en los arroyos del jardin. Yo he encontrado una buena cantidad de ellos en la huerta, detras de la noria. Luégo los mojamos y los cortamos. Despues no hay sino tejerlos. Las cestas son bien lindas. Sí, madre mia, padre de mi alma. Esta es mi diversion. Tengo

más de veinte cestillos hechos y he de enviarlos con Garriguez cuando venga por acá..... ¿Os habeis ya consolado? No quiero hablar de esto, porque es contra regla..... El domingo de Infra-octava empezaré una novena á la Vírgen de la Asuncion: madre mia, hazla tú tambien, y así se juntarán nuestros rezos.....»

La epístola era larga, sencilla; pero habia en ella ciertas reservas que hablaban de un lado del alma oculto. Don Acisclo pidió á Garriguez recado de escribir, y sobre el embozo de la cama trazó una carta en que decia á su hija, como en sus cartas anteriores, que la pena de no verla le estaba matando. Cerróla..... y Garriguez llevó la carta á la señora, y en un cajoncillo secreto del *boudoir* de ésta quedó encerrada. Doña Ana tenía trazada esta confabulacion de acuerdo con Garriguez, por miedo á que las quejas y amarguras del padre quebrantáran la vocacion de la hija.

El efecto consolador de las cartas de Lucila duraba poco. El vinagre tornaba á ser vinagre, y la hiel se revolvia en oleadas dentro de aquel cuerpo hinchado y linfático, donde todo dolor tenía su asiento y todo enojo físico un alcázar. Doña Ana, al contemplar los progresos de la enfermedad, se instaló cerca de la cama de su marido. Pero la presencia de la mujer que, segun éste, tenía la culpa y la responsabilidad de cuanto habia sucedido, excitaba la furia del viejo y le ponia iracundo y fuera de sí. Ella oia las palabras amargas del enfermo con resignacion. Bajaba su cabeza y juntaba las manos, demandando al cielo la salud de Añorbe. Justo es reconocer y declarar que nunca anidó en su alma el rencor

por los tratamientos duros de que era objeto. Su puesto era la cabecera de aquel lecho, y allí debia permanecer.

Era de noche. Una lamparilla ardia detras de una pantalla de porcelana. El enfermo pidió agua á Garriguez. Pero no fué Garriguez, sino doña Ana quien se la presentó. Don Acisclo la rechazó.

—Déjame, véte—gritó, procurando incorporarse en el lecho.—No quiero verte.

Y se puso la mano derecha, hinchada por la enfermedad, sobre los ojos. Debian haber sido tremendas las aflicciones de aquel hombre. La dolencia que padecia en el bazo destruia su robusta naturaleza, nacida para luchar, dura y recia como el granito, y que ahora se desgranaba, se descomponia, se desmenuzaba átomo á átomo, como una estátua de barro agrietada por el sol.

—¡Oh! no seas cruel—gimió doña Ana.

—Tú tienes la culpa—repuso D. Acisclo, reanudando una reyerta eterna, que empezaba á tener visos de monomanía, entre lágrimas que revelaban un dolor inmenso, profundo, desgarrador, que conmovia las raíces de su sér, que hervia y laceraba su corazon.

Continuó:

—Tú la has llevado á esa casa y la has hecho hundirse en la sima. ¡No la verémos más, no oirémos más su voz, no es nuestra!..... ¡¡Ya no es mia!! ¡Yo la he engendrado! ¡Y hoy álguien tiene más derecho á ella que yo!..... ¡Y me hablan de vocacion!..... ¡El hijo no tiene más vocacion que amar al padre, y el padre no tiene otra religion que amar á su hijo!

Descubrió su rostro. Su mano derecha temblona bus-

có un pañuelo en el bolsillo de la bata oscura, que le abrigaba áun dentro de las ropas del lecho. Aquella mano amarilla, abundante en arrugas, tenía tantas dobleces y desigualdades como un pergamino tostado. Manojos de venas azules latian bajo esta piel. Era la mano de la muerte cubierta con el guante de la enfermedad. Entónces pudo verse el rostro macilento y cadavérico de don Acisclo. Las mejillas, arrugadísimas, dejaban caer dos colgajos de epidérmis á causa de la demacracion rápida que habia secado y consumido los jugos de aquel cuerpo. Dos círculos azules rodeaban las pupilas, y la borla verde del gorro de terciopelo, que cubria la cabeza, parecia, oscilando con los estremecimientos convulsivos del cuello, un cipres gallardeándose en un cementerio.

—¡He sido una gran pecadora!—balbuceó doña Ana.

—¡Eh! ¡Qué pecadora!..... La letanía de siempre. ¿Quién habla de tí? ¡Yo hablo de mi hija!

—Es que mis pecados son tan grandes, que no he tenido derecho de satisfacer los deseos de mi corazon. El Señor me mandó mortificarme en aquello que de más gusto fuese á mi alma..... en mi hija..... Quiero que esté á mi lado..... quiero verla..... quiero besarla..... Y me impuse ese sacrificio.

—Pero..... ¡ay Dios de Israel!..... tú te sacrificas, mujer condenada, y tu sacrificio ha sido mi muerte..... ¿No ves que esto me ha costado la vida? Pues qué, ¿crees tú que yo podré vivir?..... si me siento morir. La bílis me llena el cuerpo..... ¡Demonio!..... si me ahoga..... si la siento que sube hasta mi garganta...... No estoy vivo..... Ya estoy muerto..... podrido..... en el fondo de la tier-

ra..... Ya pueden venir esos malditos curas á echarme responsos é hisopazos..... ¿Estás contenta? Me has matado, me has matado..... Poco á poco..... con cautela..... hoy le arranco una dicha y mañana otra..... ¡Devota estúpida, miserable devota, mala madre!

—¡Acisclo, Acisclo!—balbuceó doña Ana.

Vaciló la resolucion de mártir de la pobre señora. Tuvo horror de lo que pensaba de ella su marido. La copa de agua que contenia su mano cayó al suelo y se vertió sin romperse.

—Déjame morir tranquilo—gruñó el enfermo, despues de un acceso de tos, que retumbó en su pecho como un trueno en una cueva.—Véte á rezar, á pasar cuentas del rosario, á enhebrar padre-nuestros..... ¡Garriguez!

—Garriguez no está—se atrevió á decir muy bajo Doña Ana.—Le he enviado á Muriedro con un encargo.....

Y al acabar de decirlo, las lágrimas se mezclaron á las palabras, y ella, en un rincon de la alcoba, medio escondida en un pliegue de la cortina de terciopelo, comprimió sus sollozos. Aun cuando sus martirios, sus sacrificios de voluntad y su desprecio constante de sí misma habian matado y quemado los impulsos del amor propio en doña Ana, las frases horribles del iracundo viejo levantaban la indignacion en ella.

—¡En Muriedro! —repitió con voz terrible Añorbe.—¿Quieres alejar de mí á todos los que me tienen cariño?..... ¡Bueno, mujer, bueno!..... ¿Quieres encerrarme entre paredes de hielo?.... ¡Bueno!.... Si yo me estoy muriendo..... Me queda tan poca vida, que por grandes que

sean los tormentos que me preparas, apénas tendré tiempo de sufrirlos..... ¡Me alegro de morir!...... ¡Esto era ya insoportable!...... ¡Tanto cura, tanta monja, tanto libro de misa..... alimentarse con cera y agua bendita..... ¡Ay..... qué frio siento!

Su cabeza desvariaba. Los huesos de su rostro tuvieron un movimiento de dislocacion horrenda bajo la piel acolgajada y negruzca de no haberla rasurado en los largos dias de enfermedad y postracion. El viejo alargó una mano y llamó á la sombra de doña Ana, que se veia en el estuco de la pared, diseñada por la pajiza luz de la lamparilla.

—¡Agua!..... ¡Agua!—suspiró.

Doña Ana se acercó rápida. Recogió la copa, y llenándola nuevamente, dió de beber al enfermo.

—Ahora quiero descansar—dijo Añorbe.

Parecia hallarse tranquilo. Su mano derecha separó de la frente sudosa las crenchas blancas de pelo desordenado y abundante; porque aquel viejo conservaba su cabellera juvenil. Despues hizo como que se dormia. Pero no se durmió. Porque miéntras doña Ana rezaba de rodillas junto al lecho, el alma de aquel gran padre iba de camino hácia lo que Amaro llamaba la gran parroquia. Al alba habia allí un cadáver y una mujer desmayada.

---

## XXV.

### La carta del muerto.

Entre los pliegues de la ropa se hallaron sobre el lecho mortuorio cartas para distintas personas acerca de negocios, y una cuya direccion decia: «A mi querido Víctor.» Era un abultado paquete cerrado con lacre. Toda la mañana del dia de su muerte lo empleó el viejo en escribir, habiendo demostrado una actividad bien distinta y ajena á la debilidad propia de tan larga dolencia. Garriguez llegó de Muriedro, y al cruzar el dintel del portalon, donde entraban y salian gentes fúnebres, de barba rapada y vestidos negros, lustrosos y goteados de cera, llevando cirios amarillos, quedóse con el lío de los cestos monjiles en una mano y el paraguas en otra (estaba lloviendo), hecho una estatua. ¡Pobre Garriguez! ¡Cómo lloró al saber lo ocurrido! Recorrió velocísimo los salones, y su compungido semblante se lo arrojaron los espejos de clara luna unos á otros, imágen de la vanidad jugando con el dolor humilde. Estaban poniendo la cama imperial, y en la alcoba yacia el cadáver, vestido con hábito franciscano. Escasas horas habian bastado á los ejércitos de la destruccion para alterar lo poco humano que quedaba en D. Acisclo. Su rostro habia dejado de ser conjunto de humanas facciones. Los

párpados se confundian con la mitad superior de las mejillas en una mancha violácea, y las últimas lágrimas habian prestado á las pestañas que el insomnio dejó, dureza de alambres. La nariz, gruesa y carnosa, habíase alargado en pico de presa, buscando á la boca para besarla ó herirla. La barba cubria estos desordenados tegumentos, como las hierbas una pared desconchada y nitrosa.

La carta para Víctor fué enviada sobre la marcha á Muriedro. Antes el telégrafo le habia hecho buscar ropas de luto y conocer el terrible suceso. Profundamente conmovido se hallaba Víctor delante del caballete donde pintaba, en la azotea de su casa, cuando no iba al convento, sin acertar á encontrar en su paleta el color de la luz. Puso amarillo, y resultó una luz de bengala. Mezcló algo de negro, y la luz de bengala se nubló.

—Decididamente— dijo con enojo — hoy no encuentro al sol..... ¡ Infeliz D. Acisclo !

Y miraba á su paleta buscando el sol en aquel pastel multicolor como un cesto de todas flores revueltas.—A su lado, sobre un velador, estaba la carta de su tio Añorbe abierta, y otra de doña Ana. Ésta le encargaba hiciese saber á Lucila que no tenía padre, y le anunciaba su viaje á Muriedro para cuando pasasen los quince dias del entierro. Era una carta lacónica, escrita con lágrimas y que revelaba un corazon desgarrado. La carta del difunto D. Acisclo llevaba otro encargo : el de que entregára un pliego adjunto á Lucila. « Temo que si se le envio por otro conducto, no lo reciba. Es mi despedida de este mundo. Quiero que sepa todo lo que ha acelerado mi muerte su resolucion. »

Víctor habia dejado de buscar al sol para buscar el medio de cumplir este difícil encargo.

—A las diez iré al convento—pensó.

En efecto : á las diez fué. Tuvo que dominar su propio dolor para no entrar en la portería llorando, porque adoraba á su tio, en quien veia reunidas dotes morales que andan rara vez juntas.—La portería estaba húmeda y habia en ella bancos de pino muy fregoteados, lo cual se advertia al sentarse por las partículas de áspera arena que el estropajo habia dejado en los intersticios. Allí, en una especie de covacha comparable al nicho de un perro, estaba el mandadero de las Deseadas, un viejo muy viejo, con cara huesuda y afilada como cráneo de lobo, y unas grandísimas antiparras sobre la nariz.

—A las diez y media es cuando puede hacerse la visita—contestó á la pregunta de Víctor; continuando, sin hacer caso alguno de su presencia, la lectura de un libraco impreso con cabezas de clavo en papel de estraza.

Esperó Víctor, y á las diez y media le condujeron por una bóveda que olia á incienso, y atravesó una corraliza, á la que caian ventanas sin celosías ni otros entorpecimientos de la hermosa facultad de ver. Luégo se halló en el locutorio, que estaba oscuro, segun prescribe la regla cuando se recibian visitas de hombres jóvenes. Sentóse en una silla que le acercaron á las rejas; pero al oir en el pasillo lejano pasos acelerados de mujer; al ver avanzar una luenga ropa blanca; al conocer que su prima se acercaba..... no fué uno, fueron veinte los saltos que le dió el corazon. Levantóse. Ella se acercó.

—¡Víctor! dijo.

Y en vez de acercarse á la reja donde su primo la esperaba, corrió á otra que en la pared frontera habia, de hierros más claros. Su rostro fino y delgado tuvo una llamarada de alegría. Pero luégo se echó sobre la frente las randas de la toca negra y apagó aquella llamarada, diciendo con voz sutil, que á Víctor le pareció ya tomada de las humedades del convento.

—¿Cómo estás?..... ¿Y mis padres?

Si las cortinas de la ventana no hubiesen impedido en absoluto el paso de la luz, Sor Lucila hubiese podido ver que su primo venía vestido de luto, y esto le hubiera facilitado á él el camino de la triste revelacion. Víctor no sabía por dónde empezar. Ademas de la turbacion propia del caso, otra no esperada le acometia. Su corazon seguia golpeando violento, y el andar de la sangre en sus venas se aceleraba. Miró á la preciosa monja con admiracion, con ánsia, con fijeza. Toda su alma estaba en los ojos. Ella experimentó inexplicable azoramiento. Aquellos ojos encendidos que la contemplaban tenian mucho de hermosos: eran grandes, rasgados, pardos, y en mil puntos de ellos al mismo tiempo la luz flechaba y resplandecia. Sor Lucila bajó la vista: hizo un esfuerzo por parecer tranquila, y ese esfuerzo ahogó todas las manifestaciones, preguntas y curiosidades que su interes por aquellos dos padres queridos habia dispuesto, ordenado, clasificado y aprendido en virtud de una especie de mnemotecnia, durante las largas soledades del claustro y la celda. Víctor no vió delante de sí una mujer; vió una estatua, una muerta, un maniquí, sin alma ni amor. Creyó que era

dado al convento extirpar del corazon todas las fibras de ternura; que Sor Lucila no se acordaba de los padres de Lucila, ni de la casa donde vivió su vida toda, ni de él, ¡ni de él mismo!..... Sintió una impresion de frio, y revolvió los ojos con espanto al rededor de sí, imaginando hallar en todas partes la mirada heladora de aquella Gorgona santa, que convertia los seres humanos en bloques de mármol. La conversacion fué, pues, reservada y lánguida. Víctor sufria horriblemente. Él hubiese querido hallar en aquel corazon encerrado tras rejas y votos, las efusiones del amor filial; y como si este desencanto le hubiese hecho trizas algo consustancial de su sér, llevóse la mano al pecho y no pudo ménos de abatir la cabeza. Dos veces estuvo á punto de decir: «¡Mujer helada, mujer de piedra, lee esa carta; tu padre se ha muerto!..... ¡Tú le has matado!», á ver si una explosion de dolor hacía estallar la envoltura de estuco que, segun él, empezaba á rodear el cuerpo y el alma de su prima. Pero temió que la tremenda noticia fuese recibida con esa frialdad que creia él usaban tales mujeres para conllevar las penas enviadas por Dios, y que un «¡el Señor lo ha querido!» sellase y tapase las válvulas de la desesperacion.

—No, no—pensó Víctor.—No quiero convencerme de que esta mujer esté muerta. Yo no la doy esa noticia.

Y sin despedirse casi, oprimiendo la carta del muerto entre los dedos de su mano derecha, salió del locutorio. Sor Lucila vióle alejarse con asombro; pero este asombro se convirtió en horror cuando el rayo de sol que

alumbraba el pasillo le permitió descubrir el traje de luto de Víctor. Un presentimiento llamó á las puertas de su alma; iluminóse su conciencia. Todo lo vió claro..... Mejor dicho: todo lo vió oscuro; porque vió á uno de sus padres muerto.

Con el alba envió Sor Lucila al mandadero al hospedaje de Víctor, suplicando á éste, por conducto de aquel hombre con cabeza de lobo, que fuera á las once; que sabía la verdad de su desgracia y deseaba conocerla con detalles. A Víctor le sorprendió aquel inopinado desenlace de su compromiso.

—¿Habré yo pensado neciamente? ¿Lucila no habrá dejado de ser lo que era?

Fué al convento á la hora fijada y ya le esperaba en el locutorio.

—¿Quién es?—le preguntó ella desde léjos.

—¿No lo sabes?

—No..... ¡Pero sé que es uno de ellos!

—¡Tu padre!

—¡Ay de mí!

Un estupor sin lágrimas ni quejas la acometió. Los párpados se agitaron como alas de pájaro moribundo, y cubrieron las pupilas. Su respiracion se agitó, y debajo de las tocas y luengo ropaje de anchos pliegues las oleadas de un pecho atormentado latieron vivas y violentas.

Su cuerpo se dobló, y la cabeza vino á descansar en la piedra de la verja. La frente golpeó el duro hierro, y Víctor vió la boca entreabierta de la monja perder el color del coral, el de rosa, el de la vida. ¡Muestras de pena dignas de un dolor inmenso!

—¡Prima mia!—exclamó Víctor;—¡prima de mi alma! Ahora es cuando necesitas esa fuerza de voluntad que has derrochado inútilmente en sacrificios estériles..... Ha muerto el pobre viejo pensando en tí..... acordándose de tí..... ¡Tu presencia le hubiese consolado!..... Porque ha muerto de frio del alma, de pulmonía del cariño..... Los sentimientos dulces de su vida se han muerto..... y él, que habia fundado en ellos su existencia..... no ha podido sobrevivirles.

—¡Dios mio, Dios mio!..... ¡Mi padre!

Por primera vez experimentó en su alma esa helada soledad que, segun Víctor, habia matado á su padre. Pero en cambio, Víctor—¡cosa extraña y de que no sabía darse cuenta!—experimentó un gusto espiritual desconocido. El dolor sordo, desconsolado, tenaz y sombrío de su alma se convirtió en una pena dulce, tranquila. Veia llorar á Lucila; veia destrozada su alma; veia conmovida á la hija..... Era que la monja no habia empezado á cristalizar sus sentimientos dentro de la mujer. Y esto fué lo que le alegró; lo que le produjo una sonrisa entre el luto del espíritu..... algo como una luz corriendo por un paisaje mojado. ¿Qué orígen tenía este singular efecto? Él, francamente, no lo sabía. Sabía sólo que la pérdida de Lucila para el mundo era en su vida uno de esos sucesos al cual vuelve la memoria sus ojos muchas veces,

cuando peregrina, triste y sin rumbo vaga en riberas lejanas la desfallecida voluntad.

—Una carta suya traigo para tí—dijo el jóven.

Pasóla á traves de la reja, y su mano tocó la de Lucila. Vió, devoró con su vista los dedos finos, delgados y agudos de la señorita de Añorbe, y la ansiosa mirada subió por el brazo anegado entre pliegues de merino y estameña—imágen de la belleza clásica escondida tras los envoltorios y rudezas bárbaras del barroquismo.

—Yo te dejo. Lee esa carta, que creo ha de ser larga..... y cuenta con mi cariño siempre..... Nó te juzgues sola en tu dolor..... Piensa que muy cerca de tí hay quien sufre..... La vida es buena cuando las almas quieren que lo sea..... cuando se asocian y laten al mismo tiempo..... ¡La muerte de mi tio me deja bien solo á mí! Es triste vivir como un hongo, sin amigos ni amores..... ¡Esto es una Tebaida!.... algo más lúgubre que esos pasillos que desde aquí veo.

—¡Padre mio, padre mio!

Procuró la monja incorporarse, y sus lamentos estallaron en la bóveda de las crujías.

—¡Adios!—dijo, dejando besar su mano por los labios del primo.—¡Adios!

---

## XXVI.

### El fin de un cuadro.

Víctor, despues de su segunda entrevista con Lucila, dejó de ir al convento muchos dias, y quedó interrumpida su obra. En vano la curiosidad creciente de las monjas se asomó á todas las rejas, ventanillos, rendijas y agujeros del coro, tornavoz, presbiterio y sacristía. Siempre hallaban las pupilas del Señor el templo vacío, y sólo escuchaban allí dentro, bajo el artesonado arábigo de ataujía, el canto perlado de las primeras golondrinas, que hacian su nido en un pliegue de la bandera divina de San Juan.

Lucila habia oido hablar de aquel pintor, y en medio de su dolor, de sus lágrimas, de su remordimiento, ocasionado por la muerte del padre amado, en la que su propension cavilosa le hacía tomar tanta parte, sentia un fenómeno extraño de curiosidad y de reparo en asomarse como las otras madres á las rejas. Algo la decia: «¿Qué te importa á tí ese pintor?» Algo la empujaba, sin embargo, á verle.

La misma abadesa, Sor Jerónima de las Llagas, habia cedido á la debilidad de su condicion mujeril, y despues de asomarse distintas veces á ver el armatoste que

sostenia el cuadro, habia enviado una tarde al mandadero con el recado de que «si el señor extranjero deseaba algo, no tuviese reparo en pedirlo por el torno.» Víctor contestó que no era extranjero y que agradecia el ofrecimiento. Con lo cual, y miéntras lo decia sin dar paz á la mano, cargada de pinceles, el mandadero tuvo espacio para calarse las famosas antiparras y reconocer en el artista al primo de Sor Lucila.

—¡Madre Abadesa!—exclamó el viejo portero.—¡Si no es de extránjis! ¡Ave María Purísima! ¡Si es aquel señor que vino dos veces á ver á Sor Lucila!

—¿El Sr. D. Víctor?—preguntó la Abadesa abriendo sus ojazos negros acuosos.

—El mismo.

Por este conducto llegó la noticia á conocimiento de Lucila.

El asombro de la comunidad fué indescriptible cuando otra tarde el mandadero entró por la puerta del jardin, tan veloz, que las antiparras se le iban escurriendo nariz abajo.

—¿No saben sus mercedes?—dijo.—Ese señor las está pintando á VV.

—¿A nosotras?

—Sí, mis señoras. Está pintando el altar mayor y el coro..... Y he visto que detras de la reja del coro están todas VV..... La madre Reverberacion está hablando, con su manto morado y sus espejuelos..... A vuestra dueña la Abadesa se la ve como de carne, y..... ¡si es una maravilla!

Las monjas estuvieron á punto de volverse locas de

anhelo y de terror. ¿Qué iba á hacer aquel hombre con sus retratos? Empezaron entónces los incidentes de estrategia femenil más agudos y sutiles para ver el cuadro de cerca. Una mañana, so pretexto de que era preciso limpiar la capilla en que Víctor trabajaba, obligáronle á trasladar sus bártulos frente al coro. Pero Víctor comprendió el juego, y cubrió el lienzo con una sarga negra al marcharse. Por fin, la curiosidad de las monjas, acrecentada con la falta de novedades de su vida reclusa, estalló impetuosamente, como toda pasion contenida. Sor Ana de Flix, la más alegre de las monjas, la de más ameno trato, la que sabía hacer acericos vistosos como amuletos de un ídolo chino, fué comisionada para suplicar al pintor que las permitiese ver el cuadro. Naturalmente, esto produjo allí dentro de la sagrada colmena muchos susurros y discusiones, que durante una semana llenaron el convento del nombre de Víctor. Lucila oia hablar de su primo á todo el mundo. Al comer y al pasear, en las horas de trabajo manual y en las de regodeo y esparcimiento por el jardin y claustros, no se ocupaba la comunidad de otra cosa. Huia de toda conversacion, porque sabía que al cabo el nombre del pintor saldria á plaza. Sor Ana de Flix propuso á Sor Lucila para la comision de hablar á su primo.

—¿Quién mejor?—repuso Sor Irene.

Lucila se estremeció. Negóse en absoluto, y como las monjas insistieran, ella repuso con altanería:

—¿Creen VV. que mi situacion es buena para que me ocupe de esas niñadas?

Contestacion que le enajenó muchas simpatías, y por

las bocas de aquellas santas mujeres corrieron estos comentarios:

—¡Necia!

—¡Hipócrita!

Sor Ana de Flix desempeñó su mision con dichoso acierto. Era una mujer como de treinta años, blanca, de faz redonda y carnosa, frente preñada y ojos insignificantes. Víctor llevó el asombro más grande á la comunidad cuando contestó á Sor Ana:

—Señora, este cuadro, que es infinitamente malo, le hago por el solo gusto de regalárselo al convento. Es un capricho que ya tenía yo en mi cabeza y en que ahora me acabo de resolver en vista de la bondad de V.

Como en el tomar no hay engaño, la Abadesa, en nombre del Capítulo, aceptó la oferta, haciendo constar que en su Orden habia el precedente de recibir donativos de toda especie, y con más placer aquellos que pudieran contribuir al embellecimiento del culto.

Aun trascurrieron quince dias. Despues el cuadro quedó concluido y el mandadero lo llevó por el patio, envuelto en telas negras, y la curiosidad de las monjas quedó satisfecha.

Representaba un monjío. Víctor habia hecho una obra buena. No habia acertado, es verdad, con esa suprema clave del arte reservada á la intuicion del genio, pero habia desarrollado condiciones singulares de sentimiento. Sor Lucila se quedó absorta al verlo. La figura de la novicia, que ocupaba el centro de la composicion, era la suya propia. Y habia en aquel pedazo de lienzo una aureola de luz blanca sorprendida en las regiones etéreas.

La tristeza de la novicia que abandonaba el mundo fluia de sus ojos y se destacaba entre la claridad, como un pensamiento negro en un ramo de lirios blancos. Ella no se fijó en otra parte ni en detalle alguno más de la obra, y miéntras las monjas prorumpian en exclamaciones de admiracion, de asombro, de ignorancia, Sor Lucila parecia abstraida, muda, y tan quieta como la figura del lienzo que la representaba.

# XXVII.

## ¡Luz! ¡Luz!

Sor Lucila, despues de contemplar aquel lienzo, se apartó de la capilla interior, donde estaba colocado provisionalmente, y se fué á pasear por la crujía superior del segundo piso, llevándose en la retina todas las figuras del cuadro, con su exacto color y su misma silueta; y cuanto más tiempo trascurrió, pareciéronle más bello el conjunto y más primorosos los detalles. ¡Qué talento el del artista! ¡qué inspiracion! ¡qué gusto! ¡qué.....! ¡Y el artista era su primo, llevaba su apellido, vivia en Muriedro, y las monjas hablaban de él con extraordinario elogio!

—Pero sin embargo—exclamaba Sor Lucila con tristeza—¡no es feliz! ¡Pobrecillo! Dice que le falta mucho para ser dichoso..... ¿Qué le faltará? ¡Bien he de rogar porque prospere y sobre su cabeza lluevan las bendiciones del Señor!

El sol entraba por los arcos peraltados del cláustro, y los cuadritos de las celosías dibujaban en el suelo de anchas losas rectángulos dorados. Sor Lucila acercó su frente á la celosía y vió la lucha de una araña y una mosca en el balaustre del balconaje.

—¡Pícara araña!—exclamó.

Y haciendo de sus labios la deliciosa mueca que los convertia en un boton de rosa, sopló al grupo de combatientes. La mosca voló, y la araña se dejó caer pendiente de un hilo, como marinero que desciende de la alta cofa.

—¡Que no es feliz!—volvió á pensar Sor Lucila.—¿En qué podrá consistir eso.....? Vamos á ver: pobre sí es...... pero no pobre de pedir limosna. Es pobre, porque no tiene rentas..... ¡Ah! pero el Señor todo lo hace grandemente..... En cambio le ha dado aquella frente..... ¡aquella frente!

Sor Lucila cerró los ojos para ver aquella frente, y con los párpados caidos y una sonrisa de enfermo pasó sobre sus mejillas y alargó las dos arrugas que lineaban el cútis sobre las cejas.

—Mucho me acuerdo de las relaciones de sus penitas..... ¡Dias sin comer, como mi padre!..... ¡Noches al raso, como mi padre!.... ¡Por cama un guijarro..... como mi padre, como todos los que, segun Sor Dulcísimo Nombre, nacen al lado izquierdo de la Vírgen!..... ¡Señora mia: tú no debes tener lado izquierdo!

Suspiró y abrió grandemente los ojos, como quien desea echar fuera el entusiasmo que le produjo interna vision.

—Pero él se reia al contarlo todo..... ¡Qué le importa á él ser pobre, si tiene en el alma tantas cosas!..... ¡pero tantas!..... un valor..... ¡un talento!..... una voluntad..... Dios hizo un dia las cosas buenas, y ese dia le hizo á Víctor.....

El pensamiento de Sor Lucila buscó de nuevo túneles

y oscuridades, palpando las sombras en demanda de la luz.

—¿En qué consistirá, pues? ¿por qué es desdichado? Yo sé que él está triste y no sé de qué..... ¡Ignorancia la mia!...... Ello es que..... la verdad..... quisiera saberlo..... El padre Amaro tiene un sistema de saber las cosas..... rezar mucho..... ¿Que no sé esto?.... ¡pues una salve!..... ¿Que no sé aquello?..... ¡otra salve!..... A eso lo llama él cavar en el cielo..... para buscar el filon del saber..... ¡Cavaré, cavaré hoy mismo!..... Verémos, verémos si cuando venga Víctor á preguntar si nos ha gustado el cuadro, puedo decirle. «Sé por qué estás triste.....» ¿Cuándo vendrá?..... Dijo que el juéves..... ¡Pasado mañana es juéves!

Cuando el sol dejó de entrar de frente por las aberturas de la celosía, y torciendo su mirar, hirió los arcos de soslayo, Sor Lucila se retiró de allí y se metió en su celda. Abrió la alacena, por divertirse, y pasó revista á los objetos que contenia: manzanas sonrosadas, que enviaban perfume á todo el cuarto; una jarra de vidrio plateado, cuya parte convexa ostentaba adorno de estrellas azules; una concha marina con agua bendita; el *Año Cristiano* del Padre Croisset y una fotografía de Santa Teresa. Esto era todo, amén de un par de tijeras y unas gafas negras usadas en vida por D. Acisclo. Mudó el órden de las manzanas, y buscó un tomo de los seis que componian la obra piadosa. Arrodillóse y hojeó distraida, mojando el dedo índice de su mano derecha para con facilidad mayor pasar las páginas. El sol la perseguia, y despues de buscar las vueltas á la ventana, me-

tióse palmo á palmo dentro del cuarto, curioso y alegre, corriendo sobre la tarima del lecho, haciendo bailar partículas rojas que el suave vientecillo sacaba de las rendijas de los ladrillos. Al llegar á la altura de la alacena, hizo el sol ruborizarse á las manzanas, fingió dos párpados de oro en las gafas negras, y arrancó sonrisas á la jarra plateada, como las que arranca al orondo y sano semblante de la rolliza muchacha que se durmió en la calle en pleno dia. Arrodillada Sor Lucila, encontró en el tomo la lectura del dia, que acertó á ser lúnes de la primera semana de Cuaresma, y en alta voz recitó la epístola del profeta Ezequiel:

—«Hé aquí que yo mismo buscaré mis ovejas y las visitaré.....» «Buscaré las perdidas, renovaré las deterioradas, venderé las que tengan alguna fractura, confortaré á las enfermas.»

Su distraccion creció, y el sol seguia avanzando, de tal suerte que envolvió su cabeza en fantástica toca de luz, y una dulzura suprema se apoderó de ella. Volvió á cerrar los ojos, y con ambas pálidas manos sobre las páginas del *Año Cristiano* permaneció un buen espacio, y aquella sonrisa de enfermo de que queda hecha referencia tornó á arrugar su frente y á jugar en su rostro todo, como el sol en la vasija plateada. Y al abrir los párpados, sus pupilas, fascinadas por la luz, vieron entre las letras del libro estas palabras: «*¡Víctor! ¡Víctor! ¡Víctor!*» muchas veces..... Levantóse súbito asustada..... ¿De qué?..... Asustada de aquellas letras, y una aparicion vehemente y un terror extraño abrieron su boca y pusieron en sus ojos el asombro..... Miró á su alrededor, cre-

yendo que todas las monjas la rodeaban, que Víctor entraba por la ventana, que la mosca y la araña reñian de nuevo, convertidas en monstruos horribles..... Pero como todo aquello era un vil juego de sus sentidos, se serenó bien pronto. Alzó el libro, y viendo despacio sus compactas líneas, no halló la palabra *Víctor*.

En otra cosa se equivocaba tambien. Ella decia que Víctor vendria pasado mañana y que pasado mañana era juéves; y no; pasado mañana era miércoles. Contaba de tal suerte, que al amanecer del miércoles empezó á rezar el Oficio santo del juéves, y cuando se convenció de su error, se puso triste.

---

# XXVIII.

**La Cuaresma terrible.**

¿Se acuerda el lector de aquella excision tremenda que dividia los espíritus en el convento de las Deseadas? Pues bien : Sor Jerónima de las Llagas, la ilustre Abadesa, supo encontrar en sí misma elementos de victoria, y las huestes confiteriles, capitaneadas por Sor Dulcísimo Nombre, fueron sojuzgadas completamente. Esto aconteció á tiempo que el año entraba en Febrero, pocos dias ántes de la Cuaresma. Sor Jerónima quiso que el triunfo de la Regla sobre el extravío comercial de las monjas confiteras fuese celebrado con vapuleos generales y grandes ayunos. El sacristan segó de la huerta un par de espuertas de acelgas verdes y húmedas. Iban á ser todo el alimento de la comunidad durante los cuarenta dias. A las camas se les quitó el jergon y la almohada y se subieron del corral piedras rodadas que sirviesen de cabeceras. Para colmo de martirios carnales, Sor Jerónima hizo una bolsa de linon, que llenó de zarzas y piedras agudas, á fin de que con ella se golpeasen las madres por turno, miéntras se rezaba el Padre Nuestro á la hora del alba. El poco y mal comer, el escaso dormir, interrumpido por levantamientos generales y toques de campana á prima noche, á las doce y al rayar el dia; las

faenas fatigosas de limpiar suelos y paredes, fregotear vidrieras y sacudir cortinones y tapices hicieron en dos semanas de la comunidad un congreso de momias éticas. Habia quien lo llevaba con paciencia y gusto, porque no faltaban algunos espíritus verdaderamente elegidos y sublimes. Pero las ancianas empezaron á flaquear en el cumplimiento de sus deberes, y Sor Paz de los Alumbrados exclamaba con toda la ira compatible con su extenuacion demacradísima:

—¡Para esto me hubiera metido á criada!

Sor Dulcísimo Nombre se quedó en los puros huesos; siendo de suyo algo glotona, el hambre le roia los talones y pasaba las noches de claro en claro, habiendo acabado por cobrar ódio espantoso á las acelgas. En sus cortos y febriles sueños, veia acelgas gigantescas nacer en el compas de la iglesia, y que diablillos juguetones, con ramas y disciplinas industriadas de tan fea planta, la sacudian el lomo lindamente.

La hora del yantar era la hora de los suspiros, y la mesa parecia el patíbulo de los estómagos regalones. Comian con cucharas de palo negro y bebian cantidad cortísima de agua bendita. Aquélla era la casa del Dómine Cabra, constituida en comunidad religiosa. Sor Jerónima era una santa, y si no fuese por sus gustos retóricos, mereceria la palma dorada de los santos. No habia sino verla para comprender que en «el alcázar de sus pensamientos» — como ella decia —no entraba idea mala ni propósito impuro. Flaca como un junco, tenía la dureza de éste para aquellos tormentos. Al golpearse era un gañan, y cada lampreazo le acompañaba de un «¡Ave Ma-

ría!», enderezando su suplicio á los cielos. ¡Rosario de cardenales con dieces de bendiciones!

Quien con más ahinco profesó la doctrina de las penitencias fué Sor Lucila, que se imponia á veces el martirio del silencio durante dos dias y dos noches, ó bien dejaba de comer las acelgas cocidas, hasta que desmayos y mareos la obligaban á romper aquellos tormentos absurdos.

La noche del viérnes penúltimo de la Cuaresma la iglesia quedó abierta hasta las diez, por más que habia pocos fieles. Luégo se fueron uno á uno estos pocos, y sólo quedó en una capilla la figura esbelta de un jóven, sumida en la sombra, y tan arrimado á la pared, que los detalles del arco, los arranques cardiacos del adorno y la fantástica fauna de lagartos, grifos y corderos, que subia bordeando la columna hasta el fin del fuste, ocultábanle casi por completo. Sor Lucila habia permanecido en el coro de rodillas mucho rato, sola tambien, y por las losas del pasillo largo y completamente oscuro, como un túnel de vía férrea, resonaban los pasos de las madres, y en la bóveda se repercutian sus bostezos. Pero el silencio fué creciendo y llegó á ser completo. Se escuchaba sólo el gotear de la cera en los adornos de estaño de los candeleros y el chisporroteo del aceite y el agua, confundidos en una lámpara. Sor Lucila rezaba con los ojos fijos en el suelo. A veces sus párpados se cerraban con violentísimo gesto, y al abrirse traian lágrimas sus delicadas y negras pestañas. Aquellos párpados subian y bajaban con temblor singular.

—¡No puedo! ¡No puedo!— balbuceó.

Y como si hubiera perdido el juicio, se levantó, y sus facciones, dilatadas por una ánsia extraña, se acercaron á la reja. Sus manos asieron los hierros y sus ojos miraron la sombra aquella que se ocultaba entre los pliegues de la piedra convertida en encaje por obra semidivina. Despues sus pálidas mejillas se empurpuraron y experimentó en su cútis el ardor de la vergüenza.

Fué esta accion breve, pero tan intensamente sentida, que para Sor Lucila duró mucho espacio..... La campana del refectorio llamó al yantar, y una monja vino muy quedo, arrastrando las sandalias, murmurando ó gruñendo ciertas preces de ántes de la colacion, para correr las cortinas. Sor Lucila, al oirla, separóse de la verja y fingió rezar. En la iglesia el sacristan sacudió un manojo de llaves indicando que iban á cerrarse las puertas, y entónces fué cuando salió de lo oscuro aquel jóven. Era Víctor. Sor Lucila escuchó sus pasos sonoros, y á cada uno tembló como árbol desarraigado cuando el trueno revienta en las alturas. Luégo dijo:

—¡Qué vergüenza! ¡Qué pecado!..... ¡Ya sé fingir!..... ¡qué pronto se aprende el camino del infierno!

A otro dia quiso prepararse para la confesion.

—Limpiaré mi alma..... ¡Cómo se ha llenado de iniquidades!..... ¡Estoy espantada de mí!

Buscó sus libros de rezo y leyó algunas hojas del *Año Cristiano* sin entenderlas. Quiso someter su alma, y acer-

có más sus ojos á las amarillentas páginas, y leyó: «El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza, que tomándole un hombre, le sembró en su tierra; el cual ciertamente es el más pequeño de todas las semillas; pero despues de haber crecido, es mayor que todas las legumbres y se hace un árbol, de manera que las aves del aire van á habitar en sus ramas.»

Sor Lucila entendió por fin algo. Esta parábola llenó de luz su espíritu.

—¡Ay!—dijo.—Así es *esa cosa* que se me ha metido en el corazon; era la simiente de mostaza que ha crecido y se ha hecho un árbol, con ser tan ruin y miserable.

Su imaginacion, llena de esta idea, empezó á vestirla ropajes diversos. Aquel árbol que habia nacido de improviso tenía grata y fresquísima sombra. Era dulce y lleno de inefables dichas para la monja suspender la lucha tenaz contra sus mismas inclinaciones, contra la ley de gravedad de su alma, y dejarse adormir debajo de aquellas bien olientes ramas. Una intuicion de las cosas de amor hacía saber á Sor Lucila las felicidades de la vision del sér querido y las dulzuras pecaminosas de la posesión. El diablo, el diablo, el más perverso inquilino de los infiernos, el más cruel de todos, burlaba aquella sencilla conciencia y encendia sus sentidos. ¡Drama espantoso! Habia en el alma de Sor Lucila más lucha real, más batallas, más encuentros de enemigas huestes que en todas las historias de guerras y facciones. Ella habia soñado con las alas de los ángeles para su espalda, y ahora sentia que se las mutilaban, quedando convertida

en la más vulgar mujer. Pero al mismo tiempo comprendia que la mujer más vulgar puede tener dichas que ántes no habia presumido, y que á la monja le estaban vedadas. Ella debia haberlo sabido cuando era libre. La vida era bien cruel con ella. Despues de haberse decidido por la esclavitud era cuando vislumbraba las supremas alegrías de la libertad.

—Hoy no, no me hallo dispuesta para confesar—pensó.—Mañana, mañana.

Era que no tenía bastante resolucion, bastante imperio en su voluntad, bastante frialdad en su espíritu para arrancarse á los sueños pecadores y transigir con ellos, y daba treguas al mal y pedia un armisticio á la virtud.

Dejó el libro aquel, tomó otro de poesías místicas y leyó:

«¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!»

Sor Lucila entendia esto mejor que los austeros renglones del Padre Croisset. Ciertamente que la intencion del poeta santo Juan de la Cruz era la misma de glorificar el espíritu; pero la forma llevaba tantas flores de las que la materia huele y á la materia exaltan, que de esta exterioridad seductora no pasaba el ánimo de la monja enamorada.

Leyó más:

«Y luégo á las subidas
Cavernas de las piedras nos irémos,

Que están bien escondidas,
Y allí nos entrarémos,
Y el mosto de granadas gustarémos.»

Y continuó :

«¡Oh llama de amor viva,
Qué tiernamente hieres.....»

—¡Qué horror!..... ¡Qué estoy haciendo!

Arrojó el libro al suelo, y ella se arrojó tambien de hinojos.

La sensibilidad de su sér se aumentó en grado tal, que todo la causaba tormentos y dolores. El lecho de madera, duro y propio no más que para servir de trono al insomnio, llegó á serle insoportable. Pasaba noches y noches sin echarse en la tarima, sentada en una silla. Sólo cuando la materia se negaba á seguir velando tenía que pedir reposo á la áspera tabla, y su descanso no era descanso; porque aquel sér delicado, bello, sensible, sufria dormido dos martirios crueles : el de la carne y el de los ensueños diabólicos; y en tanto que sus músculos sentian dolor de heridas invisibles, su alma se quemaba en la hoguera de las obsesiones. En su insomnio parecíale que el lecho abrasaba todo su sér, y agitada, trémula, convulsa, buscaba el paraje más frio de la almohada para reposar allí su ardorosa cabeza. En medio de la noche, súbitamente y sin causa racional se alarmaban su pudor y su miedo.

## XXIX.

**Violines lejanos.**

Una noche Sor Lucila fué despertada por ruido de música. Un violin tocaba aires extraños en las lejanías tortuosas del callejon del Endemoniado. Era éste una bocina enorme, dentro de la cual se aumentaban los sonidos, desfigurándose espantosamente. Todos los ecos de los viejos caserones tomaban parte en aquella orgía de notas, y unos á otros se insultaban profiriendo gritos inarticulados, ó se complacian en desnaturalizar cada arpegio. Diríase una fila de viejas murmuradoras que se iban refiriendo el mismo suceso unas á otras, y añadiendo cada cual un detalle horrible y malévolo á lo que era de por sí bello ó inocente. Pero la melodía llegaba al convento, y como era una de esas noches de viento desatado y bravucon, en que las ventanas gimen, las puertas crujen y los árboles se desmelenan, parecia que de todos estos rumores resultaba la música, como del turbion de átomos de oro que el sol envia, el arco íris con su gama armónica de colores. Sor Lucila despertó agitada. ¡Cuánto sufria! Eran dolores físicos agravados por penas morales. El dolor físico era el clavo; la tristeza de ánimo, el martillo que remachaba.

Cada celda tenía una ventanilla enrejada que daba al templo. Eran redondas aquellas ventanillas—tragaluces del cielo, anteojos para mirar la otra vida; y el área negruzca de la nave central adquiria desde allí un aspecto fúnebre, espantoso. Sor Ildefonsa de Foix, noble francesa que profesó en las Deseadas por el año 1800, se volvió loca una noche que pasó rezando desde aquella ventana. El que no sentia el mareo de lo infinito al ver desde allí la casa de Dios tenía pocos átomos de fósforo en la mollera. Veíanse pedazos de cornisas, columnas en escorzo, cabezas de santos, trozos de retablos, puertas de capillas, y los agudos hierros y herrumbrosos estípites que remataban las verjas. Sor Lucila se asomó á la ventana de su celda y quiso rezar. Una lámpara de aceite iluminaba el centro de la iglesia, y la sombra trazaba en derredor de la llama un círculo, que aprisionaba la luz como un párpado negro una pupila dorada. Insectos volátiles vibraban alrededor de la luz, envolviendo sus palpitaciones de fuego en otra palpitacion de alas. Una mariposa nocturna cruzaba por sobre el aceite; un escarabajo de élitros de metal iba á encender un cigarrillo en la llama; partículas de polvo, sacudidas de los altares por el plumero incansable de los vientos, flotaban en lo luminoso, y parecian seres vivos. Sor Lucila cerró los ojos para mejor rezar, porque aquella luz la heria, la penetraba en el alma, alteraba su tranquilidad. Ella queria un pliegue del manto de la sombra para envolverse en él; una ola de nubes negras que la llevase en su seno por los mares del olvido, donde toda pena es muerta, toda llaga del espíritu cerrada y sana. Rezó; pero no elevó

su pensamiento hasta aquel Jesus que viera un dia grandioso como una montaña, teniendo por nimbo el sol, por cabellera el ramaje de los sauces y enebros, por lenguaje el canto de las avecicas volanderas é inocentes. Se sentia pecadora, y el fardo de los malos deseos, que pesaba en sus hombros como de plomo y la heria como de zarzas, no la dejaba subir á la cumbre suprema. Rezó á la Vírgen, esa madre cuyos brazos son el nido de los ánimos temerosos y contristados.

Entónces escuchó de nuevo el violin. Ella sabía que le tocaba un singular maestro de capilla de la catedral, áspero en su trato, lleno de malquerencia por su talento, el cual moraba en un casuco árabe de la rinconada, completamente solo—solo, con su violin y sus papeles. En su retiro pasaba largas horas tañendo el violin, y era un deleite el oirle..... Pero ¿qué música era la que entónces fluia de su arco? Era una música burlona, fiera, llena de carcajadas demoniacas y de seducciones irresistibles : música de virtuosos que se pervierten, de honrados que caen, de frailes delgados á puro correazos y maceraciones, que hartos de fatiga espiritual y de remar contra la corriente, pegan un corcovo y dan un salto, mostrando el vigor de sus cuerpos pecadores bajo la funda cristiana del hábito. ¿Quién compuso aquella música? Acaso el mismo viejo desengañado : la intencion de Voltaire y la inspiracion de Beethoven.

La noche, el lugar, el propio estado de ánimo, aumentaron el horror de la música para Sor Lucila. Un golpe de viento penetró por una claraboya de la iglesia y fué á soplar en los tubos del órgano, rechinando y

como ahogándose sus fuelles ratonados. Sor Lucila sintió miedo humano, miedo de ladrones, miedo de fantasmas, de gentes protervas que penetran por los resquicios de las puertas y se llevan la bolsa y el alma. ¡Oh, qué horror! ¡Ella pecadora, ella perjura; ella, que se habia dejado llenar su frente del deseo de su primo, despues de haberla consagrado al Señor, debia ser arrojada de allí, desgarrando sus ropas, vapuleando sus carnes, colgando su cuerpo de un dogal prendido á la más alta cruz del Calvario! Sus largas noches de meditacion, sus delirios proféticos, sus lecturas místicas habian extraviado su alma y sus sentidos. No veia la realidad. Vivia en el centro de un sueño perenne, lleno de agitaciones y martirios, de cabezas de santos degollados, de aspas de palo sosteniendo sanguinolentos miembros. El Tajo se habia convertido en el mar Rojo. España habia pasado volando por bajo el Ecuador hasta ponerse en el lugar de los acaecimientos bíblicos. Aquella vida era una paradoja sin lazo alguno de union á la realidad. Y por enmedio de todas estas nubes surgia la cabeza del hombre. ¿De qué hombre? Del único. El amado, el elegido, el hermoso, el sabio, el noble; el que encerraba el oro en el corazon y la luz en la mente; el que para subyugar no tenía sino que presentarse; el que simbolizaba la idea del dominio por el amor; el rey, para el cual estaba el mundo poblado de vasallos é inferiores. Sor Lucila se despreció á sí misma; golpeó su flaco y virginal seno; arrastró su cuerpo como un guiñapo vil por las losas.

—¡Mátame, llévame, dame alas, alas, alas!..... ¡Déjame subir á tí! Soy una criatura....., un átomo de pol-

vo sucio, indigno; un átomo de polvo que pesa como una montaña por sus culpas.

Eso decia mirando al techo cóncavo, donde aparecia el rostro nobilísimo del Hacedor Sumo, pintado por Bayeu, entre rayos y resplandores, en la cima del Sinaí.

Pero en sus espaldas no nacian alas, alas, alas, como ella queria. Su cabeza ardia; su frente era un pedazo de hierro que pesaba hasta abrumar; no tenía allí esa vela mágica que hinche el viento de lo sublime, haciéndola bogar al cielo, sino el ancla pesada de una nave inmóvil.

Volvió á sonar la música del violin, cada vez más delicada y elegante. Tocaba ahora el viejo maestro de capilla un rigodon clásico, preñado de saltos y piruetas. Sor Lucila, en lo más calenturiento de su absorcion, creyó que manos diablescas arrancábanle la toca, la falda, las sandalias; que la rodeaban dos doncellas muy lindas, pero bajo cuyo traje de seda salia el rabo que las acreditaba como siervas de Luzbel; que sus trenzas cortadas renacian con movimiento de culebras que se yerguen y enderezan en su silo; que un maravilloso ropaje de brocado cubria su talle, su seno, se abrochaba en su cuello y su garganta con ganchos de oro, y que en sus mejillas nacaradas pendian pendientes luminosos como una estrella; que detras de un pesado cortinon de rojo terciopelo salia un caballero vestido, segun ella, á la moda de Cárlos IV, como aquellos nobles Añorbes de Lustrogrande que la Cigarra vió en la casa señorial, y que dándole el brazo, se lanzaba con ella por salones y jardines al compas de la música del lejano violin, triscando y corriendo con alegría simplicísima de rústicos y

comedimiento de cortesanos. Aquel caballero tenía la cara de Víctor.

—¡Oh, qué horror!—balbuceó Lucila.

Temblaban sus labios como hojas. Faltáronle las fuerzas, y cayó al suelo. Dió su frente en la piedra. La luz de la lámpara se apagó. Reinaron las tinieblas, y el huracan, más violento que ántes, galopó por los altares, derribando candeleros y rompiendo sacras, empujó cortinas de sarga con ruido siniestro, abrió una puerta y removió impío las cenizas de los sepulcros.

Sor Lucila huyó de su celda asustada. Veloz corrió los claustros como una aparicion medrosa. Descendió á los sótanos, sin rumbo, ciega, presa del miedo más íntimo. Allá abajo habia un cuartucho negro y hondo, que parecia cubil de fiera. Y en efecto, las monjas decian al pasar por el quicio de su puerta sin puerta, santigüándose:

—«¡Ahí está la fiera!»

Buscando un rincon muy oscuro, muy negro, muy silencioso y muy triste, Sor Lucila llegó á la puerta de aquel calabozo. La verdad es que allí no habia fiera alguna, sino una caja de muerto, unas parihuelas pintadas de negro, con calaveras y cruces de huesos amarillos á guisa de adorno. Porque era de la Regla de aquella estrecha Orden el que las monjas fueran enterradas sin caja, en el blando y húmedo seno mismo de la tierra, y en aquel aparato apolillado y lúgubre habian ido más de cien cuerpos á las fosas del cementerio. Sor Lucila entró en aquella cueva, cuyas paredes nitrosas servian de cuartel general á las arañas de la provincia. Contínuamente estaban desprendiéndose de la terrosa bóveda

granos de arena y piedrecillas, lo cual simulaba una especie de putrefaccion lenta, que iba ahuecando la vaciedad del covacho. Habia allí ruidos extraños, arrastre de piés húmedos y de blandas garras, y se adivinaban vidas traidoras de bichos espantosos, que tenian por nido la sombra. Lucila no sabía adónde iba. El pensamiento fijo imprimia á sus piés un movimiento de marcha sigiloso y calmado. Sintió en las finas plantas la humedad del piso, y esta sensacion subió, dando vueltas por los nervios, en espiral de horror, desde las piernas á la cabeza. Entónces tropezó con la horrible parihuela y sonó como una caja hueca, haciendo huir á muchos ratones. Creyó que álguien la empujaba, la asia, y se encogió, queriendo hacerse invisible é impalpable. Oyó carcajadas burlonas, agudas, de bocas desvergonzadas que interrumpen el reir para blasfemar, una escala diatónica de dicterios, proferidos unos por voz aguda, otros por voz de bajo; alaridos de tiples de capilla sacrificados; y encima de la parihuela, un taconeo no muy ruidoso, de piés muelles que bailan infernal danza; castañueleo de tibias y costillas agitadas como por la mano de un esqueleto; grandes aullidos, y otra vez el coro de risas.....!

Despues, nada; sus nervios se hicieron de plomo, insensibles, duros; su cráneo se heló; su boca se contrajo, y sus pupilas quedaron en violenta y dolorosa inversion. Y cuando volvió en sí, hallóse recostada en aquella caja fúnebre. Se levantó espantada, huyó, corrió, atravesó el patio, ascendió la escalera, y su luenga ropa se quedaba detras de ella, flotando en el aire por lo veloz de la fuga.

# XXX.

**¡Qué crímen, Señor!**

Las salidas de amarga ironía, que formaban una faz importante en el espíritu de Víctor, fueron desapareciendo poco á poco. En breves dias de holganza su espíritu habia metido mucho sol dentro de las negruras de la conciencia descuidada.

—¿Qué hago yo aquí?—se preguntó una mañana, reparando por vez primera el mísero mueblaje de su cuarto. — ¿Por qué no me voy á Madrid? ¿Cómo voy á vivir? Esto se me acaba (señalaba el bolsillo de su chaleco, que entónces abrochaba con descuido, equivocando el órden y casamiento de ojales y botones)..... ¡Seré un vago, un necio, un hombre inútil toda mi vida!

A Víctor no se le habia ocurrido siquiera que su cuadro pudiese tener mérito alguno, ni que su pincel llegase á constituirle una renta.

En un espejo de pésima y turbia luna se miró un instante miéntras con el peine enderezaba y torcia sobre el siniestro lado su cabellera. Entónces exclamó:

—No la amo..... ¡la adoro!

Y se quedó inmóvil dos minutos con el peine en la mano. Despues añadió:

—¡Qué disparate!..... ¡Pero eso es absurdo!

En el tiempo que empleó en ponerse la americana concibió una resolucion.

—Me voy..... cuanto ántes..... Mañana.

Podia haberse marchado aquella misma tarde; pero él decia «¡Mañana!», como todos los que no se quieren marchar.

Tomó un cepillo y se frotó ambos codos con él; dió dos paseos á las cerdas sobre su sombrero hongo flexible, sacó un puro, le arrancó con los dientes la punta cónica, encendió, y, con la primer bocanada, echó fuera estas palabras:

—Será preciso que vaya á despedirme.

A la media hora estaba en el convento; mas no pudo ver á Sor Lucila, porque se hallaba algo indispuesta.

—Esto retrasa mi viaje..... Porque, claro es que sin despedirme, ¿cómo me voy?

Volvió al dia siguiente, y la tornera le dijo que Sor Lucila estaba en ejercicios y no podia recibir visitas entónces.

—¡Caramba!..... Esto ya es insoportable.

Se puso tristísimo su rostro, y aquella tarde se la pasó en la vega, sentado en un peñasco gris, pizarroso y resbaladizo, cerca del Tajo, viendo correr el agua y dejando con ella desvariar sus pensamientos.

—No..... ¡pues mañana..... mañana la he de ver!

Ya no hablaba de «despedirse», sino de «verla». En efecto, la vió. Pero le costó trabajo hallar en aquella demacrada mujer á la gallarda niña, cuyas manos habia copiado en la casa sumergida de Gijon. Entre aquellas formas delgadas, pero robustas al mismo tiempo, y las

líneas angulosas y cadavéricas de ahora no existia más enlace que el de una memoria de amor.

— Sufres mucho — balbuceó Víctor.

—No—afirmó Lucila abriendo sus enormes ojos, á los que el ayuno, el insomnio, el agobio moral, el remordimiento..... el martirio en todas sus formas, prestaban elocuencia suma y negrura más intensa.

Él no pudo resistir la mirada de aquella pupila, surcada de ligerísimas líneas venosas, como las que culebrean en la piedra serpentina.

—¿Vas á Madrid?—preguntó Sor Lucila.

— Me voy — repuso Víctor.

El silencio fué tan elocuente, que valió más no interrumpirle, y dominó en el locutorio, oyéndose el latido metálico del reloj, más duro y vibrante á cada minuto que trascurria. No hablaron más palabras en mucho tiempo, pero sus almas no cesaban de experimentar sentimientos bien hondos, de esos que dejan huella profunda, profunda como las de una carga de caballería en un barrizal. Sor Lucila tenía abiertos los ojos, y su delicada y aguda nariz de córte ateniense se destacaba en la palidez mate del rostro. De repente se irguió, miró á su alrededor, volvió atras la cabeza, y gritó como si un fantasma invisible la persiguiese:

—¡Oh! ¡Déjame, déjame!

Pero instantáneamente se recobró; algunas lágrimas mojaron sus pestañas y quedaron en ellas suspendidas.

—¡Lucila..... Lucila!—murmuró Víctor.

Miróla Víctor atenta, apasionadamente. Se habia levantado, apretaba con sus manos la reja, y en sus bra-

zos tendidos, en sus hombros alzados, en sus piernas en flexion se adivinaba un esfuerzo hercúleo empleado contra la resistencia superior é invencible del hierro claustral.

—¡Oh! Yo queria haberme alejado sin descubrirte mi secreto..... Pero no puedo.....

—¡Véte! —mandó ella severamente, frunciendo el arco de sus cejas.

—¡Yo te adoro!

—¡Huye, perverso, pecador..... huye!

Sor Lucila no parecia contestar á sér humano, sino hablar en sueños, defendiéndose de una obsesion.

—¡Huye de aquí! —repitió.

—Yo te adoro, mujer de Jesus.

—¡Monstruo!

—¡Hermosa! ¡Luz mia!

—¿No sabes qué pecado cometes? ¿No sabes que tu boca te está condenando?

—No es mi boca..... Es mi corazon

—Olvídame— gimió ella, mirando á Víctor con lástima.

Y luégo quiso envolver en una frase todos los sacrificios y todos los consuelos, y prosiguió empujando sus palabras como se empuja el cuchillo suicida.

—¡Busca otra mujer!

—No hay más mujeres..... La mujer eres tú.

Ella experimentó una cosa tan grande en su alma, un valor del mal tan espantoso, una decision del pecado tan horrenda y fea, que sin miedo afrontó esta vez sus visiones apocalípticas. Parecia que algo superior, fuerte, in-

vencible, salia de su alma para detener y arrollar todo peligro. Al oir las últimas tres palabras de Víctor, sintióse mujer por vez primera: sintióse capaz del pecado. Antes habia sido una niña, una inteligencia primorosa, pero equivocada; un corazon delicado, pero incompleto..... álgo etéreo, sin sentidos. ¡El pájaro que lleva un plomo en el ala durante el primer momento de la huida! Habia nacido con el gérmen de aquella facultad arrogante y avasalladora, pero causas secundarias habian detenido y helado su prosperidad. Era como esos pinos de los Alpes, que sólo pueden desarrollarse en los brazos del huracan; su desenvolvimiento interno, lento, invisible, se exterioriza un dia, desgarrándose las yemas y reventando los botones: anochece arbusto y amanece árbol.

Mas despues de aquel estremecimiento del amor, despertado salvajemente, el rubor la hizo estremecerse, el deber la heló el alma. Tuvo fuerza de voluntad para cerrar los ojos, para negarse el ansioso gusto de la última mirada, para salir del locutorio sin decir «¡Adios!»

---

## XXXI.

**Expiacion.**

Víctor salió de Muriedro aquella misma noche, llevando el alma desgarrada y el corazon sin esperanza. Su condicion honrada y noble tenía mucho que reprochar á su conducta. Recordaba el dia aquel con horror, con vergüenza.

En cuanto á Sor Lucila, las tempestades de su espíritu fueron creciendo. Ya se encontraba inútil para resistir. Su voluntad era como la tranca que ha detenido muchos años la puerta, y un dia se rompe. Estaba rota. Tuvo franqueza para confesarse á sí misma sus culpas y sus malos deseos, y dijo el dia de Santa Elena, en que cumplia diez y ocho años, que acertó á ser el mismo en que ocurrió lo que en el anterior capítulo se relata:

—¡Diez y ocho años inútiles! ¡Hasta hoy no he empezado á vivir!

Llevóse la mano al corazon y repitió con satánica alegría:

—¡Hoy empieza tu vida!

Aun cuando su estado físico era decadente y su debilidad crecia, quiso confesar sus pecados. No pudo, porque al tiempo de arrodillarse ante la reja, al otro lado de la cual se veia el ancho rostro del padre Amaro, cre-

yó que la decian al oido : «¡Si no te arrepientes! ¡Si no te arrepientes!» Y el pavor la hizo desmayarse.

Fué conducida al lecho, y la fiebre se apoderó de ella. Las monjas se inquietaron mucho, oyéndola proferir entre el delirio palabras extrañas é incomprensibles. A las doce de la noche tuvo un ataque de tos nerviosa y un arranque de sangre.

Sus fantasmagorías le enseñaron monstruosas figuras : á su padre muerto, podrido, en el agujero del cementerio, con media cara comida de gusanos y una mano crispada; á las monjas, volando por los aires, caballeras en el palo de una escoba, que iba barriendo las estrellas. El absurdo se despachó á su gusto en aquellas horas.

---

## XXXII.

### Últimas escenas.

La testamentaría de D. Acisclo Añorbe fué complicada y enredosa. La viuda no pudo salir de las garras de abogados y procuradores en dos meses largos y tristes. La pobre doña Ana, que en su vida habia tenido particular gusto ni disposicion para los negocios, hubo de someterse á la dura prueba de aquellas conferencias y discusiones sin fin. Por fin terminaron, cuando el dolor que produjo la fuga del sér muerto empezó á endurecerse. Entónces fué la viuda á Muriedro. Halló á Lucila enferma, y esta triste sorpresa la llenó de fúnebres presentimientos. La fama de santidad y devocion de ella le dieron carta blanca con las monjitas. Todas quisieron conocerla y estrecharle la mano. Les parecia una santa con medio millon de renta. Cuando dijo que anhelaba ver á su hija, no hubo dificultades. Entró en la celda y halló á la pobre monja que parecia un pájaro con las alas rotas, el mirar triste, la respiracion dificultosa.

—¡Ah, hija mia!—exclamó la madre con miedo.

Creyó ver en aquella antiquísima poltrona donde reposaba su hija, un cadáver. Sor Lucila decaia lentamente. Su salud se desvanecia.

—Esta es la prueba—decia Sor Ana de Flix, sonriéndose tristemente.—Todas hemos tenido esta crísis al año de vivir en el convento. Cuentan que ocurre lo mismo en América con casi todos los que van. Pasan la fiebre..... Pero aquí todas sanamos. Es así como cambiar de pluma.

Sor Lucila miró con vehemencia á Sor Ana. Ella sabía qué cambio era aquel suyo.

—¿Y el médico?—preguntó doña Ana, sintiéndose horrorizada al ver la frialdad con que allí se bromeaba al borde de la tumba.

—Dice que Sor Lucila padece palpitaciones en el corazon—replicó Sor Ana.

La enferma clavó otra vez su mirada negra en Sor Ana de Flix.

—Nuestras oraciones valdrán más que las medicinas—observó piadosamente Sor Perpétua.

—Cierto..... Pero áun así..... es preciso que un buen médico.....—repuso doña Ana.—Tú ¿qué sientes?

—¿Yo?..... ¡Falta de aire, falta de luz!..... Ahogo.

Sor Lucila habia perdido todas sus fuerzas en la estéril lucha con inclinaciones del alma y del cuerpo. El ayuno habia evaporado su sér, y allí, bajo las flojas telas negras y blancas, sólo quedaba el armazon endeble. Le costaba trabajo levantar una mano á la altura de las sienes. La respiracion habia llegado á convertirse para ella en un trabajo abrumador. Una inapetencia mortal cerraba su boca. Manchas rosadas resaltaban en sus mejillas sobre la palidez de ellas. No tuvo fuerza para abrazar á su madre. Oprimiéndola una mano agotó todo

el vigor de sus músculos y quedó desfallecida, con los párpados abatidos y moribundos.

El efecto que la vista de Sor Lucila produjo en doña Ana es presumible.

—¡Dios mio! ¿Qué es esto? —se preguntaba ella, llena de horror.—¿Qué traidora enfermedad es ésa, que nace en un dia y mata así, de repente?

Llamó telegráficamente al médico de la casa, á Gonzalez Robles, un sabio cada dia más en boga, y de quien por entónces hablaba todo el mundo por no sé qué maravillosa operacion practicada en el cráneo de un autor dramático, á quien habia estirpado el órgano de la ferocidad, en beneficio del arte. Vino el sabio y reconoció á Sor Lucila. Gonzalez Robles habia nacido en Canarias, y tenía este estribillo en su conversacion familiar: «¿Usted sabe?» dicho con cierto deje, que cargaba el acento en las vocales agudas.

—Esta señorita, ¿V. sabe?—dijo Gonzalez Robles—necesita salir de..... aquí.

Iba á decir «de este presidio»; pero el contumaz é impío materialista se contuvo al verse rodeado de monjas.

—Es preciso que pidan VV. dispensa al Arzobispo, ¿usted sabe?..... Yo daré una certificacion y le hablaré personalmente, ¿V. sabe? Es muy amigo mio. Le curé cuando estuvo enfermo del estómago.

Es una desdicha de la época: muchas veces los preclaros varones de Dios deben su vida á la ciencia de los ministros de Satan. Y es porque ahora los diablos estudian mucho.

—Doña Ana, es preciso que cuanto ántes se lleve

usted de aquí á esta señorita, ¿V. sabe?..... ¡A la montaña, á la montaña con ella! ¡A un rincon de la más alta cima del Pirineo!..... Un poco más acá de la frontera..... Allí respirará bien. Deben VV. arrendar una *villa* de aquellas que están sembradas por los pliegues del Pirineo..... Cerca de Ausó tiene V. un par de ellas magníficas..... ¡Y el paisaje ¿V. sabe? es muy bello! Todo eso es bueno para esta señorita, ¿verdad?

Sonrió el buen señor, y su sonrisa se reflejó en el alma de Lucila. Sin explicarse el por qué, ella concibió la más viva simpatía por Gonzalez Robles. Le pareció un ángel salvador, á pesar de su barba corrida y su granujiento semblante moreno.

Las dificultades que hubo que vencer fueron muy grandes. Romper el claustro, áun por motivos de salud, es casi imposible. Quien entra en ellos renuncia á todo lo de la tierra, la vida inclusive; y así como en la ordinaria existencia el grito de un sér que exclama: «¡Me muero!» le da derecho á todo, ¡hasta al lecho de un hospital! en un convento, entre gente mística, que desprecia las temporales comodidades y todo lo remite al cielo, eso de morirse tiene poca importancia. Doña Ana experimentó, luchando con estas dificultades, con estos inconvenientes y con estas frialdades de los demas, un renacimiento de su sér antiguo y un movimiento de ira y protesta, porque para ella la vida de su hija era más digna de aprecio que todas las demas consideraciones. Bien es verdad que luégo pidió al Señor perdon de sus rebeldías. No contribuyó poco á la consecucion de la licencia del Arzobispo la posicion social de la familia.

Añorbe y las recomendaciones del omnipotente repúblico D. Juan Clímaco Arolas (1), amigo íntimo del difunto padre de Lucila, y que habia vuelto por entónces á ocupar la Presidencia del Consejo de Ministros.

Sor Lucila fué despojada de los paños conventuales y vestida de negro con suma sencillez. Al verse con aquel traje del siglo tuvo un arrebato de dolor y lloró muchas lágrimas. Emprendieron el viaje á principios de Mayo, y doña Ana avisó á Víctor para que les prestase su compañía.

—¡Mamá mia! — suplicó Sor Lucila. — Yo quiero que vayamos solas..... solas.

—¡Es imposible, ídolo de mi alma, es imposible! Vamos á vivir en medio del campo, y dos mujeres solas.....

—¡Que nos acompañe Garriguez!

—Tambien vendrá Garriguez..... Pero ¡vaya una defensa! ¡Un Cid con ochenta años en el cuerpo!

—¡Yo te ruego que no venga Víctor, mamá!

—¿Por qué?—preguntó doña Ana.

Era la vez primera, despues de sus dias de enfermedad y postracion, que Sor Lucila hablaba tantas palabras seguidas. Una de las manifestaciones de su abatimiento físico era el mutismo más grande. Doña Ana no vió en aquella viveza con que hablaba su hija otra cosa que un síntoma de haber recobrado la enferma algo de energía, y deslumbrada por este relámpago de dicha,

---

(1) Personaje de *Lucio Tréllez*, relacion contemporánea del autor.

no discurrió sobre el móvil que inspiraba el deseo de Lucila. Juzgólo capricho de enferma. Por otra parte, ya no podia acceder á él. Habia escrito á Víctor, que estaba en Madrid, y no habia manera razonable de deshacer el plan trazado, enajenándose aquella compañía, que creia necesaria.

Fué tierna la despedida de las monjas, que llenaron las bolsas de viaje de doña Ana de dulces y relicarios, y de besos la frente de Lucila. La Abadesa, con singularidad, experimentó mucha pena al ver alejarse á la pobre niña, de cuya salud esperaba poco. Sor Perpétua, Sor Antonia de Flix, Sor Reverberacion de los Alumbrados, y una novicia que debia profesar en breve, asistieron con regocijo á la partida; las últimas, porque envidiaban la belleza, excelsitud moral y prestigios sociales de Sor Lucila; la primera, porque temia verla morir de un dia á otro, y hallándose en la sexta quincena de años de su vida, toda llamada á la muerte la juzgaba como un ataque personal.

— Estas mujeres ricas no se avienen á la vida de la virtud — exclamaba con desgarrada ironía Sor Antonia.

— Que se la lleven, que se la lleven á otro cementerio — gruñia la madre Perpétua, agitando aquellas temblonas mejillas, verdosas como fruto de hongo nacido á la sombra de una encina.

En Madrid Gonzalez Robles volvió á ver á Sor Lucila, y dijo con gran franqueza á doña Ana:

— No ocultaré á V. que el estado de su hija es grave, ¿V. sabe?..... Su naturaleza se ha empobrecido de tal modo, que..... no sé..... no sé.....

Hasta el momento de la partida, Lucila, por motivos diversos, se negó á recibir la visita de Víctor. Él tambien se hallaba contrariado, lleno de rubor y vergüenza.

—¡Yo la he ofendido suponiéndola capaz de amarme en su estado!..... ¡ Es un ángel ! ¡es un ángel !

Dos dias ántes que doña Ana, Lucila y Víctor, llegó á Ausó Garriguez para preparar el hospedaje. Como no se reparaba en precios, en ménos de seis horas quedó á su disposicion la Torre de Corrons, un *cottage* construido por un comerciante de Tarragona, que habia quebrado, gracias á su empeño de gastarse en las elecciones de sus amigos políticos lo que habia ganado vendiendo corcho y traficando en mulos lechales del Pirineo. La torre de Corrons era un nido de cigüeña puesto en lo más elevado de un agreste lomo de la gran cordillera. El paisaje era bárbaramente bello, y tenía esa fuerte y enérgica poesía que puede compararse al perfume acre del mar. Durante el viaje Sor Lucila no dejó de llorar.

—¡ Hija mia ! Eso es matarte— exclamaba doña Ana.

—¿No ves qué criatura?—añadia dirigiéndose á Víctor.—Yo no sé cómo animarla..... ¿Por qué lloras?

Lucila habia vuelto á caer en el mutismo. En tres dias no llegaron á media docena las palabras que pronunció, y fueron todas ellas monosílabos. Se dejaba conducir como un niño idiota. Habia perdido la voluntad al querer violentar sus sentimientos. En un pequeño *parterre* que habia delante del *cottage* ocupaba un banco de madera amarilla, y allí permanecia horas y horas, respirando con delicia el aire dulce y aromado de la montaña, que revolcándose en los barrancos hirvientes en savia y tomillos, impregnaba las plumas de sus alas de perfume salutífero.

Un mismo sentimiento separaba á Sor Lucila y á su primo, é inducia á éste á permanecer encerrado en su cuarto ó paseando con sus lápices y cartones por las empinadas crestas. Ella tenía miedo de verle cerca de sí. Él tenía vergüenza de hablarla. Parecia que los sentimientos característicos de los dos sexos se habian trocado. Es que él se sentia culpable de haber osado acercarse á una diosa, miéntras ella habia acabado por encontrarse débil para resistir. Al mismo tiempo habia perdido Lucila los resortes de sujecion del alma y la fuerza muscular de su cuerpo.

Cuando medió el mes de Mayo, Sor Lucila se sintió mejor. Una mañana pudo andar sin apoyo de ajeno brazo. Doña Ana dispuso un paseo á pié. Lucila experimentó una alegría vivísima. El aire le llenaba de salud los pulmones. Encontrábase casi dichosa, olvidando todos los dolores, desde aquella cima que abarcaba centenares

de leguas de horizonte. Por un lado se veia á lo léjos un pedacito de mar, como el cacho de un espejo roto. Por el otro levantábase casi vertical la espalda del Pirineo, llena de jorobas y engalanada con guirnaldas de salvia cenicienta. Un rio venía monte abajo, arrastrando más piedra que agua, como un forzado sus cadenas. El ánsia de la vida vibró en el alma de Lucila. La luz de la mañana habia hecho trasparente su epidérmis, y en sus asombrosos ojos, en aquellos ojos á los que no he encontrado pares—en aquellos ojos con vistas al infinito—una sonrisa infantil jugaba. Víctor vió destacarse la silueta delgada de su prima sobre la roca que servia de base á sus piés. Vió el contorno ebúrneo de su rostro resaltando en el azul del cielo; el cabrilleo de las pupilas negras; el aleteo de las pestañas; la mano afiladísima y delgada que contenia la sombrilla; los pliegues negros de la falda de merino; el cuello de *piqué* blanco ajustado bajo la barbilla como un chapitel corintio en el fuste de endeble columna. En aquella altura no la faltaban sino las alas para parecer el ángel de las tristezas. Dejó caer la sombrilla sobre el hombro, y su cabeza se bañó en la luz.

Lucila no habia vuelto á hablar con su primo sino breves palabras desde aquel dia en que Víctor la expresó su amor blasfemo y sacrílego.

Pero harto comprendia que tal situacion era insostenible. Vivir bajo el mismo techo, alejados del mundo, viéndose constantemente, percibiendo las mismas sensaciones..... ¡Qué gloria y qué tormento! La torre de Corrons lindaba por el Norte con el paraíso y por el Sur con el infierno.

Un médico del vecino pueblo de Ausó vino á ver á la enferma. Era un viejo barbero, que en un dos por tres habia ido á Barcelona en busca de un título de segunda clase, como quien va á buscar un sombrero hongo. Para tomar el pulso, con la mano derecha cogia la muñeca del paciente, y con la izquierda oprimia el reloj calculando ambos latidos. Como allí la salud reinaba, el médico tenía poco que hacer; pero un acierto desdichado le habia conseguido una reputacion, y cuando moria álguien, las gentes se decian con triste sarcasmo:—¿De qué ha muerto Fulano?—De D. Estéban.—(Este era el nombre del médico.) Tambien visitó á Sor Lucila el cura de Ausó, que no podia explicarse cómo habian dejado salir de un convento á una monja.

Pero ni una ni otra visita bastaban á distraer los ocios de aquellas tres personas: Lucila, Doña Ana y Víctor. Una noche sintió la primera deseo de pasear. El cielo estaba más hondo y azul que nunca.

—Las estrellas parecen escarabajos que mueven las patitas de oro—dijo Lucila.

—La luna no se ve—observó Víctor.

—¿Dónde, dónde estará?—exclamó Sor Lucila con infantil secillez.

Los ojos de la monja y los de Víctor empezaron á buscar la luna.

—Aun no habrá salido..... ¡Pero saldrá, saldrá!

Lucila miró al suelo entónces, y entre la sombra descubrió los manojos de flores silvestres que se columpiaban á su alrededor como comparsas graciosas de angelillos menores. A la derecha, un zarzal envolvia un ris-

co en gualda de verde follaje pintada de blancas rosillas. Allí cantaba un cuco sus dos notas pesadas y soporíferas.

—¿Callarás?—gritó Sor Lucila.—Es el pájaro de la jaqueca.

Víctor tiró una piedra al monton de zarzas, y el cuco, asustado, voló. Lucila miró á Víctor, y una sonrisa inefable contrajo sus labios. Vió que Doña Ana venía detras, y señalando al cielo, dijo á su primo:

—Allí..... allí todo es posible.

Él repitió con desaliento.

—¡Allí!..... ¡Qué léjos!

—¡Allí!..... ¡Qué cerca!—replicó Lucila.

Despues la sonrisa huyó de sus labios como el cuco de la zarza. Y creyó que este pájaro agorero cantaba dentro de su conciencia las notas del remordimiento diciéndola: «¡Mala mujer! ¡Esposa adúltera! ¡Alma perdida!» Pero Sor Lucila habia empezado á acostumbrarse á la idea de su propia maldad.

—Lucila, hija mia—observó Doña Ana, que habia llegado ya á donde estaban los dos primos.—¿No te hará daño el fresco de la noche?

—No me hace daño..... ¡Me siento tan bien!

En lo más lejano, un pedacillo de mar se movia entre dos rocas puntiagudas.

—¡Qué mar tan pequeño!—dijo la monja.

—Por ahí pasan vapores silbando, barcazas llenas de pesca, enjambres de gaviotas y albatros—repuso Víctor.

—¡Qué bonito!—murmuró ella.

Cerró los ojos para contemplar aquel pequeño mundo acuático, lleno de vapores y pájaros.

—Y á la derecha hay un faro: es como un gran cirio que alumbra el lecho funeral de los que se ahogan.

—¿Se ahogan muchos?—preguntó con interes la monja.

—¡Muchos!..... algunos á propósito.

—¡Qué miedo!..... ¿A propósito?

—Es que hay penas que sólo caben en el mar.

—¡En el mar!

Lucila abrió sus grandísimos ojos y se quedó absorta, con la cabeza baja, viendo hombres que se echaban al mar y no salian jamas á la orilla.

—Volvamos á casa—propuso Doña Ana.—Insisto en que este fresco no puede ménos de perjudicarte.

—No, no!.... Sigamos por el caminito. Dame el brazo, mamá.

Apoyóse la hija en la madre, y anduvieron silenciosos los tres paseantes. Sus sombras se perdieron en lo oscuro. A lo léjos se oia cántico de sapos moradores de un arroyo vecino. Luégo torcieron á la derecha, y hallaron una cruz de piedra, en cuyas aspas habia toscamente grabadas estas palabras: «Aquí mataron traidoramente á Pedro Barrieco.» La vista de la cruz despertó en Sor Lucila las memorias conventuales.

—¡Jesus, Jesus mio!—dijo—¡Qué olvidadas tengo mis oraciones! Quiero rezar aquí.

Se arrodilló en el polvo del camino, y Doña Ana la imitó. Víctor permaneció en pié.

—Arrodíllate, hombre—suplicó Doña Ana.

Él obedeció. Lucila se volvió para preguntarle:

—¿Sabes rezar?

—Un poco..... pero no ejerzo.

—¡Desgraciado! ¡Te tengo lástima!—murmuró la monja.—¿Cómo quieres entrar allá arriba?

Rezó Doña Ana, y Víctor hizo como que rezaba.

Repetidos estos paseos durante una semana, fué preciso suspenderlos, porque Lucila volvió á decaer. No pudo salir de su gabinete, y tornó á las inmovilidades del sillon y al silencio de la muerte. Tenía proyectado doña Ana ir el domingo á Ausó, á oir misa mayor, en un carruajillo que habian arrendado. Pero áun cuando Lucila quiso acompañarla, no pudo. Las cosas daban vueltas en sus ojos, y un dolor singular heria sus retinas, como si los rayos de luz la agujereasen el cerebro.

—Yo no voy tampoco—afirmó doña Ana.

Pero insistió tanto Lucila, que no hubo remedio.

—Vé..... oirás la misa por mí. Este libro de mis oraciones tiene marcadas las hojas que al oficio de hoy corresponden—replicó la monja.—Llévatele y reza.

Víctor habia salido de madrugada, siempre acompañado de sus lápices y cartera. Doña Ana se alejó en el quebranta-huesos con Garriguez, y la cocinera subió á hacer compañía á la señorita. Aun no habia andado el carruaje medio kilómetro, cuando Lucila experimentó un ahogo grande.

—Gervasia, Gervasia—dijo.—Salga V. á ver si áun se ve el coche..... Y..... y si..... se ve, llame con el pañuelo..... Que vuelva mi madre..... No me encuentro bien.

La cocinera, asustada, corrió al *parterre*. Ya no se veia el carruaje. Salió al camino, corrió por él y buscó una eminencia del terreno para llamar desde allí. Temia

que la paciente experimentase algun síncope estando sola con ella, y se alejó más, á fin de descubrir el birlocho; pero no conseguia divisarlo, porque el camino daba vueltas alrededor de la montaña como la cuerda del peon alrededor de su esferoide, y en aquellas curvas no habia horizonte visible.

—¡Gervasia!—gritó la enferma.—¡Venga usted!..... ¡Yo me ahogo..... me ahogo!

Parecia á Sor Lucila que el aire se acababa, que un inmenso pulmon absorbia toda la atmósfera del mundo, y no le quedaba á ella ni un átomo de oxígeno. Tuvo un estremecimiento de ahogado, alargó los piés y estiró, torciéndola hácia la siniestra mano, la cabeza; abrió los brazos.... Entónces se oyeron en la arena del *parterre* pisadas violentas.

—¡Gervasia!—volvió á gritar Sor Lucila.

Pero no entró Gervasia, sino Víctor. Una mirada rápida le hizo comprender lo que pasaba. Vió morir á Lucila.

—¡Aire!..... ¡Ai.....re!—gimió ésta.

Víctor dió un puñetazo en el cristal del balcon. Acercóse á la monja, cuyas melenas negras y lustrosas se escapaban del pañuelo de seda. Estrechó su mano.

—Adios—dijo ella.

Miróle atentamente, respiró con brío, y llevándose la mano al seno, irguiendo nerviosamente la cintura, le dijo:

—Me parece..... que te he querido..... un poco.

Y murió.

---

# XXXIII.

**Final.**

Así acaba la historia de unos cuantos seres que creyeron agradar á Dios haciendo todo lo contrario de cuanto la naturaleza humana les dictaba.

*Madrid.— Abril de* 1880.

**FIN.**

# ÍNDICE.

